

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

“Francisco García Salinas”



UNIDAD ACADÉMICA DE Filosofía

Doctorado en Filosofía e Historia de las Ideas

Miedo a la muerte e hiperindividualidad

Presenta: MIHE. Gerardo Eumir Martínez Cazares

Asesor: Dr. Sigifredo Esquivel Marín

Zacatecas, Zac., 1 de marzo del 2021

INDICE.

| | |
|--|-----|
| Introducción..... | 4 |
| Capítulo 1: La muerte. | |
| 1.1.La muerte y la humanidad..... | 14 |
| 1.2.Muerte tradicional, domada y familiar..... | 15 |
| 1.3.Ciencia y ocultismo como forma de superar la muerte..... | 41 |
| 1.4.Muerte biológica..... | 47 |
| 1.5.la asunción de la muerte hoy: muerte hospitalaria, neo-muerte, muerte negada o robada..... | 57 |
| 1.6.El moribundo..... | 61 |
| 1.7.Muerte hospitalizada..... | 66 |
| 1.8.La muerte desde la psicología..... | 71 |
| 1.9.La muerte como parte de la esencia de la humanidad..... | 84 |
| Capítulo 2: El miedo, las fobias, la ansiedad y la angustia. | |
| 2.1 El miedo en la historia y como herramienta biológica de supervivencia..... | 87 |
| 2.2 Bases biológicas del miedo..... | 90 |
| 2.3 Miedo “sano”, miedo “inútil”: las fobias..... | 94 |
| 2.4 La ansiedad y la incertidumbre constante..... | 100 |
| 2.5 Ansiedad ante la muerte..... | 103 |
| 2.6 La angustia: el temor a la desaparición..... | 106 |
| 2.7 ¿Miedo, fobia, ansiedad o angustia por la muerte?..... | 112 |
| Capítulo 3: El paso de las sociedades gregarias a la hiperindividualidad. | |

| | |
|---|-----|
| 3.1 Proceso de individuación en la edad media..... | 115 |
| 3.1.1 La confesión y la auto vigilancia..... | 118 |
| 3.1.2 El renacimiento..... | 120 |
| 3.1.3 La ilustración y el proceso de individuación..... | 124 |
| 3.1.4 Instrumentos para la auto observación..... | 125 |
| 3.1.5 Individualidad y matrimonio..... | 128 |
| 3.1.6 Las instituciones escolares..... | 130 |
| 3.1.7 Pensar por uno mismo: la autonomía..... | 132 |
| 3.2 De la individualidad a la hiperindividualidad..... | 135 |
| 3.2.1 El individuo y la modernidad..... | 135 |
| 3.2.2 El hiperindividuo..... | 142 |
| 3.2.3 Capitalismo de ficción..... | 151 |
| 3.2.3 Lo ligero y el hiperindividuo..... | 155 |
| 3.2.4 El hiperindividuo agotado de sí mismo..... | 162 |
| Capítulo 4: El miedo a la muerte y el hiperindividuo..... | 168 |
| 4.1 Cuerpo, dolor y sufrimiento para el hiperindividuo..... | 169 |
| 4.2 Gerontología, geriatría y tanatología: nuevos acercamientos para significar la muerte..... | 181 |
| 4.2.1 La geriatría y los estudios sobre la vejez..... | 182 |
| 4.2.2. Gerontología y psicogeriatría..... | 186 |
| 4.2.3 Tanatología y el hiperindividuo..... | 192 |
| Conclusiones..... | 199 |
| Bibliografía..... | 208 |

INTRODUCCIÓN

Abordar el tema de la muerte ha resultado una de las empresas más significativas para la humanidad a lo largo de la historia. La finitud es una de las condiciones determinantes de los seres vivos, que forma parte ineludible de su realidad. El paso del tiempo y la condición impermanente de nuestro entorno han sido aspectos atendidos, analizados y cuestionados. Nacer, crecer, reproducirnos y fallecer, son esas condicionantes naturales del mundo de los vivos. Aunque, cabe señalar que, hasta el momento, el ser humano es el único ser vivo que se ve trazado y determinado por la conciencia de la finitud de su entorno y de sí mismo. Desde una perspectiva histórica, desde el momento en que éste tiene conciencia de “sí mismo”, la muerte ha sido un tema que lo ha mantenido obsesionado y ocupado, buscado el cómo relacionarse con ella, abordarla, interpretarla o hasta superarla. Por tal motivo, una de sus conductas más notables, que lo ha movilizado en sobremanera, ha sido evitarla. No caer en el olvido, establecer una vida después de la vida, la reencarnación o la manipulación de los organismos, entre otras, han sido maneras de evitar su llegada.

Al verse a sí mismo como un ser condenado al tiempo, a la descomposición y a la desaparición, el ser humano teme desaparecer. Nuestra existencia se ve determinada por la incertidumbre de la inminente muerte, que tarde o temprano nos acontecerá. De esta manera todas las acciones que realizamos están, consciente o inconscientemente, dirigidas a preservar nuestra existencia, y no desaparecer. Así parte de los cimientos culturales de las distintas civilizaciones presentes a lo largo de la historia han manifestado diversas formas de conducirse a partir del temor a la muerte, ya fuera atemperándola, combatiéndola o aceptándola. Así, la muerte y el miedo a la desaparición serán el motor que movilizará el

quehacer humano en el mundo. Como evidencia, de ello tienen las distintas expresiones pictóricas de las agrupaciones más antiguas de la humanidad; la creación de las explicaciones religioso-metafísicas que han hecho referencia a la “vida después de la vida”; la tendencia de distintos pensadores, escritores y artistas de plasmar sus visiones, opiniones e sobre el mundo para que puedan ser revisadas por futuras generaciones...Manifestaciones que comparten un objetivo en común: preservar la existencia, no caer en el olvido y superar la marca del tiempo perecedero.

En esta Tesis se encuentran los diferentes elementos titulados que dan fe del estudio elaborado, a saber, *el miedo a la muerte y su relación con el concepto de hiperindividualidad*, que alude a las formas en cómo se ha vivido este miedo que las civilizaciones occidentales han manifestado en diferentes épocas históricas ante el acontecimiento de la muerte, partiendo de la idea de que este temor ha sido siempre inherente a la condición humana, definiéndola y formando parte fundamental de ella, como una base que ha dado sentido al individuo y a la sociedad.

Primeramente, se revisarán las formas en que, en ciertos momentos históricos, se han establecido diversas interacciones en diferentes culturas y sociedades ante la muerte. Desde los sumerios (Gilgamesh), pasando por los griegos (Epicuro y Sócrates), hasta las sociedades pertenecientes a la Edad Media (Muerte Domada), son algunos ejemplos de civilizaciones que tuvieron un acercamiento con el tema de la muerte, determinando su idiosincrasia del mundo, así como su manera de conducirse en él. Por lo que es posible señalar que el morir forma parte importante de los cimientos de toda agrupación humana

Sin embargo, debido a la gran cantidad de información y abordajes históricos al respecto del presente tema, específicamente se realizará una revisión centrada en las dinámicas culturales desarrolladas en la Edad Media. A partir de los aportes de autores como

Thomas Vincent Louis, Phillipe Aries, Norbert Elias, Françoise Dastur, George Duby, entre otros, revisaremos los usos y costumbres, tradiciones e idiosincrasias, al momento de interactuar con los moribundo, los rituales funerarios y post-funerarios, al igual que los dogmas que determinaban la interacción con el *más allá*. Por lo tanto, el concepto de *muerte domada*, acuñado por Aries, definirá esta forma de relacionarse con ella, “aceptándola con cierto temor”. Acompañada de rituales encaminados a la purificación, el tránsito y la transmigración de las almas a *otros planos de la existencia*, la *muerte domada* sostendrá la existencia de *la vida después de la vida*, manteniendo un vínculo con el mundo de los vivos. Por lo que en la cotidianidad de la Edad Media se asumía una relación directa con los difuntos y el mundo de lo sobrenatural. A través de ciertos rituales, que analizaremos con detenimiento más adelante, se daba continuidad y espacio a los fallecidos en la sociedad.

Con el paso del tiempo esta *muerte domada* fue paulatinamente dejándose de lado para dar paso a una actitud desafiante y de inconformidad con la finitud. Derivada del Renacimiento y la Ilustración, épocas en las que se comenzó a observar, estudiar y cuestionar al mundo, retomando líneas de pensamiento pertenecientes a los griegos y romanos, la muerte dejó de asumirse desde esa visión sobrenatural-teocéntrica para dar paso a conceptualizarla desde un plano antropocéntrico, biológico y objetivo. Por lo que, en un segundo momento, nos detendremos a revisar las formas en que se dio paso a la forma de relacionarse con el tema de la muerte en los tiempos recientes, específicamente a finales del siglo XXI hasta nuestros días, en el 2021 (muerte robada, negada, hospitalizada o neo-muerte). Tiempos en que el culto al placer, inmediatez, la individualidad y la negación a lo perecedero resultará bases fundamentales en la asunción de la finitud. De la mano de autores como Fernández del Riesgo, Jiménez Aboitis, Edgar Morín, Jean Ziegler, entre otros, revisaremos las manifestaciones que, en los siglos XXI, XX y principios del XXI, se han presentado ante la

muerte. Marcadas por un distanciamiento notable ocultándola del orden público cotidiano, las formas de interacción con la finitud destacan por la negación y el aumento del miedo ante su posibilidad, contrastando con *muerte domada* de antaño, considerándose una *muerte negada u hospitalizada*, en que se la conceptualizará desde aspectos biológicos y médicos.

Con el fin de establecer una noción específica al respecto de la muerte, también se abordarán los principales conceptos tanto de *la muerte biológica, la psicología y la muerte*. Esto con la intención, en primer lugar, de generar una base conceptual desde la que se partirá para entender que es lo que ocurre en los procesos celulares y biológicos con respecto a lo deterioro de un ser vivo, revisando la posible *función de la muerte* en términos de la adaptabilidad. En el caso de la *muerte y la psicología*, nos adentraremos a la revisión de propuestas teóricas que hacen referencia a cierta dificultad que presenta la humanidad de asumirse finita, en donde *el inconsciente* (Freud) se encuentra estructurado a partir de una *atemporalidad*, misma que evita que aceptemos que en algún momento hemos de desaparecer, negando nuestra condición finita. Por otro lado, también desde el psicoanálisis, se hablará de *pulsión de muerte*, de esa tendencia que nos empujará, en términos de lo inconsciente, a buscar nuestra propia aniquilación, hasta llegar a un punto de *no sensación alguna*. Tales conceptos serán revisados con la finalidad de justificar que, ante el fenómeno de la muerte, no es posible ser indiferentes. Desde los aspectos biológicos, hasta psicológicos habrá una determinación fundamental a partir de la finitud, la cual será revisada con detenimiento.

Esta Tesis encuentra, pues, su **justificación** en el hecho de que la totalidad de las civilizaciones, a lo largo de su historia, han manifestado un miedo incontenible al saberse mortales. De maneras distintas y particulares han buscado sobrellevar, tratar de contener y evitar el efecto avasallante que la muerte deja a su paso, por lo que la mortalidad se considera

un tema medular en la condición humana. En este estudio, para acercarnos a la muerte y establecer con ella una relación un tanto armoniosa, examinamos algunas explicaciones sobrenaturales del Medievo encaminadas a darle lugar a esta alteridad incomprensible, respetándola. Sin embargo, advertimos que tiempo después, en la Ilustración, con la instauración de la razón como centro principal del hombre, se inicia la búsqueda de la dominación de lo “otro”, por lo que se comienza a “pensar la muerte” con la intención de indagar en su esencia para así poderla vencer y dominar.

Partiendo de distintas perspectivas de la muerte (desde la filosofía, la historia, la antropología, el arte...), las sociedades de la postmodernidad, de la que se desprende una *hipermodernidad* (término usado por Lipovetsky, según el cual estamos en la segunda etapa de una cultura de la individualización), elaboran valoraciones sobre la experiencia del morir que ya no se sustentan en la finitud del sujeto moderno del pensamiento antropocéntrico o religioso y, por lo tanto, en el miedo, o los miedos que pudieran desprenderse de estas posturas, sino en la aparición de nuevas manifestaciones de un temor ancestral, reinterpretado, ahora, en una hibridación de consideraciones que es necesario desocultar, categorizar y explicar.

En el capítulo 2 de la presente tesis, se abordará lo concerniente a las reacciones que se presentan ante el riesgo y la posibilidad de que la vida se vea comprometida: el miedo, la angustia, la ansiedad y la fobia. Cada una de dichas experiencias se asocia directamente con la activación de mecanismos instintivos de supervivencia que tienen la función primordial de activar a los seres vivos ante la presencia o la posibilidad de una amenaza. Dependiendo de la intensidad, permanencia y clase de peligro que se experimente, es que se podrá presentar alguna o el conjunto de varias de ellas. A partir de revisar las principales características que componen a cada una de dichas experiencias intrapsíquicas y fisiológicas, se justificará el

por qué es posible hablar de un *miedo a la muerte*, en términos generales, y solo en ciertos casos particulares de *ansiedad a la muerte*, *angustia a la muerte* o *fobia a la muerte*. Partiendo de la afirmación de que el miedo a la muerte es una experiencia universal que resulta en una de las principales bases en las que se guía el ser humano.

Este estudio se centra en **revisar y explicar** cómo ha variado este temor en las últimas décadas del pasado siglo y principios del actual. Para ello se ofrece una amplia panorámica en la que se pueden diferenciar las características de esta época con respecto de las anteriores, centrándonos en uno de los principales fenómenos que la distinguen: la individuación. Por lo que, en el capítulo 3, se revisarán dos de las condiciones que han determinado las condiciones históricas de las sociedades occidentales: la gregariedad y la individualidad. La primera se refiere a los colectivos que, anteriormente, se estructuraban con base a lo que dictaban las mayorías, dentro de dinámicas tradicionales que daban prioridad a la colectividad y el bien común. La segunda se caracterizará por exaltar valores pertenecientes a la singularidad, la personalización, las emociones y vida subjetiva de cada uno de los integrantes de las sociedades actuales. Es en este punto en el que nos detendremos para ir delimitando los factores que, históricamente, dieron paso a la individualidad. A partir de los trabajos realizados por Richard Van Dülmen y George Duby, señalaremos elementos que promovieron el paso del *nosotros* al *yo*, desde el Renacimiento hasta finales de la Ilustración.

Posteriormente, dentro de un análisis más específico, nos centraremos en la revisión de los tiempos posteriores a los años sesenta, en lo que distintos autores han señalado que se dio paso de una cultura de la *individualidad* a una de *hiperindividualidad*. Mediante los aportes de Gilles Lipovetsky, Vicente Verdú, Byung Chul Han, Guy Debord, entre otros, revisaremos las particularidades de esta nueva clase de individualidad en que la aceleración, el rendimiento, la ligereza, lo espectacular, resultan los principales fundamentos de una

sociedad poblada de *átomos irreductibles*¹, es decir, de individuos que tienden a encapsularse en un mundo subjetivo², presentando una dificultad de poder reconocer otros elementos que no sean los propios. Derivado de la tendencia hiperindividualizada es que se logran observar conductas encaminadas a la búsqueda de entretenimiento constante, la autorrealización y el rendimiento. A su vez, se observa cada vez más el excesivo cuidado de la integridad, funcionamiento y estética del cuerpo. En este sentido, la salud y el bienestar pasan a convertirse en objetivos primordiales de la cotidianidad, resultando en la hiperatención de todo aquello que pueda atentar contra nuestra estabilidad. A partir de la medicalización de la vida, la obsesión por la estética y funcionamiento del cuerpo evitando que manifieste cualquier indicio de vejez, puede observarse una creciente intolerancia al paso del tiempo y la finitud. De igual manera, el creciente culto erigido a la juventud centra toda actividad en un vivir aquí y ahora perpetuo, encapsulado en el ensimismamiento resultante de la hiperindividualidad. Por tal motivo, en los últimos apartados del capítulo 3, se describen los elementos que conforman al hiperindividuo, encaminándolo a ser un sujeto que expresa aversión por el paso del tiempo, la decadencia, la improductividad y el displacer. Y, siendo que la muerte es un acontecimiento al que todos hemos de llegar en algún momento, tal parece que el hiperindividuo se esfuerza constantemente por evitar considerarla dentro de la panorámica de su vida. Aunque, paradójicamente, se vive en una excesiva preocupación por preservar su bienestar de manera afanada³.

¹ Término acuñado por el filósofo y sociólogo francés Gilles Lipovetsky, en su obra *La era del Vacío*.

² Opuesto a la objetividad, la subjetividad se define como la "*Cualidad de lo que solamente existe para el sujeto, para la conciencia del que lo experimenta. Es una característica esencial de los procesos psíquicos, que solo por el sujeto son conocidos directamente*" (Academia Mexicana de la Lengua, s.f.)

³ El aspecto paradójico de la búsqueda por el bienestar, será descrito con mayor profundidad a partir de revisar los aportes de Gilles Lipovetsky y Vicente Verdú, mismos que serán abordados durante el capítulo mencionado.

En el apartado 4, habiendo ya establecido las principales variables de la presente tesis, muerte, miedo e hiperindividualidad, exploraremos algunas de las principales prácticas que en siglo XXI se llevan a cabo con respecto al dolor, el sufrimiento, la vejez y la muerte. De la mano de estudios derivados de la geriatría, la tanatología y los nuevos acercamientos con respecto al dolor, nos daremos cuenta que actualmente se está buscando establecer una nueva clase de acercamiento con respecto a la muerte, asumiendo el miedo resultante para enfocarlo en la aceptación de la finitud. Aproximaciones que mostrarán que la consideración de asumir nuestra mortalidad es fundamental en tiempos en que la ilusión de permanencia indefinida suele enajenar a los hiperindividuos evitando ser conscientes y responsables de su existencia. No mirar nuestra finitud evita que podamos asumir nuestra propia vida, noción que la geriatría, la tanatología y las nuevas posturas médicas buscan problematizar para que los hiperindividuos, paulatinamente, integren en su cotidianidad dando paso a nuevas formas de familiarizarse con la muerte.

¿Los individuos de la sociedad occidental contemporánea, y la de finales del siglo XX, enfrentan la muerte de forma distinta a lo registrado en otras épocas históricas? ¿De qué modo? ¿Por qué? ¿Realmente se puede decir que la dimensión actual de la muerte es postmoderna o podemos ubicarla ya en una hipermodernidad? ¿Dónde estaría la distinción? ¿Cuál es o cuáles son los miedos que acompañan esta vivencia?

A partir de aquí, el **objetivo** que se busca concretar es establecer una síntesis explicativa, crítica, rigurosa y convincente, en un muestreo representativo, de teorías, pensamientos y expresiones sobre el miedo que despierta el tema de la muerte en los individuos de hoy. Para este fin, se ha requerido el manejo de tres hipótesis no excluyentes sino complementarias, que han guiado la dirección de este escrito:

- La muerte es vivida por los integrantes de la sociedad occidental con lejanía, ocultamiento y hasta repulsión. Paradójicamente, la tecnología médica aboga por una *muerte digna*, o lo que es igual, una muerte solitaria, rápida e indolora, muy distinta al concepto antiguo de *buena muerte* de otros tiempos.

- La individualidad, el aislamiento y la carencia de ideas religiosas y utópicas en que se vive hacen que se piense en la muerte como una experiencia impropia, no consustancial al hombre. Asimismo, su proximidad se anticipa con angustia y *horror vacui*.

-La muerte comienza a reincorporarse a la cotidianidad en una nueva clase de *buena muerte* a partir de nuevas líneas médicas como la geriatría y la tanatología generando una *neo-muerte domada*.

La **metodología** que se ha implementado para poner en marcha las hipótesis planteadas es multidisciplinaria, en atención a los diferentes abordajes humanístico-sociales que el tema permite. Estrategias lógico-deductivas, de síntesis, histórico-descriptivas, comparativas, cronológico-regresivas han sido empleadas a lo largo de esta investigación. Fue indispensable la **confrontación** de las ideas que en él se trasladan sobre la muerte con aquellas otras que se desprenden del panorama socio-histórico hipermoderno.

Las **técnicas investigativas** desplegadas son las propias de un trabajo elaborado con materiales publicados, adecuadamente seleccionados, tanto de carácter filosófico como histórico y sociológico. Entre las fuentes se ha hecho uso prioritario de textos que explican las características esenciales que conforman la época actual, donde se presenta este individuo coetáneo como un *átomo irreductible*, aislado de su medio y de sí mismo.

En conjunto, el resultado obtenido en esta investigación permite estructurar una parcial definición de un tiempo actual signado por la pérdida de sentido, la desorientación, la

angustia y la complejidad de un presentimiento que se vive en el consumismo y sin horizontes de futuro. En este escenario, la vivencia de la muerte, desprovista del significado de ser el acto más definitivo de la vida del hombre, es percibida por éste como una alteridad distante, inconexa y pavorosa. Sin embargo, justamente esto último es lo que generaría, en contrapeso, nuevos intentos de familiarizarse con acontecimientos derivados de la finitud y así generar nuevas formas de integrarse, buscando dejar de lado dicho aislamiento. Y ello, sin dejar de asumir que la muerte permanece como uno de los mayores enigmas y misterios de la humanidad de todos los tiempos.

LA MUERTE

“La muerte seguirá ahí cuando hayas sanado y cuando estés recuperado habrás escapado de la enfermedad, pero no de la muerte”.

Seneca

Nacer y morir resultan condiciones inseparables que forma parte ineludible de nuestra realidad. Desde que el hombre tiene conciencia de “sí mismo”, la muerte ha sido un tema que lo ha mantenido obsesionado y ocupado, buscado el cómo explicarla, argumentarla o hasta superarla. La conciencia de su propia existencia ha traído consigo el saberse un ser finito, un “ser-para-la-muerte⁴”. Al ser el único ejemplar del reino animal que es consciente de que, en algún momento, todo perecerá -el resto de los seres vivos presentan un instinto de conservación y de supervivencia que no ofrece indicios de una conciencia similar-, lo ha movilizado para evitar caer en el olvido, por lo que su tarea se ha concentrado en dejar a sus sucesores numerosos vestigios de su paso por el mundo. Desde la literatura, la pintura, la música hasta los hijos son ejemplos de una búsqueda de continuidad en el mundo.

Al verse a sí mismo como un ser condenado al tiempo, a la descomposición y a la desaparición, es invadido por una incertidumbre expresada en un constante temor que envuelve cada aspecto de su vida y de su conducirse. De esta manera todas las acciones que realice estarán dirigidas a ese irrefrenable intento de preservar su existencia, aunque sea de forma simbólica, lo cual fundará parte de los cimientos culturales de las distintas

⁴ Concepto que elucida el filósofo alemán Martin Heidegger sobre la condición que determina al ser humano al estar atravesado por la finitud, pero con la conciencia de serlo. (Dastur, 2008). En este sentido, Heidegger indica que la pregunta por el sentido del ser sólo puede efectuarse a partir del cuestionamiento radical de la finitud misma (Heidegger, 2003, pág. 272).

civilizaciones que se han sucedido a lo largo de la historia. Así, el miedo a la muerte será el motor que movilice el quehacer humano en el mundo. Y como evidencia de ello tenemos las pinturas rupestres de Altamira; la presencia de los discursos religiosos que centran su atención en dar una explicación a la “vida después de la vida”; la necesidad de distintos pensadores, a lo largo de la historia, de plasmar sus visiones, opiniones e ideas acerca del mundo, entre otros.

LA MUERTE Y LA HUMANIDAD

Hablar de la muerte es referirnos a un aspecto que no ha dejado de cuestionarse, de abordar, de mitificar y, principalmente, de temer. De hecho, se dirá que esta conciencia de sí mismo es lo que generará la noción de mortalidad, de finitud. Es sabido que tarde o temprano a todos nos llegará el momento de nuestra desaparición, destino ineludible al que todo ser viviente se encamina desde el momento de su nacimiento. Al ser conscientes de la finitud constatamos que la muerte ha permeado cada aspecto de nuestro acontecer, determinando la forma en que nos conducimos y nos representamos en el mundo, de modo que la noción de nuestra mortalidad ha sido el agente medular en la construcción que tenemos de nosotros.

De esta manera, cuando nos percatamos de nuestra existencia en el mundo y que ocupamos un *espacio y tiempo* en él, vamos ubicando nuestras experiencias en una *línea temporal* (lo que ayer hice es pasado, lo que estoy haciendo es presente y lo que planeo hacer es futuro), que lleva a la cuenta de que todo lo que tiene un principio, ineludiblemente, tendrá un final. Se observa que aquello que nace y crece posteriormente dejara de existir, por lo que la muerte es una certeza, una condicionante, una realidad. Como dirá la pensadora francesa Françoise Dastur, en su libro *La muerte: ensayo sobre la finitud*: “la humanidad no accede a la conciencia de sí misma hasta que se ve enfrentada a la muerte” (Dastur, 2008, pág. 37).

Es cuando se da esta *conciencia de muerte* que se percibe la noción de tiempo (presente, pasado y futuro) lo cual permite anticipar que, independientemente de la forma, todos pasaremos por el memento mori. Es así que tal conciencia moviliza una serie de dinámicas, biológicas, psicológicas, sociales y culturales que presentan como núcleo esencial: el temor de dejar de existir.

A su vez, Vincent Thomas- Louis, en sus diversos textos, señala que la muerte forma parte constitutiva de cualquier civilización humana en las diferentes épocas históricas. Manifestándose en el arte, la religión, la biología, la literatura, la filosofía entre otros campos del saber, todos han dedicado gran parte de su discurso a desentrañar “*eso*” a lo que nos estamos dirigiendo constantemente y no podemos verbalizar. Aunque pueda ser confirmada empíricamente con sólo ver nuestro entorno perecedero. Sabemos que tarde o temprano moriremos, pero somos incapaces de aceptarlo y asumirlo. De tal forma la muerte será “*eso* de lo que siempre hablaremos, más nunca diremos nada” (Morales, 2008). Sin poder nombrarla o referirla directamente, se vuelve necesario implementar rituales que la puedan simbolizar, mismo que varían radicalmente los unos de los otros:

“En algunas culturas los cadáveres llegan a ser incinerados o enterrados, con o sin sacrificio animal o humano;(en otras) son preservados (los difuntos) por la técnica del sahumerio⁵,el embalsamiento o la aplicación de otros aderezos, son deglutidos- en crudo, cocinados o descompuestos-; son ritualmente abandonados [...] son desmembrados y tratados de estas formas y de muchas otras. Los funerales son ocasión de evitar a otras personas o d celebrar una fiesta social, de luchar o celebrar

⁵ Técnica en donde se utiliza *estoraque* (polvo de color marrón claro), *mirra* e *incienso olibano* (de origen libanes) para purificar el ambiente y los espíritus.

orgias sexuales, de darse al llanto o a la risa, de todo ello en mil combinaciones distintas”. (Fernandes del Riesgo, pág. 48)

Formas de conducirse que muestran la imposibilidad de estar indiferentes ante tal acontecimiento, siendo el fundamento de una parte importante de la estructura social, cotidiana.

Saber que su paso por el mundo representará tan sólo un instante provoca en la humanidad una sensación insoportable, misma que trata de subsanar a partir de la búsqueda y la ejecución incesante de posibles soluciones, guiadas por su deseo innato de alcanzar una trascendencia. Una de las primeras manifestaciones de este deseo, aunque no de forma explícita, la observamos en las pinturas rupestres del Paleolítico Superior realizadas por el *Homo Sapiens*. En ellas se registran las actividades que los grupos humanos desempeñaban en su quehacer diario, como la caza de animales, la recolección de alimentos y la convivencia cotidiana; aunque una lectura más profunda de ellas ha llevado a los prehistoriadores a repensar sobre las motivaciones que impulsaron a nuestros antepasados a plasmar pictóricamente dicho acontecer cotidiano.

Una de las justificaciones que se desprende de estas afirmaciones es la necesidad del hombre de las cavernas de dejar, para las siguientes generaciones, el testimonio de cómo se deben realizar dichas actividades, de lo cual arranca una petición latente pero contundente: *existo y ésta es la evidencia. No nos olviden*, sería la petición que podría leerse entre líneas. La tendencia a dejar estos rastros de su pasó por el mundo es la prueba humana fehaciente de esta subversión e inconformidad ante el orden natural, ante el miedo a desaparecer y no poder relacionarse con aquel que ya no se encuentra entre los vivos.

La idea de que cada paso dado va acercándonos al encuentro con la muerte constituye una percepción cotidiana. Aquello que nos rodea, tarde o temprano a de perecer. “Todos los

caminos conducen solamente a nuestra aniquilación... la muerte es siempre una posibilidad” (Guy, 2009, pág. 50). Conciencia que no podemos eludir, que atestiguamos con el pasar del tiempo, con cada enfermedad por la que cruzamos; con aquellos accidentes en los que no vemos involucrados; viendo la muerte de los seres que han formado parte de nuestra vida. Sin duda la muerte es esa posibilidad que, con el pasar del tiempo, se convertirá en certeza, una que no logramos entender, aceptar y soportar.

Por lo tanto, se maneja la idea de que la muerte es el estadio que sobreviene a la vida, el siguiente paso que depara no el fin de ésta, sino su transformación, su mutación hacia otro estado de conciencia ,la migración del alma fuera del cuerpo⁶, y de materia ,la descomposición del cuerpo y su transformación en abono para la tierra, visión meramente biológica (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011). Por otro lado, existen autores, como Vladimir Jankélévitch, que nos hablan de la imposibilidad de equiparar la muerte con la vida. La muerte no puede ser pensada, mucho menos experimentada, por el hecho de que en ésta hay una ausencia de los sentidos, mismos que permiten apreciar y generar cualquier experiencia propia y de nuestro entorno. La muerte es el absurdo, desprovisto completamente de sentido, es esa nada carente de objeto, la cual no es posible pensar (Jankélévitch, 2009). Por lo tanto, destaca ese impedimento de generar una hermenéutica de la muerte, pudiéndonos enfocar, únicamente, en pensar sobre los seres vivos. Noción que se comparte con la del filósofo helénico Epicuro en donde no podemos hablar, pensar o experimentar la muerte desde la vida:

“Acostúmbrate a pensar que la muerte no es nada para nosotros. Porque todo bien y todo mal reside en la sensación, y la muerte es la privación de sentir. Por lo tanto, el

⁶ Idea que se plantea a partir de la nueva concepción sobre muerte por parte de Elizabeth Kuthberg Ross en su texto: la muerte: un amanecer, escrito a partir de sus experiencias con el trabajo con pacientes terminales.

recto conocimiento de que nada es para nosotros, la muerte hace dichosa la condición mortal de nuestra vida; no porque le añade una duración ilimitada, sino porque elimina el ansia de inmortalidad. Nada hay, pues, temible en el vivir para quien ha comprendido rectamente que nada temible hay en el no vivir”. (Mejia Buitrago, 2012, págs. 458-559)

Sin embargo, aun sabiendo que el morir es una condición natural e ineludible de todo lo que vive, nos parece intolerante, inaceptable y, sobre todo, atemorizante. No basta saber que no sentiremos dolor, que ya no seremos nosotros, al contrario, es precisamente el desconocimiento que viene después de morir lo que nos parece abrumador, aún más si involucra la desaparición total. La necesidad de simbolizarla, de asociarla con alguna experiencia equiparable de la vida es lo que ha permitido sobrellevarla, tolerarla y, algunas veces, a aceptarla. Este es el caso de las construcciones que se han realizado en torno a la muerte desde distintas épocas y civilizaciones. Las diversas formas de concebir la muerte han formado parte de la totalidad de las agrupaciones humanas, mostrando que tal acontecimiento llega a definir la visión del mundo y nuestra forma de conducirnos en él.

MUERTE TRADICIONAL, DOMADA Y FAMILIAR

En épocas antiguas no existía el concepto de muerte biológica o física ya que se le asociaba regularmente con elementos extrínsecos que anulaban el estadio corporal separándolo del alma. Como lo mencionaría Edgar Morín: “La muerte no existe en los vocabularios de los pueblos más arcaicos: se habla de ella como de un sueño⁷, de un viaje de un nacimiento, de

⁷Encontramos que, en la mitología griega el dios de la muerte (thanatos) y el dios del sueño (hypnos) son hermanos, por lo que se les adjudica una naturaleza similar.

una enfermedad, de un accidente, maleficio, una entrada a la residencia de los antepasados⁸” (Morin , 2003). Es así que la muerte no se la relaciona con el final de la existencia, sino con el paso a otro plano de la existencia o la invasión de un agente externo del que hay que protegernos a partir de las providencias necesarias. Así, estas primeras formas de nombrarla y apalabrarla resultarán una condición que marcará enteramente a la humanidad.

En el trascurso de la historia, cada una de las culturas existentes ha tenido un acercamiento distinto con la muerte, siendo una forma preponderante los rituales funerarios. Siendo aquellos vestigios que muestran, de forma tácita o directa, la variedad de maneras de dirigirse ante ese acontecimiento, recogiendo las manifestaciones de su duelo y del luto experimentado por los allegados y la sociedad misma. Estos rituales son organizados y desarrollados a partir de la necesidad manifiesta de interactuar con lo que representa la *máxima alteridad de todas*⁹. Su preponderancia en las distintas sociedades (hasta el momento no se han encontrado civilizaciones que carezcan de ellos), muestra una de las condiciones fundamentales, y se podría decir la más importante, que determina y marca al ser humano: *el miedo a la propia desaparición en este mundo, el miedo a la muerte*.

Saber que en cualquier momento es posible morir, de forma inesperada y con la sensación de cierta arbitrariedad, es lo que históricamente ha movilizó al ser humano a crear complejos y vastos sistemas rituales que le permitan entender, justificar e interactuar con esta amenazadora desaparición. Desde la perspectiva de la antropología, la conciencia

⁸ En la cultura nórdica se hablaría de que la mitad de los muertos en batalla serían seleccionados por Odin para llevarlos al *Valhalla*, un majestuoso salón ubicado en Asgard (lugar donde habitan los dioses) en el que se reunirían con héroes y antepasados.

⁹ El concepto de alteridad lo retomamos de la obra de Jean Baudrillard *El crimen perfecto*, la cual hace referencia a aquello a lo que es completamente ajeno a nosotros, incognoscible, e inaprensible por la conciencia. (Baudrillard, 1996). A su vez, Emmanuel Levinas refiere al concepto de alteridad, en el plano metafísico, dimensión originaria previa a todo conocimiento, anterior a todo intento de conceptualización o aprehensión de la realidad desde una perspectiva humana, en donde se incluye a la muerte. (Levinas , 1999).

de la propia extinción constituye, junto con el pensamiento, el lenguaje y la risa, una de las características que distingue al hombre de los demás seres del reino animal. Sin embargo, no se puede realizar una aseveración contundente respecto a que el hombre sea el único ser vivo que presenta su fin y que, por lo tanto, solo él implemente rituales funerarios¹⁰. Lo que sí es posible asegurar es que, a diferencia de un presentimiento de finitud observable en los demás seres del reino animal, el hombre posee, a partir de su capacidad de pensamiento, una *conciencia de sí mismo*, una representación que lo lleva a distinguirse-separarse como un ser distinto. Dicha conciencia de sí es lo que le permite constatar las diferentes etapas que constituyen la experiencia vital (nacer, crecer, reproducirse, envejecer, morir), elaborando así el conocimiento de que tarde o temprano desaparecerá del mundo. Como ya se mencionaba, Dastur hará énfasis en que la conciencia de finitud es lo que nos distingue de los demás seres del reino animal¹¹.

Por esta razón es necesario considerar la distinción de *lo humano* frente a los demás seres vivos en cuanto a esas conductas externas o formas en que se vivencia la muerte propia y de los semejantes. Mientras que las diferentes especies del reino animal presentan diversos comportamientos específicos, que podrían equipararse con ciertos rituales funerarios en donde se acompaña al cuerpo en la intemperie, el hombre ha manifestado, desde épocas muy antiguas, una intolerancia rotunda a presenciar cómo el cuerpo de un semejante se descompone. De esta incapacidad de soportar tal proceso se ha inferido que, a partir de tener

¹⁰ Un elefante logra distinguir el cadáver de aquellos que pertenecieron a su manada o familia a partir del olfato. Al ejemplar muerto rinde lo que se consideraría como un homenaje póstumo, tocándolo con su trompa y sus uñas. Por el contrario, ante los cadáveres de otras especies observa una indiferencia total.

¹¹ Ya lo dirá Borges en una de sus afamadas frases *Ser inmortal es baladí (sin importancia), menos el hombre, todas las criaturas lo son, pues ignoran la muerte.* (Borges, 2018)

una conciencia de sí mismo y del otro, el hombre logra comprender que tarde o temprano ese será su destino, mostrándose intolerante ante tal futuro.

Es posible aseverar lo anterior a partir de observar cómo nuestros antepasados de la era Paleolítica, el Hombre de Neanderthal u Homo Faber¹², daban sepultura a sus semejantes. El hombre es el único ser viviente que ha enterrado a sus muertos, los cubre, los oculta ante su aspecto repulsivo, mostrándose intolerante al ver aquel cuerpo inerte entrando en un estado de descomposición, de putrefacción, en donde desaparece todo vestigio de lo que alguna vez fue. Es el miedo y el respeto a esa *alteridad* lo que motiva esta acción (Dastur, 2008, pág. 47).

Otra de las nociones que el hombre es incapaz de aceptar ante el hecho de su mortalidad es la desaparición “total” que ésta conlleva. El saber que su paso por el mundo representará tan sólo un momento en el espacio y en el tiempo provoca en él una reacción insoportable, misma que trata de subsanar a partir de la búsqueda incesante de una solución, guiada por su deseo innato de trascendencia. Una de las primeras manifestaciones de este deseo, aunque no de forma explícita, la observamos en las pinturas rupestres del Paleolítico Superior realizadas por el Homo Sapiens. En ellas se registran las actividades que los grupos humanos desempeñaban en su quehacer diario, como la caza de animales; aunque una lectura más profunda de ellas ha llevado a los prehistoriadores a repensar sobre las motivaciones que llevaron a nuestros antepasados a plasmar pictóricamente su acontecer cotidiano. Una de las justificaciones que se desprende de estas afirmaciones es la necesidad del hombre de las cavernas de dejar, para sus sucesores inmediatos, el testimonio de cómo se deben realizar dichas actividades, de lo cual arranca una petición latente pero contundente: existo y esta es

¹² “El hombre obrero”, que implementa el uso de herramientas, destaca por poseer ya una conciencia de sí.

la evidencia. *No me olviden*, sería la petición que podría leerse entre líneas. La tendencia a dejar estos rastros de su pasó por el mundo es la prueba fehaciente de esta subversión e inconformidad ante el orden natural, ante el miedo a desaparecer y no poder relacionarse con aquel que ya no se encuentra entre los vivos.

En este punto, cabe recordar que en el tiempo de los mitos, otro de los ejemplos que da testimonio de la incapacidad para resignarnos ante nuestra mortalidad lo encontramos en la epopeya sumeria de Gilgamesh¹³, desde la que se considera que arranca la literatura occidental (Dastur, 2008, pág. 28). En ella se relata que Gilgamesh, que encarna el rechazo a la muerte, es el rey legendario de Uruk, hecho de carne humana y divina, por lo que es dos tercios divino. Él ha construido la ciudad de la que también es pastor, y en la que se desencadenará la violencia. A partir de las peticiones de sus habitantes, los dioses crean una réplica de Gilgamesh, Enkidú, con el que él primero deberá batirse en combate. Al final, ambos llegan a ser fieles amigos y compañeros. A continuación, Gilgamesh, alentado por Enkidú, se enfrenta con la representación del mal, Hubamba el feroz, el cual es derrotado. Esto tiene como consecuencia el descontento de los dioses, los cuales castigan a Enkidú por incitar en un primer momento a Gilgamesh a tales actos. De allí que nuestro personaje queda devastado por la pérdida de su fiel amigo. Al mismo tiempo, empieza a experimentar la angustia de la muerte y teme sufrir el mismo destino que Enkidú, por lo que emprende una búsqueda incesante para poder vencerla, buscando la inmortalidad. Después de una serie de aventuras Gilgamesh culmina su búsqueda al darse cuenta de que la muerte no puede ser dominada, que ante ella no hay respuesta y que él, al igual que todos los mortales, está

¹³ La epopeya de Gilgamesh, de origen sumerio, data de los comienzos del segundo milenio antes de nuestra era y constituye la obra épica más antigua conocida.

destinado a cargar con la angustia de esta evidencia, sin tener capacidad para evitarlo (Silva Castillo, 2006).

Son diversos y variados los elementos que podemos rescatar de esta epopeya, aunque son tres los que destacan para nuestro propósito: el primero se refiere a la conciencia de finitud que se presenta en Gilgamesh con la muerte de Enkidú, es decir, *la muerte del otro me hace consciente de mi propia muerte*; en segundo lugar, y derivado del primero, destaca la inconformidad de aceptar la muerte buscando postergarla, evitarla o superarla, lo cual motiva la búsqueda de la inmortalidad de Gilgamesh ; en tercero, y más profundo, es ese temor apabullante que representa el saber que por más que se trate de eludir este destino fatídico no existe escapatoria alguna de él. La muerte es, y será, nuestro fin último, sin importar los esfuerzos que hagamos para eludirla. Por lo que, a partir de esta epopeya podemos observar la postura que, desde los principios de la civilización humana, se tiene ante la finitud, en la búsqueda de eludirla, teniendo como destino la imposibilidad de evitarla.

Numerosos son los ejemplos históricos de tal inconformidad y del temor ante la inminente desaparición de todo ser vivo, ya que somos incapaces de experimentar nuestra propia muerte de forma directa. Así lo expresa magistralmente Epicuro¹⁴ en su *Carta a Menecceo*: “mientras somos, la muerte no está presente y cuando la muerte está presente, entonces nosotros no somos” (Dastur, 2008, pág. 31). Lo propio del hombre debiera ser no temerle a la muerte mostrándonos serenos ante ella ya que, técnicamente, no tenemos sensación alguna al momento de su llegada no padeciendo ningún dolor. “¿Por qué temerle si al fin y al cabo ya no se sentirá nada?” (Mejia Buitrago, 2012, pág. 459). Nosotros

¹⁴ Filósofo griego que perteneció a una familia de nobleza ateniense que defendió una doctrina basada en la búsqueda del placer, el cual, según mencionaba, debiera dirigirse con prudencia. Algunos aspectos destacados de su doctrina son el hedonismo racional en donde se buscará la supresión de los obstáculos que se oponen a la felicidad (Ruiza, 2004)

estaríamos imposibilitados de sentir la muerte, ya que no se encuentra en el plano de lo experimentable.

De esta manera, Epicuro dirá que el bien y el mal nace de la sensación, del saberse vivo, y la no presencia de éstas tendrá como resultado la ausencia de dolor, por lo tanto, no estará el mal en la vida. Aceptarla y considerar la inevitabilidad de nuestra finitud, sin caer en el temor que esto nos puede causar, será lo que nos permitirá encontrar *la felicidad* mediante la exaltación de los placeres. En este sentido, Diana Mejía resumirá la postura de Epicuro con respecto al miedo ante la muerte:

“La idea de apartarse del temor que proporciona el pensar en la muerte incluye estar bien tanto física como mentalmente; es decir, que tanto el cuerpo como el alma deben mantener una armonía, una relación que equilibre el bienestar del hombre para no pensar en la muerte y alcanzar la dicha que proporciona la salud del alma y del cuerpo. Por ello, tanto la tranquilidad del cuerpo como la del alma conducen a un estado de dicha, de satisfacción y felicidad producidas por el placer de saberse vivos”. (Mejía Buitrago, 2012, pág. 460)

Temerle a la muerte representaría turbar nuestra experiencia vital con un acontecimiento que es natural y propio de todo ser vivo. Pensarla en sobre manera restaría potencia y voluntad a vivir lo que se presente. Es importante destacar que la postura que algunos filósofos griegos tendían hacia asunción de la muerte como algo inevitable, mas no trágico. Tal es el caso de Sócrates, que fue acusado de impiedad y de corromper a la juventud. Por lo que fue condenado a beber cicuta, siendo que se había demostrado la inconsistencia de dichos cargos de los que era acusado. A pesar de que tuvo la oportunidad de eludir su condena, teniendo algunos amigos que podían interceder por él, éste se negó. Ante la sorpresa de ellos, Sócrates señaló:

“No logro, amigos, convencer a Critón de que soy ese Sócrates que conversa ahora él con vosotros y que ordena cada cosa que se dice, sino cree que soy aquel que verá cadáver dentro de un rato, y me pregunta por eso como debe ser mi sepelio. Y el que yo desde hace rato este dando muchas razones para probar que, en cuanto beba el veneno, ya no permaneceré con vosotros, sino que me iré hacia una felicidad propia de bienaventurados, parécele vano empeño y que lo hago para consolarlos a vosotros a tiempo que a mí mismo. Vosotros garantizad que no permaneceré una vez que muera, sino que me marchare para que así Critón lo soporte mejor y, al ver quemar o enterrar mi cuerpo, no se irrite como si yo estuviera padeciendo cosas terribles, ni diga durante el funeral que expone, lleva a enterrar o está enterrando a Sócrates. Es preciso que estés animoso, y que digas que es mi cuerpo lo que sepultas, y que lo sepultas como a ti te guste y pienses que esta más de acuerdo con las costumbres” (Platon, 2003, págs. 114-118)

De la postura que Sócrates adoptó sobre su inminente muerte, se desprenden varios elementos importantes: la separación del alma y el cuerpo; la satisfacción de que, en la vida posterior a la muerte, estará en el lugar de los *bienaventurados*; además contar con la compañía de sus allegados más cercanos ante tal acontecimiento. Aspectos que, como revisaremos más adelante, se encontrarán presentes en las formas en que, en la Edad Media, se asumirá a la muerte y su interacción con ella (siendo la base de los diversos rituales, principalmente católicos, presentes desde dichas épocas hasta los tiempos actuales). Sólo podremos tener un acercamiento a la muerte a partir de la experiencia del otro, de un semejante, de alguien allegado emocionalmente. De este modo se entiende la preponderancia de los rituales fúnebres: con la muerte del “otro” experimento mi propia muerte, me

familiarizo con ella, veo lo que se desprende de ella (descomposición, inactividad, desaparición) sin cruzarla.

En este tenor se apoyará la noción de cómo la muerte va a ser asumida en las distintas culturas, circunscrita por la concepción religiosa del mundo: separación del alma y cuerpo; el destino siendo designado por fuerzas más allá de la comprensión humana; éste solo siendo un testigo de lo inevitable. Tony Walter dirá que esta *muerte tradicional* es la que permeará durante muchos siglos en las sociedades, mismas que generarán dinámicas para lidiar con ella, atemperar su llegada buscando familiarizarnos con ella viéndola como un *suceso común e inevitable*. Así el cómo lidiamos con ella se vuelve un *acto social* afectando a toda la comunidad y haciéndola participe activa de todos los rituales implementados.

Al respecto, Louis-Vincent Thomas, sociólogo y antropólogo francés reconocido por su línea de trabajo dedicada al estudio de la muerte desde una perspectiva cultural, en su libro *La muerte* explica la importancia de los rituales funerarios dentro de una cultura y, a manera de generalidad, expone los puntos en donde convergen todos los rituales alrededor del globo (sentido y función de los ritos funerarios; a quién aprovecha el rito; la constante en el aseo funerario; luto, duelo y exculpación de los sobrevivientes, etc.). Principalmente, define los ritos como:

“Todas las conductas corporales más o menos estereotipadas, a veces codificadas e institucionalizadas que se basan en un conjunto complejo de símbolos y creencias. Los ritos funerarios, comportamientos variados que reflejan los afectos más profundos y supuestamente guían al difunto en su destino post mortem, intención explícita o manifiesta, tienen como objetivo fundamental superar la angustia de muerte de los sobrevivientes, intención implícita o latente”. (Vincent Thomas, 1991, pág. 155)

El tratar de sobreponerse a la angustia que aqueja a los sobrevivientes presenta dos vertientes. Por un lado, en estos rituales se encuentra el objetivo de permitir a los dolientes lidiar con la pérdida de su ser querido a partir de un:

“Apoyo simbólico que les confiera sentido y vuelva soportable la ausencia (del difunto): el retorno a la tierra, el agua y la gruta maternal; acción purificadora del fuego, comunión canibalista con el principio vital del difunto; momia que espera volver a ser habitada por el Ba o el Ka del faraón difunto; culto de las reliquias siempre presentes”. (Vincent Thomas, 1991, pág. 116)

De esta forma, se crea la expectativa de que la existencia del fallecido no acaba con su muerte, sino que tiene un destino. Por otro, la finalidad latente de estos rituales, jamás expresada de forma manifiesta, es la de curar y prevenir. Curar en el sentido de persuadir a la muerte de no quedarse y no causar mayores estragos; prevenir, en que la muerte no se contagie a otros miembros de la comunidad.

“Socialmente reglamentado, el ritual funerario responde a las necesidades del inconsciente [...] Las actitudes oblativas, las actitudes de homenaje y de solicitud hacia el muerto encubren conductas de evitación que ponen de manifiesto el temor a la muerte y la preocupación por protegerse de ella”. (Vincent Thomas, 1991, págs. 116-117)

El fallecimiento de un allegado anuncia la irrupción de la muerte en el grupo humano, por lo que hay que tratarla con respeto, para que no permanezca mucho tiempo en este colectivo, delimitando a su vez su influencia en los familiares directos y personas cercanas. De ahí la necesidad de que éstos denoten la pérdida de su ser querido llevando una señal que los distinga (el uso de cierto color negro en occidente, o el color blanco en los países

orientales). Antiguamente, si una persona se negaba a exhibir su luto de esta manera era rechazada y relegada¹⁵.

Françoise Dastur agregará que otro de los componentes esenciales en los rituales fúnebres es el “de permitir a los allegados del difunto, así como al conjunto de la comunidad a la que pertenece, instaurar con el muerto una nueva relación que ya no pasa por la mediación del cuerpo” (Dastur, 2008, pág. 33), en donde, a partir de nuevas dinámicas, se puede continuar una interacción con el fallecido, ya que, aunque carezca de un cuerpo físico, la esencia que lo hace ser él se encuentra ubicada en otro lugar. Es por eso que:

La misión de los ritos funerarios es garantizar que el ser que acaba de morir no ha desaparecido del todo y que algo de él perdura en la memoria de los vivos, y esta presencia invisible del desaparecido es la que dio lugar al nacimiento (del concepto) de espíritu (Dastur, 2008, pág. 33).

Esa esencia única *sí mismo incondicionado* es la que prevalecerá posteriormente a la desaparición de ese *yo empírico*. Es con este *sí mismo incondicionado* con el que los allegados del difunto entablarán una nueva forma de relación: una de tipo espiritual, una que se realizará por medio de ciertos rituales.

Para el historiador francés Jean Delumeau “resulta revelador con qué insistencia los libros de piedad y de sermones combatieron entre los cristianos la tentación del desaliento en las cercanías de la muerte” (Delumeau, El miedo en occidente, 2005, pág. 14). De ahí que, para el hombre medieval, como para el hombre actual, todos estos temores contenían en su núcleo el miedo a morir. Cabe señalar que la noción de morir se refiere a la desaparición de este mundo *material*, lo cual no era lo que se temía más, existiendo la certeza de que esto

¹⁵ Thomas Vincent-Louis se refiere a que tal práctica se daba, específicamente en la Alta Edad Media, que comprende del siglo V hasta el siglo XI o XII.

sólo representaba la separación del cuerpo, perecedero e imperfecto, y el alma, eterna y perfecta. “La desaparición del yo empírico (físico o material) revela la existencia de un “sí mismo” (alma) incondicionado, que no es el sometido a la muerte, y que constituye el verdadero fundamento de la creencia de la inmortalidad del alma” (Dastur, 2008, pág. 37). De lo que se desprende que la muerte fuera considerada como un paso a otro estado de conciencia superior, y no el final de la existencia. El temor a morir no se referiría, pues, a un morir corporal sino a un fracaso del alma, ya separada del cuerpo, por no lograr el acceso a la *gracia de Dios* o no haber muerto *en Jesucristo*¹⁶, considerado *el fin más bello a alcanzar*, según Ignacio de Antioquía parafraseado por el teólogo Karl Rahner (Rahner, 1964, pág. 206)

Para hablar de una teogonía cristiana no podemos dejar de mencionar la primera obra que constituye el Antiguo Testamento: el Génesis, que nos habla de cómo los primeros humanos , Adán y Eva, moradores del Paraíso Terrenal, poseían, entre otros atributos, el don de la inmortalidad¹⁷. Fue a causa de su desobediencia al mandato impuesto por Dios de no comer los frutos del árbol del conocimiento del bien y del mal, que Adán y Eva fueron expulsados de ese *eterno presente*, condenados a sufrir las consecuencias de esta falta: perecer, ser mortales y estar atravesados por la flecha del tiempo¹⁸. Es entonces cuando el hombre comienza a padecer su mortalidad como un recordatorio perpetuo y un castigo de su *pecado original*, en una búsqueda incesante de redención (Rahner, 1964, pág. 207). De ahí

¹⁶ Para Karl Rahner, uno de los teólogos jesuitas más destacados en la contemporaneidad, *morir en Jesucristo* consiste en ver la muerte de Jesús como un hecho de la gracia, consiguiendo ofrecer a Dios el cuerpo del pecado que es la muerte y convertirlo así en cuerpo de gracia, de manera que ahora también nosotros en su gracia podemos pertenecer a Dios y a Cristo en la muerte.

¹⁷ Al respecto, Rahner opina que Adán y Eva no eran inmortales, sino que, incluso no habiendo desobedecido a Dios, en algún momento tendrían que haber llegado a morir. Sin embargo, esta experiencia mortal habría sido diferente: una *muerte sin muerte hubiera sido pura, manifiesta, activa consumación del hombre íntegro desde dentro*. (Rahner, 1964, pág. 235)

¹⁸ Comúnmente, cuando se habla del tema de la muerte se hace referencia al tema del tiempo.

que el pecado original sea causa indiscutible de la muerte y represente: “un efecto del libre desvío de Dios, donde perdimos aquella unión interna y gratuita con Dios que configuraba nuestro ser espiritual. La muerte concreta del hombre es la expresión del desarraigo de Dios” (Rahner, 1964, pág. 224). Por lo tanto, el hombre vive dentro de un orden en el que originalmente la muerte no tendría que existir, al menos tal y como se padece, ya que no formaba parte de su destino. De lo anterior se desprende una serie de reflexiones inherentes a todo hombre mortal.

La primera se refiere a la muerte como un acontecimiento universal, “porque todo hombre es pecador, por eso precisamente todo hombre muere [...] para todo futuro el *tener que morir* formará parte de las fuerzas elementales de la existencia, que la muerte nunca podrá ser puesta en *fuera de juego*” (Rahner, 1964, pág. 224). Esta es una muerte que exhibe la falta original del primer hombre, la cual todos estamos destinados a padecer.

La segunda señala la separación del cuerpo y el alma en tanto que el cuerpo, finito, material y percedero, se halla invadido por el pecado (refiriéndose al original y a todo aquel cometido durante la vida), por lo que representa un impedimento para que el alma (inmaterial e infinita) pueda iniciar con su purificación, que le permitirá acceder a la *gloria de Dios*. Es entonces que, a causa del primer hombre, “como efecto de su libre desvío de Dios que configuraba nuestro ser espiritual” (Rahner, 1964, pág. 224), se instaura su mortalidad y, por tanto, esta separación.

Una tercera reflexión se centra en la muerte como el *término del estadio del peregrino*, en donde comienza: “un estadio definitivo y acabado que fija para siempre la decisión que tomó (el hombre) durante la vida corporal de orientarse a Dios o de apartarse de él” (Rahner, 1964, pág. 219). Es a partir de la muerte que la *decisión moral básica que el hombre ha realizado durante toda su vida corporal del lado de la temporalidad*

intramundana se hace definitiva, irrevocable. Bajo este presupuesto, la vida terrenal cobra una gran importancia, ya que todas las acciones efectuadas en ella determinarán tres escenarios posibles: el acceso al Cielo, la purificación de los pecados en el Purgatorio (si estos no son capitales) o el castigo eterno ardiendo en el fuego del Infierno¹⁹. “La muerte como acontecimiento concreto en cada hombre es para cada uno salvación o condenación” (Rahner, 1964, pág. 226).

Así la muerte adopta un doble significado: se puede asumir como una *muerte del pecado*, la muerte en Adán, donde se encuentra el pecado original como condena, o también como una *muerte redentora*, salvífica (morir en Jesucristo, encontrando la paz eterna)²⁰. Para llevar a cabo el camino hacia el encuentro con Cristo después de la muerte será necesaria la recepción de los Sacramentos durante la vida, sobre todo el Bautismo, la Eucaristía y la Unción de los enfermos, siendo estos la visibilidad de los actos básicos de la asimilación de la salvación en la vida del cristiano (Rahner, 1964, págs. 225-256). Es esta segunda significación la que será adoptada en el Medievo, donde tanto la persona moribunda como sus supervivientes vivirán la cercanía de la muerte.

Un *moribundo*, en palabras de Louis-Vincent Thomas, es aquella persona que ha llegado al fin de su vida, el enfermo incurable, el terminal, el que se halla *in extremis* o el que ya está condenado a su fin (Vincent Thomas, 1991, pág. 65). En suma, todo aquel que sienta y presienta la cercanía de su muerte, sólo presentimos nuestra muerte y no la de otro, nos dirá Derrida es considerado *moribundo*. Así, “la aproximación o aprehensión de la

¹⁹ A diferencia de otras religiones la católica se estructura linealmente a partir de la noción de principio-fin, en donde no hay eterno retorno sino sólo una historia única e irrepetible. La muerte implicaría el final de la vida material y el comienzo de la purificación espiritual. De allí que la muerte adopte un talante individual, donde cada persona decide su destino.

²⁰ El hecho de poder elegir entre alguna de las dos muertes pone de manifiesto el libre albedrío del hombre.

muerte designa tanto la experiencia de la aproximación, como también, indisociablemente, la significación de la muerte que se esboza en este acercamiento de la muerte” (Derrida, 2006, pág. 51). El conocimiento de la posibilidad cercana de morir es lo que nos hace considerarnos finitos, mortales, disparando, históricamente, las diversas formas de asumirnos como moribundo.

Como ya habíamos indicado, el adoptar la muerte como redentora, y destructora del pecado original, representó un fundamento crucial en la creencia de los hombres del Medievo en cuanto a su finitud y al hecho de su muerte, encarándola como pasión²¹, sobrellevando el temor de morir con la promesa del tránsito a un lugar mejor²², donde todas las penas serían disipadas a la espera del fin de los tiempos (el Juicio Final) y la resurrección de la carne²³. La fe, junto con la esperanza y el amor, hace de la muerte de Cristo el fundamento del cristianismo.

Bajo estos preceptos se forja la realidad de la civilización medieval respecto al mundo y la muerte y la forma en la que el hombre se comporta ante ellos. Un *hombre de fe* se entregaba, indiscutiblemente, a las fuerzas sobrenaturales que lo sobrepasaban, respetándolas y mostrando humildad ante ellas. No olvidemos que también entonces coexistía la certeza de que no había una frontera clara entre lo natural y lo sobrenatural, que se entremezclaban interactuando, por lo que, ante la cercanía de tales fuerzas, se vivía con cautela y, a la vez, con resignación.

²¹ Los Sacramentos son los pasos a seguir de los actos básicos de la asimilación de la salvación en la vida del cristiano. Representan la reproducción de la vida de Cristo.

²² Jesucristo murió *nuestra muerte*, padeciendo la muerte de la raza humana ocasionada por Adán, lo cual permitió que se pudiera acceder a la compañía de Dios, limpiando el pecado original.

²³ La figura de Jesús de Nazaret representa un arquetipo de cómo se deberá afrontar la muerte sin huirla y esperándola serenamente, ya que finalmente se la podrá vencer, despojándola de todo su poderío, en el Juicio Final, donde todos seremos juzgados y volveremos a la vida plena. La acción redentora de Cristo fue *tomar sobre sí la muerte*.

Es así que aquel que se encontraba próximo a la muerte mostraba una actitud de serenidad, aceptando el momento fatídico con decoro y sencillez. Aunque, como menciona Philippe Ariès, en su magna obra *El hombre ante la muerte*, se trataba de evitar el encontrarse con ella²⁴, pero cuando ésta llegaba se la aceptaba apaciblemente y no se la huía. Este primer caso se refiere a una muerte que se anuncia con anterioridad, una muerte anticipada, que se considerará una *buena muerte*, deseada y anhelada por todos; aunque, por otro lado, podía darse la circunstancia de fallecer de manera repentina, lo que se consideraba una *muerte villana*, que habría que evitar a toda costa.

En el primer caso, al percibir la cercanía de la muerte el *moribundo* comenzaba una serie de diligencias para ultimar y ordenar sus pendientes, bienes terrenales, sobre todo. Dejar asuntos inconclusos y sin resolución se consideraba un lastre grave que repercutiría en su ascenso a la dicha eterna. “El hombre que muere debe poner todo su último esfuerzo en quitarse el lastre con el fin de elevarse más rápido y más alto. Se trata de eso precisamente: de despegar, de subir” (Duby G. , Guillermo el mariscal, 1994, pág. 11)

La primera preocupación ante la inminente muerte consistía, pues, en deshacerse de las responsabilidades que luego representarían una carga problemática. “El hombre cuya muerte se acerca debe, en efecto, deshacerse poco a poco de todo” (Duby G. , Guillermo el mariscal, 1994, pág. 9), desembarazarse paulatinamente de todo aquello que lo ata al mundo. El desprenderse de su oficio público (servicio realizado en la sociedad); la distribución de sus bienes materiales, herencia, considerada lo más pesado, ya que debe garantizar la estabilidad de su familia dejándola protegida, por lo que se heredaba en vida; la elección de su última morada, que era de suma importancia, ya que implicaba la renuncia hacia el cuerpo,

²⁴ A diferencia de aquellos que eran guerreros, que consideraban que morir en batalla era un honor.

en particular, y al mundo, en general. “Conviene al moribundo, en el instante del *exitus*, de la salida, presentarse desnudo, como ha salido del vientre de la madre. Para un renacimiento. A la nueva vida de mejor premio” (Duby G. , Guillermo el mariscal, 1994, págs. 11-12)

Las preparaciones religiosas obligadas, la profesión de fe, confesión de los pecados, el perdón de los supervivientes, las disposiciones piadosas hacia ellos, eran actividades que debían efectuarse para poder facilitar la separación del cuerpo y el alma, así como la purificación de esta última en su trayecto hacia el mundo supra terrenal (Aries, 2011, pág. 23)

Todo lo anterior se realizaba en el marco de una gran celebración, que congregaba a parientes y allegados en los aposentos del *moribundo*, donde él gozaba de la compañía de éstos en tan fatídico momento. La concurrencia y la magnitud de la reunión dependían de su estatus social, siendo éste el protagonista y el centro de atención. Historias de vida, anécdotas que resaltaban sus virtudes, confesiones conmovedoras con un tinte de despedida, así como ese *último ejemplo* (del moribundo) *de virtud a los que le seguirán*²⁵. Todo lo anterior conformaba la *celebración*, con el fin de acompañarlo hasta su último aliento, lo cual podía prolongarse durante días, incluso meses. Una despedida en compañía solidaria de la gente amada y estimada que amortiguaba el temor causado por la llegada del final de la vida.

Morir era un acto público, asumido tanto por el *moribundo* como por los sobrevivientes con una actitud de sencillez y desprendimiento, aceptando en todo momento la desaparición terrenal. Entre más sociable y más integrado estuviera el primero en la comunidad menor era su temor a la muerte. “En un mundo sometido al cambio, la actitud

²⁵ Duby nos dice que *cada uno, de este modo, al dejar el mundo tiene el deber de ayudar por última vez a afirmar esta moral que hace mantenerse en pie al cuerpo social, y sucederse las generaciones en la regularidad que complace a Dios.* (Duby G. , Guillermo el mariscal, 1994, pág. 9)

tradicional ante la muerte aparece como un rompeolas de inercia y de continuidad” (Aries, 2011, pág. 32). Es así que la *muerte* era aceptada con familiaridad, lo cual la hacía llevadera. Ya en el deceso no se dejaba de llorar al difunto, no se evitaba el sufrimiento causado por su partida, pero esto era tolerable y tenido como algo completamente natural. Por tal razón Philippe Ariès denominará a esta experiencia de cercanía con la muerte: *muerte domada*.

Por otro lado, el morir repentinamente se consideraba una *muerte villana*, mostrándose como una “cosa extraña y monstruosa de la que no se podía hablar” (Aries, 2011, pág. 17), y a la que se temía profundamente. Esta clase de muerte no dejaba de asociarse con la intervención de seres malignos que desencadenaban las diversas catástrofes terrenales. De igual forma, la *muerte clandestina*, sin testigos ni ceremonias, también representaba una *mala muerte*, la cual ocasionaba una especie de maldición en donde había ocurrido, así como la manifestación espectral del difunto²⁶.

Respecto de aquellas personas que morían en condiciones extraordinarias -fuera del bautizo, en el parto (madre e hijo), suicidas, ahorcados, ahogados, de forma violenta y no natural- se creía que su alma no encontraría paz, por lo que regresaría al mundo de los vivos, ocasionando todo tipo de calamidades al no poder hallar el descanso eterno²⁷. “Unirse al muerto en silencio, detener los relojes, implica manifestarle una consideración que protegerá a los vivos de su agresividad potencial” (Vincent Thomas, 1991, pág. 117). Es por eso que se trataba de evitar, a toda costa, ser víctima de dichas circunstancias, apegándose lo más posible a su contexto inmediato y llevando una vida tranquila, encaminada a seguir los pasos de Jesucristo.

²⁶ Al respecto, Delumeau realizará una amplia explicación acerca de lo que se concebía como fantasmas: esas almas que no consiguieron desprenderse de este mundo y que se encuentran vagando por la tierra.

²⁷ Los sobrevivientes realizaban una serie de ritos para evitar dichas consecuencias, permitiendo el buen tránsito del alma del difunto a su destino celestial.

Hemos revisado la forma en que el moribundo se conducía ante la inminente aproximación de su muerte, en el caso de la muerte anticipada, con sus particularidades, tradiciones, obligaciones, tanto civiles como religiosas, sus miedos a morir fuera de la protección de Jesucristo y sus expectativas de que su espíritu lograra alcanzar la *Gloria de Dios*. Sin embargo, el moribundo no era el único que vivía el acercamiento y la llegada de su muerte. Los que lo acompañaban en sus últimos momentos también los experimentaban, pues eran los responsables no sólo de acompañar al moribundo sino de dar cuidado al cuerpo del ya fallecido y seguimiento en el proceso de alcanzar la *Gloria eterna*.

La participación en la celebración dada al moribundo permitió que aquellos que lo rodeaban presenciaran la llegada de su muerte de forma paulatina, reconociendo, dolidos, cada una de las señales que indicaban su deterioro, pero aceptando su partida sin desesperación. Pero, como nos dice Duby, “esto no es el final del espectáculo: el alma ha partido pero el cuerpo sigue estando aquí” (Duby G. , Guillermo el mariscal, 1994, pág. 27). Inmediatamente a su fallecimiento se daba comienzo a los rituales que permitían al alma desprenderse del cuerpo -como ya se había indicado, proceso lento-, por lo que la labor de sus familiares y allegados era crucial y fundamental.

Después de haberlo honrado con plegarias y bendiciones y velado durante cierto tiempo²⁸, se pasaba a retirar el cuerpo del fallecido de la vista de los presentes, para darle los cuidados y la limpieza necesarios. Quienes se encargaban de realizar tal asistencia eran las mujeres del difunto (hijas, esposas, madres, tías o incluso parteras)²⁹. Las mujeres desvestían al finado y lo lavaban con agua tibia, para que se pudiera presentar limpio ante *el Creador*.

²⁸ Se estilaba acompañarlo en el lugar del fallecimiento durante un día

²⁹ Se consideraba que el morir era un re-nacimiento, por lo que la intervención femenina era indispensable, a partir de gestos delicados y maternos (Vincent Thomas, 1991, págs. 118-119).

La tradición cristiana dictaba, en su rito de *Extremaunción*, que el cuerpo fuera ungido en aceite, a fin de estar listo para el día de su resurrección³⁰. Después de estas preparaciones se disponían a acompañarlo en su traslado a lo que sería el lugar de la inhumación, elegido ya con anterioridad por el mismo occiso.

Un cortejo fúnebre desfilaba por los lugares cardinales de la ciudad, haciendo partícipes a todos sus habitantes, algunos de los cuales se unían a este desfile. En ocasiones, según el estatus social que ocupara el muerto antes de su deceso, la comitiva se detenía en alguna iglesia donde se oficiaba una misa en su honor. Esta *fiesta funeraria* culminaba en la última morada del occiso. Allí se daría paso a admirar su cadáver, por última vez, que se ofrecía a los demás como un *espejo* en el que reflejarse, siendo esto motivo de reflexión de lo que a cada uno tocaría algún día de forma inevitable.

Después de que los parientes y amigos cercanos hubieran expresado una última muestra de afecto, admiración y gratitud para con el difunto se procedía a enterrar su cuerpo. Oraciones, expresiones manifiestas de dolor, matizado por la esperanza de volver a encontrarse en la Gloria eterna de Dios, eran los sonidos de fondo que acompañaban este *hasta pronto*.

Aunque se puede leer entre líneas, es necesario insistir en que en la Edad Media no existía una clara distinción entre el mundo natural y el sobrenatural, por lo que la vida y la muerte no estaban separadas por un corte nítido, aspecto característico de una *sociedad metafísica* (Delumeau, *El miedo en occidente*, 2005, pág. 119). Es por eso que la relación de

³⁰ Es importante la propuesta que realiza Louis-Vincent Thomas en cuanto al análisis de los elementos latentes presentes en la limpieza de un cadáver. Para él, el aseo *postmortem* conlleva la función de purificar y erradicar la impureza del cadáver, lo cual elimina el riesgo de contagio de la muerte a los presentes. Un ejemplo de ello es que en Bretaña el agua empleada en esta limpieza se consideraba maléfica, por lo que se arrojaba a un pozo cavado en el exterior de la casa. (Vincent Thomas, 1991, págs. 118-119)

proximidad que se mantenía con la muerte era armoniosa, si es posible emplear tal palabra. Entre la relación del moribundo y la familia, como ya hemos mencionado, se daba una compenetración, misma que no se anulaba con el fallecimiento, sino que se mantenía a partir de los rituales antes referidos.

Difuntos y sobrevivientes seguían conviviendo mediante nuevas formas a partir de los *ritos funerarios o de duelo*³¹. La función que solventaban tales dinámicas era la de establecer y mantener un vínculo espiritual con el difunto (Dastur, 2008, pág. 34), el cual se consideraba que todavía ocupaba un sitio dentro de la sociedad, al menos durante un tiempo. Esto acontece paralelamente al proceso de separación del cuerpo y el alma, que se desarrollaba con lentitud, en una *muerte progresiva*, teniendo en cuenta, además, que la purificación del alma requería la participación activa de los sobrevivientes, con sus plegarias³².

Recordar al difunto, manteniéndolo vivo y presente en la memoria de los suyos, no dejándolo caer en el olvido, era fundamental. La convivencia activa con los espíritus de los antepasados, solicitando su consejo ante ciertas circunstancias, guiaba las acciones de los vivos, transformándolas en sabias y pertinentes. Esta comunicación -según las creencias del momento- se efectuaba a través de los sueños o bien consultando a médiums.

La interacción entre vivos y muertos podía resultar tanto benéfica como peligrosa. Se creía que, si se daba la situación de mantener relegado en el abandono a un difunto, podía desatarse su furia y comenzar a amedrentar a la gente próxima. Como hemos dicho anteriormente, se consideraba que tales faltas eran causantes del desvío de un espíritu hacia

³¹ Son ritos todas las conductas corporales más o menos estereotipadas, a veces codificadas e institucionalizadas, que se basan necesariamente en un conjunto complejo de símbolos y creencias.

³² Se tenía la certeza de que la repetición constante de oraciones facilitaría y daría agilidad al proceso de purificación de los pecados en el Purgatorio. (Aries, 2011, pág. 124)

la paz eterna, generando así un fantasma, un alma en pena que no encontraba el descanso y envidiaba la condición de los vivos (Delumeau, *El miedo en occidente*, 2005).

Hasta aquí, hemos revisado algunos de los principales aspectos que constituían la noción de muerte en la época medieval y las actitudes manifiestas de las personas ante tal acontecimiento determinante. En todo ello destacan, ante todo, la cercanía y el respeto con el que se adoptaba la finitud humana, además de la colectivización del hecho de morir. No se partía de este mundo solo, sino rodeado de la familia, de la gente más cercana, en una celebración que festejaba el encuentro inminente con Dios. La muerte no se enfrentaba, se asumía, se vivía, se experimentaba de frente cada momento de ella en que, poco a poco, se iba aproximando al hombre. En ningún momento el miedo desaparecía, sólo era posible sobrellevarlo y soportarlo a partir de la presencia del otro, de la asunción de la otredad, que lo sobrepasaba. El moribundo se entregaba por completo a los designios de *Dios*, otorgándole poder absoluto sobre su destino.

Puede ser que esta actitud fuera propiciada por la presencia preponderante de la religiosidad, que dictaba todo el quehacer del hombre medieval, brindándole una certeza: la esperanza de la vida después de la muerte. La fe católica instauró la victoria sobre la muerte a partir de la misma muerte de Cristo; pero, también, la finitud era una condición natural, aceptada y no temida como en la actualidad, ante la que nada podía hacerse para cambiarla, ni existían pretensiones de hacerlo, resultando así una *muerte domada* (Aries, 2011).

Cabe mencionar que Norbert Elias no estará de acuerdo con las afirmaciones que Aries y Vincent Louis harán sobre la muerte domada. A partir de un análisis crítico Elias dirá que no es que la muerte estuviera “domada” sino que se hablaba de ella de forma más abierta, expresándose en la cotidianidad, la literatura, los poemas, etc. “Para jóvenes y viejos la muerte era menos oculta, más familiar” (Elias, 1989, pág. 23). La muerte era omnipresente

para las personas del medievo, sin embargo, esto no implicaba que murieran más en paz. La vida en aquel entonces era breve y la muerte más dolorosa, además de que existía el miedo al castigo después de morir derivado no haber obrado bien en vida, teniendo como resultado el ser condenados al infierno.

“El miedo ante el castigo después de la muerte, el miedo por la salvación del alma se apoderaba a menudo y sin aviso de pobres y ricos. Para sentirse más seguros, los príncipes levantaban templos y monasterios; los pobres rezaban y se arrepentían”.
(Elias, 1989, pág. 24)

Además, el acompañamiento que se daba al moribundo no siempre era solemne y agradable para este³³. A grandes rasgos, la *muerte domada* no era tan serena como lo llevo a plantear Aries, sin embargo, en ambas observaciones se mantiene un elemento importante: la omnipresencia de la muerte en la cotidianidad, la familiaridad hacia ella y la compañía de los familiares hacía con él moribundo o ya difunto, condiciones que más adelante veremos cómo se modifican en las nuevas formas de asumir la muerte, de temerle. Las reflexiones de Elías y de Aries nos muestran que el concepto de muerte está fuertemente impregnado de una carga histórico-social y que cada cultura tiene diversas formas y estrategias de “vivir” su significación.

CIENCIA Y OCULTISMO COMO FORMA DE SUPERAR LA MUERTE

En gran parte de la historia occidental, la *muerte domada* permaneció vigente siendo un fundamento de las dinámicas sociales e individuales para asumir la muerte. La

³³ Esto hace referencia, desde la perspectiva de Norbert Elías, acerca de la romanización de los últimos momentos de vida de alguien en la antigüedad.

preponderancia del cristianismo establecía como verdad indudable la migración del alma fuera del cuerpo a la *verdadera vida*, dando un mayor énfasis a la *salvación del alma* que, al cuidado del cuerpo, siguiendo el camino correcto del buen creyente. Así es que se buscaba evitar ser condenado a un castigo eterno. Resumiendo, no se dudaba que la vida continuaba posterior al cese de las funciones orgánicas. Postura que tuvo una larga vigencia en la idiosincrasia de las culturas. Fue hasta el siglo XVIII, con el desarrollo de las diferentes áreas del conocimiento en la ilustración, que comenzó a cuestionarse todo lo que anteriormente se había dado por sentado, incluyendo nuestro paradero al momento de fallecer. El que la biología y la medicina reestablecieran sus estudios, pausados en gran medida durante la Edad Media, permitió, además de observar el complejo funcionamiento corporal, identificar lo que ocurre con los cuerpos al momento de fallecer.

John Gray, en su texto, *La comisión para la inmortalización*, expone dos intentos, en diferentes momentos históricos, del como algunas vertientes ilustradas, y por medio de la ciencia, intentaron evadir a la muerte. El resultado fue un híbrido entre ciencia y ocultismo que, a partir de los medios más objetivos, se buscaba abordar y entender la sobrevida, o en dado caso, anular la muerte.

“A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la ciencia se convirtió en el vehículo con el que se pretendía hacer frente a la muerte. Se apeló al poder del conocimiento para liberar a los humanos de su mortalidad. La ciencia se utilizó contra la ciencia y pasó a ser un canal para la magia”. (Gray, 2014, pág. 13)

Ciertamente, se puede señalar que, de alguna forma, la ciencia siempre ha buscado hacer frente a la muerte, siendo la diferencia en este periodo mencionado la combinación entre ciencia y ocultismo.

Tal fue el caso del grupo de la *escritura automática interconectada*, gestado en Gran Bretaña y que resulto un movimiento de gran peso conformado por las altas esferas de finales del siglo XIX (entre las personalidades más destacadas se encontraban: Alfred Russel Wallace –codescubridor, junto con Darwin, de la selección natural y converso al espiritualismo-, George Darwin- hijo de Charles Darwin-, George Eliot, Frederic Myers – uno de los fundadores y presidente de la Sociedad para la Investigación Psíquica (SPR)-, William James –hermano mayor del novelista Henry James-, Charles Richet – fisiólogo ganador del premio Nobel-, Henry Sidgwick- filósofo de Cambridge, entre otros) (Gray, 2014, págs. 22-24). Su objetivo era el de demostrar que la personalidad humana sobrevivía después de la muerte del cuerpo a través de la *escritura automática*³⁴, la cual buscaba generar un canal para las comunicaciones con personas que habían fallecido. “Lo que impulsaba a los investigadores psíquicos a buscar pruebas de que la personalidad humana sobrevivía a la muerte era la repulsión que les producía el materialismo científico” (Gray, 2014, pág. 14). Pensar que la muerte solo implicaba el cese de las funciones orgánicas era inconcebible y nada creíble. Recabar la mayor cantidad de pruebas que dieran sustento a esta sobrevida planteada se volvió la encomienda para dichos movimientos:

“Los investigadores psíquicos, aun cuando estaban firmemente convencidos, sabían que ninguno de los fenómenos que estudiaban demostraban que la supervivencia fuera una realidad. Solo las comunicaciones claramente interconectadas recibidas a través de varios canales durante un periodo de tiempo podían demostrar que las mentes post-mortem funcionaban”. (Gray, 2014, pág. 26)

³⁴ También conocida como Psicografía, es la supuesta habilidad psíquica de una persona que escribe sin estar consiente, siendo solo un medio para que espíritus o fuerzas sobrenaturales logren manifestarse. Es un movimiento que, actualmente, se encuentra catalogado en el ámbito del ocultismo y el esoterismo.

Evidentemente, ante el abordaje de la sobrevida le acompañaba, o al menos esa era la pretensión, una postura crítica-objetiva que buscaba dar con la evidencia concreta de que, con la muerte, los individuos no desaparecían, llegándose a encontrar en un plano distinto (ya no pensado en los lugares propuestos por las religiones derivado de los descubrimientos y propuestas de la selección natural de Darwin tratada en el *Origen de las especies*: “los humanos no tienen un lugar especial en el esquema de las cosas³⁵” (Gray, 2014, pág. 29), los cuales determinaron significativamente la idiosincrasia de la época), siendo posible generar un contacto con ellos a través de la *escritura automática*. Era pensar en una vida después de la vida sin el *discurso teísta*, buscando el sostén a partir de la ciencia.

El otro ejemplo que Gray expone en su texto es el caso dado en Rusia, con el movimiento *construcción de Dios*, que fue una agrupación nacida a finales del siglo XIX en la que ciencia y ocultismo iban de la mano. Integrado por líderes bolcheviques³⁶, era un movimiento que tenía la creencia de que, “un verdadero revolucionario debía hacer todo lo posible para deificar a la humanidad, empresa que incluía la abolición de la muerte” (Gray, 2014, pág. 135). Es por eso que, a partir de las nociones de progreso y antropocentrismo, se establece una cruzada por llevar al ser humano al punto de su máxima expresión, buscando convertirlo en un ser todopoderoso e inmortal. Todo esto era impulsado por la no creencia de que hubiera *otro lado* o un más allá al que llegaríamos a dar posterior a nuestra muerte.

³⁵ En ese sentido, el Darwinismo resultó ser una amenaza para la religión ya que enfrentaba a los humanos a la perspectiva de su *mortalidad final*. “Darwin los obligo a preguntarse (a la gente de su época) porque su vida no acabaría como la de otros animales, convertida en nada. Si así era, ¿cómo podía tener sentido la existencia humana? ¿Cómo podían sostenerse los valores humanos si la personalidad humana quedaba destruida con la muerte? (Gray, 2014, págs. 31-32)

³⁶ Grupo político radicalizado dentro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Se convierte en el proyecto de deificación humana buscando llevarlo a su máxima expresión. Mediante las herramientas brindadas por la ciencia y el ocultismo³⁷ se pretendía encontrar y promover la inmortalidad.

“El neurólogo ruso Vladimir Béjterev (1857-1927) empezó el estudio soviético de la parapsicología creyendo que había descubierto una base científica de la antigua creencia en la inmortalidad. La personalidad no se destruye después de la muerte- escribió-, sino que después de manifestar sus diferentes caras en la vida vive eternamente como una partícula de la creatividad humana universal. La psique humana es un tipo de energía y la energía es inmortal”. (Gray, 2014, pág. 138)

Esta inmortalidad no pretendía ser dada a cualquier persona. Siguiendo las ideas de progreso radicalizado³⁸, evolución y selección natural, se buscaba generar a un *súper hombre* que se lograra diferenciar de los más débiles y así ser merecedor de la inmortalidad: “la gente del campo ruso, medio salvaje, estúpida y difícil, morirá [...] y su lugar será ocupado por una nueva tribu formada por los literatos, los inteligentes y los fuertes” (Gray, 2014, pág. 143). En este tenor, lo que se pensaba era que había que dejar que los *débiles* perecieran, o en algunos casos provocarlo, para lograr potenciar la máxima expresión de la naturaleza humana:

“Había no solo que destruir las instituciones sociales sino también la naturaleza humana, para después reconstruirlas. Una vez se dominará por completo el poder de la ciencia, se podría vencer a la muerte mediante la fuerza. Pero para conseguirlo que

³⁷ Se realizaban estudios serios sobre fenómenos paranormales como telepatía, el espiritismo, la parapsicología, entre otros (Gray, 2014, págs. 137-138).

³⁸ La idea de que la humanidad avanza a partir de las catástrofes se encontraba muy arraigada en el pensamiento de la Rusia de esa época (Gray, 2014, pág. 14)

rehacer al animal humano, tarea que requería matar a decenas de millones de personas”. (Gray, 2014, pág. 16)

Eliminar a los *grupos retrógrados* concordaba con la filosofía *cosmista*³⁹ que era fomentada por algunos científicos rusos. De igual forma, se creía que el progreso científico estaba a punto de llegar al momento en que la resurrección de los cuerpos. Mediante la tecnología se lograría vencer a la muerte y alcanzar la inmortalidad.

“Quien quiera que fuera el responsable, la decisión de embalsamar a Lenin implicaba algo más que cálculo político. Los Constructores de Dios tenían una fe mágica en el poder de la ciencia, que en su opinión podría vencer a la muerte. Uno de ellos, Leonid Krasin, intento congelar a Lenin con el objetivo último de devolverle la vida[...]se creía que la ciencia crear la inmortalidad física”. (Gray, 2014, pág. 150)

Fuera de la discusión de si el alma sobrevive a la mortalidad física, en los *constructores de Dios* se pretendía generar la no- muerte y la resurrección de los ya fallecido venciendo a la naturaleza y dominándola a través del poder de la ciencia. Afirmación que llega a establecer otro de los integrantes de dicha organización Krasin Fiódorov:

“Nuestro deber, nuestra tarea consiste en devolver a la vida a todos los que han muerto, a todos aquellos que, como hijos y descendientes, perdimos: nuestros padres y antepasados[...]En otras palabras, la raza humana debe transformar la irresistible, ciega y fría fuerza del universo en otra, informada por el espíritu, la razón y a voluntad de todas las generaciones resucitadas[...]Todo sería resultado de la razón, la voluntad y el trabajo consciente”. (Gray, 2014, págs. 150-151)

³⁹ Filosofía cuyo objetivo era buscar la perfección del hombre y la erradicación de las formas imperfectas de vida (Gray, 2014, pág. 144)

La creencia en que la ciencia llegaría a ser todo poderosa y libraría al ser humano de la moralidad, movilizaba la idiosincrasia rusa de la época. La búsqueda de la creación de un *súper hombre* que lograra manifestar el potencial humano máximo sería el que también lograra dominar a la muerte.

La intención de abordar las posturas anteriores sobre ciencia, ocultismo y muerte, fuera de discutir si fueron movimientos objetivos o veraces, es la de mostrar los primeros intentos de pensar, actuar y manejar el tema de la finitud fuera del halo religioso a partir de la ciencia y la laicidad. Y como podemos observar, en un primer momento fue complicado pensar a la muerte fuera de las cuestiones sobrenaturales, observándola solo a partir de términos objetivos. Sin embargo, paralelamente, se fue dando un abordaje ceñido en las observaciones y análisis biológicas que tenían la consigna de revisar los fenómenos envueltos en la muerte de forma descriptiva.

MUERTE BIOLÓGICA

Después de siglos en que la muerte fue asumida de forma sobrenatural y metafísico, se dio paso empezó a conceptualizarla como un *fenómeno biológico*, solo que hasta la segunda mitad del siglo XX el desarrollo de las *ciencias de la vida* acrecentó el conocimiento sobre sus distintos procesos. Así, la muerte se asumió como un fenómeno biológico en donde se daba la desaparición del individuo vivo activo. El cese de las funciones vitales de forma definitiva, especialmente las relacionadas con el corazón, los pulmones y, principalmente, el cerebro, son las que determinarían el fallecimiento de una persona. “La muerte opera pues, a nivel de la célula, del órgano, del organismo y, en última instancia, de la persona en su unidad y especificidad” (Vincent Thomas, 1991, págs. 21-22). Por lo tanto, morir implica que

aquello que se encontraba en funcionamiento y en movimiento deja de estarlo, reduciendo a cero la tensión energética en la que, desde el nacimiento se encontraba un organismo.

“Así, la investigación teórica y experimental sobre la biología del envejecimiento, por ejemplo, en la búsqueda y control de los genes cuya “expresión aboca al deterioro de los cuerpos, ha favorecido indirectamente una mejor comprensión de los procesos biológicos que llevan a la extinción de aquéllos”. (Jimenez Aboitis, pág. 51)

Una de las razones principales del por que con anterioridad no se habían estudiado a profundidad las implicaciones biológicas de la muerte, se refiere a la *carga afectiva* que presente en dicha temática. “Se ha tenido que generar un gran esfuerzo para superar la aprensión que genera la toma de conciencia de la muerte, aspecto que representa un pilar esencial para la humanización del hombre” (Jimenez Aboitis, pág. 53). Por lo tanto el deslindarse del discurso teológico⁴⁰ permitió un abordaje minucioso sobre los procesos físicos y biológicos involucrados en el fallecimiento, dando paso a una perspectiva más objetiva del tema.

Otro aspecto que potencio el estudio y problematización de la muerte, en el ámbito clínico, derivó de los avances médicos que permitieron el poder trasladar el órgano de un ser vivo a otro, es decir, el trasplante de órganos⁴¹. Tal avance llevo a la discusión puntual y precisa de determinar el cuándo podemos hablar del momento exacto de la muerte, aspecto

⁴⁰ Los estudios que se realizaban a los cuerpos de fallecidos durante la edad media eran considerados una falta importante desde el ámbito religioso. (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011)

⁴¹ Anterior a los avances médicos, no se daba gran importancia a la certificación de la muerte, ya que era atribuida a cuestiones sobrenaturales, presentándose de forma súbita y sin aparente explicación: Dios así lo quiso, ya le había llegado su hora, etc. Sin embargo, los diferentes avances médicos y biológicos mostraron que no es posible hablar de una *muerte súbita*, ya que los distintos órganos del cuerpo dejan de funcionar paulatinamente, unos primero que otros. (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011)

de gran interés para los médicos⁴² y abogados, en función de determinar si es ético y legal utilizar el órgano de un paciente que se encuentra en coma, sostenido mediante sustitutos mecánicos que apoyen en las funciones que han dejado de presentarse, y proporcionárselo a otro paciente que lo requiere para tener una vida funcional.

“Actualmente, con los trasplantes de órganos de cadáveres a personas vivas, la determinación del momento preciso de la muerte es de gran importancia, ya que cuanto antes sea extirpado el órgano del cuerpo del donante, después de su muerte somática, tanto serán las posibilidades de que sobreviva injertado al recipiente”.

(Keith Mant & C. Path, 1971, pág. 23)

Así mismo, Vincent Thomas dirá que: “de no ser por la urgencia de determinar el momento adecuado para la extracción para la extracción de órganos, la inhumación y la cremación, probablemente no habría ninguna definición legal de la muerte” (Vincent Thomas, 1991, pág. 22).

De esta manera, como trasfondo, se realiza la discusión de cuando se determina la muerte: si con la ausencia de conciencia, la falta de movimiento de una persona, el paro de las funciones cardíacas, respiratorias o cerebrales (aspectos que en tiempos anteriores definían el fallecimiento de una persona) o, como actualmente se encuentra en discusión, hasta considerar el cese de todas las funciones celulares de un organismo⁴³. Lo que Mant y Path refieren en su texto, *definición medica de la muerte* es la esencia del cuestionamiento

⁴² En la actualidad es requerida la presencia de un médico debidamente habilitado para certificar la muerte de una persona y así poder expedir un certificado de defunción que reconozca legalmente su fallecimiento. (Keith Mant & C. Path, 1971)

⁴³ Marcelino Cerejido referirá que las investigaciones en organismos unicelulares, técnicamente no mueren. Lo anterior se sostiene de que habiendo cumplido su ciclo vital, dicho organismo simplemente se divide en dos *hijas* que continúan viviendo, no dejando atrás ninguna clase de cadáver. (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, pág. 17)

actual sobre la misma, fuera de un mundo trascendental o religioso, situándose en la profundización de los *aspectos objetivos del morir*, mismos que, con el progreso médico-científico, es más complicado precisar cuándo y cómo se produce exactamente el morir (Vincent Thomas, 1991, pág. 22)

El filósofo francés Vladimir Jankélévitch, en su texto, *La muerte*, nos habla de en principio de todo, es necesario referirnos a ella en su aspecto objetivo, como la *física de la muerte*:

“La muerte es un fenómeno biológico, como el nacimiento, la pubertad y el envejecimiento [...] Para el médico, el fenómeno letal es un fenómeno determinable y previsible, según la especie considerada, en función de la duración media de la vida y de las consideraciones generales del medio”. (Jankélévitch, 2009, pág. 17)

Jankelevitch dirá que la muerte, como condición de todo ser vivo es importante considerarla, primeramente, como un acontecimiento objetivo, orgánico y físico, en donde las funciones corporales se ven mermadas en su totalidad, ya sea por un deterioro propio del paso del tiempo o por un acontecimiento accidental que haga que sesén de manera abrupta. Un infarto fulminante, el choque automovilístico, una caída de una altura considerable, son situaciones que dejan al cuerpo expuesto, en el riesgo de que deje de funcionar. Es la:

“Descomposición de la forma orgánica; el tono que mantenía en la continuación de la existencia las estructuras inestables y frágiles llamadas órganos o tejidos, se relaja; en el lugar del cuerpo no queda más que un cadáver incapaz de conservar su forma”. (Jankélévitch, 2009, pág. 96)

La figura del cuerpo en estado de descomposición, sin la capacidad de moverse o mostrar algún signo vital, es lo que se presenta como muerte, condición que todo ser vivo pasará en algún momento.

“El mortal, mucho antes de ser moribundo, es moriturus, es decir destinado a morir; desde el mismo momento de su nacimiento, el vivo es aquel que debe morir; desde su origen, su constitución y el ritmo mismo de su existencia, la sucesión de las etapas de la vida y las grandes transformaciones biológicas del organismo concuerdan con la duración limitada concedida a la especie humana”. (Jankélévitch, 2009, pág. 95)

La postura que Jankélévitch presenta es que todo ser vivo *debe* morir. Noción que estará sostenida y defendida desde la biología, la medicina y los científicos sociales. Algunos autores mencionados por el doctor Ricardo Jiménez Aboitiz en su trabajo doctoral: *¿De la muerte (de)negada a la muerte reivindicada? Análisis de la muerte en la sociedad española actual: muerte sufrida, muerte vivida y discurso sobre la muerte*, establecen que es posible distinguir los fines prácticos y evolutivos que representa el que un organismo pueda fallecer, estableciendo a la finitud como una condicionante fundamental del desarrollo de la vida en cada una de sus manifestaciones.

En ese sentido, el Premio Noble de Medicina de 1965 François Jacob dirá que la muerte: “es una condición necesaria para la posibilidad en si de una evolución[...], como una necesidad impuesta, desde el huevo, por el propio programa genético[...]para permitir la desaparición de la generación que ha cumplido su función en la reproducción” (Jimenez Aboitis, pág. 53). De igual forma, el biólogo francés M. Marois, quien fuera el presidente de la Sociedad de Tanatología, entre 1971 y 1987, explica que “la muerte encuentra su lugar en la economía de la vida: está al servicio de la vida al darle nuevas oportunidades para nuevas pruebas y nuevas expresiones del protoplasma”⁴⁴ (Arribas, 2018). Es decir, si los organismos

⁴⁴ Parte de la célula que está limitada por la membrana citoplasmática e incluye el citoplasma y el núcleo. También es considerado la sustancia fundamental de las células, por lo que es la materia viviente de su interior (<http://www.google.com.mx/amp/s/educalingo.com>).

prolongaran su vida de manera indefinida, no se daría paso a nuevas formas de vida que logran adaptarse a los requerimientos de su tiempo y contexto. El fallecimiento de unos permite el nacimiento de otro, o como lo diría Marois: “la muerte es la condición indispensable de la supervivencia de las especies” (Arribas, 2018).

Bajo esta línea de mostrar que los organismos requieren necesariamente de mecanismos que permitan el cese de su vida, el médico y divulgador Marcelo Cerejido y Fanny Blanck-Cerejido, en su libro, *Las ventajas de la muerte*, parten del planteamiento de que, en el sentido evolutivo y adaptativo, la muerte representa un fenómeno indispensable y necesario para el desarrollo de la vida en el planeta. Una de las principales tesis que se sostiene es que todos los organismos multicelulares tienen como mecanismo esencial una *muerte celular programada*, generada por un *gen de la muerte o suicida* (a diferencia de los organismos unicelulares que técnicamente no mueren⁴⁵). Por lo tanto, el organismo de todo ser vivo que llega a cierta edad, comienza a dejar de realizar una serie de actividades para dar paso a la descomposición del cuerpo (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, pág. 17).

El mencionado *gen de la muerte* sería el causante de que el cuerpo dejara de seguir produciendo células, hemoglobina, hueso, nervios, tendones, piel y otros elementos esenciales para la regeneración que constantemente requiere un organismo para mantenerse con vida. Sin tal mecanismo, se tendría la misma incapacidad que presentan las moscas de la fruta. En su caso:

“Toda avería producida en un choque o en cualquier otra circunstancia no es reparada: su exoesqueleto y sus órganos sensoriales van acumulando los daños, perdiendo eficacia hasta que la pobre mosca va quedando como una verdadera ruina volante,

⁴⁵ Se dirá que una célula, al cumplir con su ciclo vital, pasa a dividirse en dos partes que continúan viviendo no quedando ningún cadáver. (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011).

hasta que no puede comer ni deambular ni escapar de los depredadores”. (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, pág. 44)

De esta manera, es indispensables que los cuerpos tengan la capacidad de regenerarse para mantener y prolongar su vida. En su nacimiento, un ser vivo presenta esta función regenerativa a su máximo esplendor⁴⁶. La causa es que se da una eliminación y reposición de células, a partir de un fenómeno denominado *mecanismo de suicidio celular*. Éste consiste en que una célula es descartada cuando ha cumplido con su objetivo específico, por lo que, en la etapa infantil, en donde el crecimiento orgánico es constante, se activaría dicho mecanismo. Además, se daría una eliminación de las células que no estuvieran cumpliendo con sus funciones predeterminadas, dando paso a las que si lo harían. (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, págs. 44-47).

Sin embargo, llega un momento en el que las células dejan de regenerarse y de reparar los distintos órganos dando paso a la paulatina degeneración del cuerpo, propia de la vejez. Un dato importante es que todo organismo tiene una duración de vida distinta. “El hecho de que una mosca viva dos semanas y un árbol de secuoya 2000 años, es por razones de estrategia evolutiva y no porque la vida carezca de recursos para prolongarles su estancia en este planeta” (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, pág. 49).

No se trata entonces de que no existan recursos para que los organismos puedan permanecer vivos, sino que es necesario que perezcan para desarrollar *mecanismos de adaptación*, los cuales permitan a las siguientes generaciones desenvolverse con mayor eficiencia en su entorno. “El hecho de que los individuos de una especie vivan una cierta cantidad de años que les es característica sugiere que la edad a la que ocurren sus muertes

⁴⁶ Observamos a los bebés que presentan un crecimiento exponencial alcanzando un desarrollo considerable en un corto tiempo.

están genéticamente programadas” (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, pág. 49). No habiéndose establecido el cese de un organismo en su desarrollo, solo seguirían existiendo en el planeta las células procariotas anaeróbicas y heterótrofas⁴⁷, sin la diversidad de seres vivos que han existido en el planeta. De esta manera la degradación de un ser vivo es crucial para dar paso a más expresiones de vida, es decir, envejecer y fallecer.

El proceso de envejecimiento resulta muy particular en cada especie de ser vivo. En el caso de los humanos, depende en gran medida de su estilo de vida, contexto, alimentación, etc. “Si bien perdemos cada día miles de millones de células, muchas de ellas se renuevan fácilmente” (Vincent Thomas, 1991, pág. 26), sobre todo en el recién nacido, durante sus primeros años de vida en los que su crecimiento se desarrolla de forma rápida y continua. Sin embargo, entre los sesenta y sesenta y cinco años de edad:

“Las secuelas degenerativas y disfuncionales (del cuerpo) se multiplican, a menudo, sin que nos demos cuenta [...] la disminución de la masa magra (músculos), de 59 kilogramos en promedio a los 25 años decrece a 48 kilogramos entre los 55 y 70 años[...] la disminución del caudal circulatorio, es decir, del volumen de la sangre que circula en todos nuestros órganos disminuye un 40 por ciento entre los 30 y 80 años”. (Vincent Thomas, 1991, págs. 26-27)⁴⁸

Entonces el envejecer implicaría que los organismos entran en una decadencia que Edgar Morín denominará como *desprogramación programada* (Morin , 2003), en donde: “el

⁴⁷ Primeros seres vivos que aparecieron en la tierra hace 4200 años que se encontraban en los mares primitivos llamados “caldo primordial”, los cuales, al reducir su temperatura, permitieron el desarrollo de estas bacterias (Gomez-Espinosa, Colin Garcia, & Negron Mendoza , 2015).

⁴⁸ Es importante considerar que los factores, edades y circunstancias en las que una población muere (sin considerar las muertes repentinas causadas por un accidente), varían en cada contexto y época histórica que se analice. Por lo tanto, mientras que en la antigua Roma se llegaba máximo los 23 años, al comienzo del siglo XX se alcanzaban los 50 años, llegando actualmente a los 90 años. (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, pág. 84).

programador genético sería entonces el responsable de la entrada progresiva en la senescencia, por lo tanto la vejez a la vez por desgaste y mal funcionamiento de los órganos principales, pero también por un incremento de la fragilidad” (Vincent Thomas, 1991, pág. 29).

Al igual que Cerejido, y Morín, Vincent Thomas se encuentra de acuerdo con la noción biomédica en la que el cuerpo está programado para dejar de auto repararse y perecer siendo el mecanismo que daría paso a las futuras generaciones. Posturas que son sostenidas por las argumentaciones evolucionistas del *darwinismo ortodoxo clásico* que imperó hasta la segunda mitad del siglo XX. De esta manera se consideraría que la naturaleza otorga un *por qué* y un *para que*, a la muerte, dándole un propósito y un sentido práctico⁴⁹. Morimos porque es necesario hacerlo, según el plan dictado por la naturaleza.

“Las interpretaciones evolucionistas se centraron inicialmente en las ventajas selectivas que se derivarían de la existencia del envejecimiento y la muerte. Éstos serían bien procesos que impedirían que la evolución se parara en seco (teoría del bien de la especie), o bien mecanismos de control demográfico que permitieran evitar la superpoblación y la destrucción del medio ambiente”. (Jimenez Aboitis, pág. 55)

La muerte establecería un equilibrio en el mundo evitando su colapso al no permitir una sobrepoblación que podría derivarse del que los organismos tuvieran una vida inacabable. Así, se llegaría a la conclusión de que los individuos u organismos llegan a ser

⁴⁹ André Klarsfeld y Frédéric Revah dirán que tales consideraciones funcionarían como una clase de placebo que daría consuelo permitiendo soportar una situación en la que se es impotente para satisfacer la necesidad de buscar una razón en la propia existencia (Klarsfeld & Revah, 2002).

mortales, mientras que las poblaciones de especies son *inmortales*⁵⁰. Entonces se establece que la muerte es necesariamente natural.

Sin embargo, existen otros enfoques que consideran a la muerte no como algo natural, sino como *la última enfermedad a vencer*, no aceptándola como una fatalidad impuesta, involuntaria, arbitraria e inevitable, es decir, la muerte *puede dejar de ser condicionante de los seres vivos*. Los avances tecnológicos en la biomédica, promovidos por las sociedades desarrolladas, generarían la esperanza de que en algún momento se logrará controlarla y erradicarla⁵¹. Tales ambiciones se sostienen por los avances que se han logrado hasta el momento en la materia: prolongación de la vida de forma considerable⁵²; el aumento del control de enfermedades infecciosas (que en otros tiempos diezaban grandes cantidades de poblaciones); además de los ya mencionados trasplantes de órganos. Como resultado, la población vive más y con mayor calidad, alcances que establecen las bases que determinarán la forma en que las sociedades de la segunda mitad del siglo XX asumirán a la muerte: como un acontecimiento incomodo que tarde o temprano será erradicado por los avances médicos y tecnológicos.

⁵⁰ Bajo este panorama, un león es un ser mortal, mientras que la especie a la que pertenece, *felidae*, llega a ser inmortal por la constante evolución en la que se encuentra inmersa.

⁵¹ La noción del *gen suicida* (Cerejido) o también de la *desprogramación programada* (Morín) mantiene a los investigadores en la tarea de buscar como anticipar su activación y revertir el momento del fallecimiento.

⁵² Antes del siglo XX las personas de 60 años ya eran senectas, mientras que hoy día lo llegan a ser hasta los 90 años.

LA ASUNCION DE LA MUERTE HOY: MUERTE HOSPITALARIA, NEO-MUERTE, MUERTE NEGADA O ROBADA

Como ya se mencionó, los descubrimientos derivados de las investigaciones de la biología y la medicina sobre los fenómenos físicos, químicos y celulares involucrados en la muerte, permitieron que se la conceptualizara de una forma distinta en comparación a tiempos anteriores (tiempos en que se asumía que el morir era generado por agentes externos (dios, seres sobrenaturales, el destino) al ser humano, y no que la muerte fuera algo constituyente de éste).

Fuera del halo sobrenatural que la envolvía, la muerte comenzó a considerarse un fenómeno natural que, logrando desentrañar todo sus componentes y causas, se podría anticipar y hasta erradicar. De forma paralela, los acontecimientos posteriores a la segunda guerra mundial marcaron una clara línea de investigación sobre los temas relacionados con el morir, la calidad de vida y todos los elementos derivados de esto. A partir de la revisión de las causas y características que regularmente la propician, por medio de una visión estadística⁵³, se comienza un análisis sistemático de por qué la gente muere, cuáles son las causas directas e indirectas que la provocan, las edades máximas a las que en promedio llega una población, etc. Haciéndolo su encomienda principal, la Organización Mundial de la Salud⁵⁴ comienza una serie de estudios que buscan generar un panorama global de la salud y

⁵³ Acontecimiento histórico que dio pauta al establecimiento de los derechos humanos que enfatizaban a la vida como pauta fundamental de todos los gobiernos. De ahí que se enfocaran principalmente en medir y analizar las causas de mortalidad que presentan las poblaciones.

⁵⁴ Organización, nacida el 7 de abril de 1948 en Ginebra Suiza, especializada en gestionar políticas de prevención, promoción, e intervención en la salud a nivel mundial. (Organizacion Mundial de la Salud, 2018)

así, como lo mencionan en su portal virtual, *mejorar la salud en el mundo*, estableciéndose como uno de los principales objetivos a concretar en la segunda mitad del siglo XX.

A su vez, en la década de los sesentas, comienza el abordaje del concepto de *muerte digna*, el cual busca que los médicos establezcan un trato más *humano* con los pacientes considerando los aspectos emocionales y no solo los elementos físicos, como hasta el momento se había realizado (Jimenez Aboitis, pág. 6). De ahí que los hospitales comenzaran a desarrollarse de forma creciente, estableciéndose como instituciones enfocadas en *el bienestar integral de los pacientes*, brindando servicios que abarcaran tanto las áreas médicas, psiquiátricas, nutricionales, entre otras. Objetivos que serán parámetros definitorios en las prácticas realizadas dentro de los hospitales privilegiando a la vida como valor fundamental.

Independientemente de las intenciones establecidas por las organizaciones hospitalarias, en humanizar y dignificar el trato dado a los pacientes, destacaría la aversión presente ante el tema de la muerte. Entre más se establece a la salud como una de las prioridades de las sociedades más se asumirá a la muerte como un enemigo a vencer. Como consecuencia las sociedades modernas han producido una incapacidad de aceptar a la muerte y al sufrimiento, que suele derivarse de ella, como aspectos significativos de la vida. El sociólogo Jean Ziegler dirá que la forma de relacionarnos con la muerte hoy día representa un *corte epistemológico* respecto a la edad media:

“Hasta ese entonces la muerte era un fin de la vida terrestre, pero sobre todo el inicio de la aventura del destino final. Pero el discurso de la modernidad, con su exaltación optimista del hombre, y la fe en el binomio razón-progreso, dice lo contrario. El hombre mientras lo vive lo puede todo, muerto ya no es nada. Por eso el discurso se

va a reducir a hablar del hombre prometeico, y va a guardar silencio sobre el hombre que muere” (Ziegler, 1976, pág. 153).

El muerto no transforma su entorno, no dispone de él, no lo transforma no presenta movimiento, cambio o *mejora*, condiciones elementales del proyecto moderno que englobarán toda la visión que se tendrá ante la realidad. La muerte representaría ese acontecimiento que, por medio de los avances científicos, tarde o temprano llegara a superarse. Mientras eso sucede, ésta se vuelve un acontecimiento oculto socialmente, porque, como señala Ziegler: *no sabemos qué hacer con nuestros muertos*, que nos causa vergüenza (Ziegler, 1976).

La noción de *muerte moderna*⁵⁵, que aun llega a prevalecer en la actualidad, se ejemplifica en un texto que muestra claramente el hastío, incomodidad y vergüenza que ésta genera con la dinámica cotidiana: *La muerte de Ivan Ilich*, de León Tolstói. En ella se narran los sucesos que envolvieron el fallecimiento de Ivan Ilich, un burócrata que, desde pequeño, fue criado con la aspiración de alcanzar puestos en las altas esferas del gobierno ruso teniendo una vida de opulencia y lujos. Uno de sus pasajes más esquemáticos es el que se da al inicio del texto, en donde se narran los sucesos que envuelven su funeral. Destaca el rechazo e incomodidad que genera la muerte; la intolerancia, de los asistentes, ante la ruptura de la cotidianidad provocada por el deceso; la frivolidad circundante que se centra en todo, menos en él fallecido. La incomodidad de que algo este fuera del control humano es lo que se esquematiza en el texto (Tolstoi, págs. 7-18). Para el escritor ruso la muerte nos confronta con la relación directa entre yo y los otros, el que muere es siempre el otro:

⁵⁵ Modelo, acuñado por Tony Walter, conformado por los avances tecno-científicos y su aplicación medico sanitaria (Jimenez Aboitis, pág. 198). Dicho modelo estará basado en que el previamente había realizado Philippe Arié en su obra *El hombre ante la muerte*, en la que realiza una distinción de la muerte domada (tradicional) y la muerte negada (actual).

“Así pues, al recibir la noticia de la muerte de Ivan Ilich lo primero en que pensaron los señores reunidos en el despacho (compañeros de trabajo) fue en lo que esa muerte podría acarrear en cuanto a cambios o asensos entre ellos o sus conocidos [...] A parte de las conjeturas sobre los posibles traslados y asensos⁵⁶ que podrían resultar del fallecimiento de Ivan Ilich, el sencillo hecho de enterarse de la muerte de un allegado suscitaba en los presentes (en el velorio), como siempre ocurre, una sensación de complacencia, a saber: el muerto es él; no yo”. (Tolstoi, págs. 8-9)

De esta manera, la *muerte moderna* se sostiene de los avances tecno-científicos que se han logrado establecer ante la naturaleza mostrando un *control* que se contrapone al *fatalismo* en que se la asumía anteriormente. La medicina llega a representar la mayor esperanza de victoria frente a la enfermedad, la decadencia corporal y el desplazamiento de la muerte. Se comienza a establecer la promesa de una *sobrevida*, una que no estaría relacionada con la migración de alma a un plano metafísico, sino a una terrenal y objetiva: “la aplicación masiva de la tecnología médica en los procesos de enfermar y de morir hace que se llegue a la muerte de forma lenta, indolora e inconsciente” (Jimenez Aboitis, pág. 199).

Bajo esta coyuntura la muerte empieza a percibirse *controlada*, siendo vencida con las nuevas herramientas y formas proporcionadas por los avances médicos. Afirmación que se sustentará por el aumento del espectro de vida desplazando la muerte hasta la vejez. “La posibilidad de vivir una vida biológicamente completa⁵⁷ permite a la mayoría de la población rechazar la proximidad de la muerte” (Jimenez Aboitis, pág. 199). Para que la civilización

⁵⁶ Haciendo referencia al escalar puestos en las altas esferas burocráticas.

⁵⁷ Refiriéndose al paso del nacimiento a la vejez, sin la irrupción de algún accidente o enfermedad que la merme.

llegara a este nivel de confianza ante la medicina, además de lo ya mencionado, se observa que ésta ha tenido la capacidad de: prevenir y controlar muertes prematuras; calcular el tiempo aproximado de vida restante (de una persona) en un padecimiento crónico; aliviar y atemperar el dolor físico del morir⁵⁸; reducción de incertidumbre ante lo que sucede con nosotros durante el proceso físico del morir. En las sociedades desarrolladas “la vida se hace más larga, la muerte se aplaza más” (Elias, 1989, pág. 16). Se la piensa contenida, alejada de la cotidianidad, tanto que la perdemos de nuestra vista, llegando a dejar de ser un aspecto que habría que tomar en cuenta constantemente. Sin embargo, la idea de *dominio sobre la muerte* tendrá una serie de consecuencias que generarán el aumento del miedo a la muerte, haciéndolo insoportable para el hombre moderno.

EL MORIBUNDO.

La muerte, aun siendo inevitable, ya no parece pegada a la vida, dejando de ser el complemento simultáneo y arbitrario que era en tiempos anteriores. Es por eso que cuando llega *antes de tiempo* llega a escandalizar⁵⁹, pero si llega *cuando debe de ser*, en la vejez, se la considera natural. Por tal razón el viejo se vuelve el *portador de la muerte*, él que la anuncia con sus padecimientos siendo incómodo para la sociedad. “El quebrantamiento de la salud suele separar ya a los que envejecen del resto de los mortales. Su decadencia los aísla. Eso

⁵⁸ El alivio del dolor se vuelve una línea importante de la medicina que se denomina *cuidados paliativos*. Esta busca mitigar el dolor (físico y emocional) de un paciente terminal en cada una de las etapas de su enfermedad (Medline Plus, 2018)

⁵⁹ En ese sentido, organizaciones como la OMS buscarán anticiparse y actuar sobre los elementos que puedan poner en riesgo la salud mediante estudios epidemiológicos, campañas de prevención (una de ellas referente a las vacunas) entre otras acciones. (Organización Mundial de la Salud, 2018)

es lo más duro: el tácito aislamiento de los seniles y moribundos de la comunidad de los vivos” (Elias, 1989, pág. 8).

En las sociedades desarrolladas, donde la producción, la acción, se vuelve el fundamento de todo, se da un aislamiento precoz de los moribundos, mostrando dificultad para identificarse con ellos por su incapacidad vital de producir, de actuar y hasta de consumir. Es por eso que se les relega de lo social: “ya no es cotidiana la contemplación de moribundos (viejos) y muertos [...] resulta más fácil olvidarse de la muerte en el normal vivir cotidiano” (Elias, 1989, pág. 17), en las actividades que nos centran en el presente dese un aspecto hedonista que privilegia el placer, la juventud y la acción, antes que el sacrificio, lo vetusto y la inactividad.

Fuera de ser consciente de la muerte y la finitud (como las providencias que los moribundos tomaban antes de su muerte), el hombre actual es ajeno a ella. De forma consciente, y hasta inconsciente, se establece una *represión de la muerte* tanto en el plano individual como social. En el primer plano se da una *negación*⁶⁰; en el segundo plano la muerte va siendo ocultada de lo cotidiano con el *empuje civilizador*, detrás de las bambalinas de la vida social. Entonces la negación de que el hombre es finito, ocultándolo de la conciencia, es lo que irá construyendo la *fantasía de inmortalidad*, o al menos de la no-muerte: “la visión de un moribundo (por parte de quien no lo es) provoca sacudidas en las defensas de las fantasías (negación) que los hombres tienden a levantar como un muro protector contra la idea de la propia muerte” (Elias, 1989, pág. 17). Se pretende sortear la conciencia de la muerte evitando ver y aceptar todo lo que perece. El hombre actual se vuelve

⁶⁰ Refiriéndose al mecanismo de defensa psíquico que Sigmund Freud describió. Consiste en enfrentarse a los conflictos de la realidad negando su existencia o su relación o relevancia con el sujeto.

completamente intolerante a todo lo relacionado con la finitud: la decadencia de los cuerpos, el paso del tiempo, el dolor, las enfermedades, la vejez, etc.

La muerte, como un acontecimiento que aparentemente se va alejando de la cotidianidad es trasladando de la esfera pública y colectiva a la privada⁶¹. Como resultado solo los allegados se relacionan con los efectos derivados de ella. Es una pérdida para sí mismo (el moribundo), pero, sobre todo para los familiares y amigos, no más para la sociedad (Jimenez Aboitis, págs. 198-200).

“Hoy sabemos cómo aliviar, en algunos casos, las penalidades de la muerte, y las angustias de la culpa se reprimen (negación) de una manera completa⁶². Pero ha disminuido el grado en que otros viven la muerte de un individuo y se sienten afectados por ella”. (Elias, 1989, pág. 25)

De esta manera, el proceso de individuación de las sociedades genera, de forma indirecta pero marcada, un abandono al moribundo y los familiares que le acompañan. Un ejemplo que Elias señala es el ocultamiento a los jóvenes sobre temas relacionados con la muerte evitando hablar claramente con ellos sobre el tema, desligándolos de la relación directa con el moribundo o evitando interactúen en los rituales postmortem realizados en funerales o entierros. Se observará una angustia sobre cómo comunicárselos, temiendo dañarlos: “sin duda, el pudor que muestran los adultos en nuestros días de enseñar los niños los hechos biológicos de a muerte es una característica específica del esquema de civilización dominante en la época actual” (Elias, 1989, pág. 28). Así se tiene la idea de que hablar con

⁶¹ Ámbito en donde se desarrollan las relaciones afectivas que se encuentran atravesadas por los sentimientos, emociones, la moralidad y la subjetividad. En el caso de la muerte vivida actualmente, los espacios públicos se vuelven difíciles para expresar el duelo públicamente, reduciendo su manifestación a las esferas de lo privado.

⁶² En tal caso Norbert Elias hará referencia al uso de fármacos que puedan mitigar el dolor, o “acelerar” el proceso de recuperación de una pérdida mediante el uso de antidepresivos o calmantes.

ellos sobre la muerte puede resultar en un trauma psíquico, aspecto que claramente no se encontraba en la antigüedad.

“El empuje civilizatorio que se iniciara en las sociedades europeas hace 400 años cambiaron la actitud del hombre hacia la muerte y el modo de morir” (Elias, 1989, pág. 26). Gran parte de éste cambio se debió al paso del teocentrismo, predominante en él medievo, al antropocentrismo, iniciando la modernidad⁶³. El resultado fue que se empezó a desarrollar la idea de dominación de la naturaleza a través de la razón y la ciencia y, por ende, la búsqueda del dominio de la muerte. Esto provocó que se comenzara a dar un distanciamiento de ella, viéndola como a una enemiga a vencer, con la firme convicción de que tarde o temprano se lograría erradicar como esa condición determinante y dejando de tolerar su presencia.

El paso del ritual pre y post mortem de la *muerte domada* a la técnica pulcra y metódica de la *muerte moderna* es un claro ejemplo de su relegación de los ámbitos sociales y comunes.

“Nunca anteriormente en toda la historia de la humanidad se hizo desaparecer a los moribundos de modo tan higiénico de la vista de los vivientes para esconderlos tras bambalinas de la vida social; jamás anteriormente se transportaron los cadáveres humanos, sin olores y con tal perfección técnica desde la habitación mortuoria hasta la tumba”. (Elias, 1989, pág. 33)

Ante tales formas de conducirse es que es posible observar la visión *estética y pulcra* que se busca hacer sobre la muerte con la intención de ocultar, de los sentidos, su presencia. Deja de ser tarea de los familiares el cuidado del moribundo y el manejo del cadáver en su

⁶³ Desde la filosofía establece que el paso del medievo a la modernidad se da a partir de las meditaciones realizadas por Rene Descartes con su *cogito ergo sum*: pienso, por lo tanto, existo. Desde lo político y social se habla que la revolución francesa fue el parteaguas fue lo que instauró el paso a la modernidad.

fallecimiento para pasar a manos de los *especialistas*: médicos y directores funerarios que tienen la misión de ocultar higiénicamente todo indicio que evidencie la descomposición y putrefacción.

La mayor relegación del morir va alejando al moribundo de sus allegados no sabiendo estos últimos como dirigirse ante él, que palabras o formas implementar para relacionarse entre sí. El vocabulario de vuelve relativamente pobre al relacionarse con el moribundo, presentándose un laconismo⁶⁴, por lo que actualmente: “los recursos retóricos rituales de viejas sociedades que facilitaban el dominio de situaciones críticas de la vida suenan a rancio y falso” (Elias, 1989, pág. 34). Es entonces que hoy en día, “las personas allegadas o vinculadas con los moribundos se ven muchas veces imposibilitadas de ofrecerles apoyo y consuelo mostrándoles su ternura y su afecto” (Elias, 1989, pág. 39). En tiempo en que el miedo a la muerte se vuelve insoportable, acompañado de un excesivo tabú al momento de expresar sentimientos espontáneos en acontecimientos límite, se tiene como resultado la incapacidad de simbolizarla de forma alguna.

Cada vez se va pasando de la solemnidad, propia de las antiguas prácticas y rituales fúnebres, a la informalidad, el desinterés y el desapego de estos⁶⁵, generando una incapacidad de expresar las ideas, pensamientos, emociones y temores derivados de estar próximos al fallecimiento. “Se pierde muchas veces, con esta *nueva organización* las posibilidades del profundo encuentro personal que puede conllevar convivir una experiencia límite como puede ser la muerte de un ser querido” (Fernandes del Riesgo, pág. 200).

Tal exclusión y desapego con el moribundo, dejando: “tan solo las rutinas hospitalarias como la única configuración de las situaciones de final de vida [...] crean unas

⁶⁴ Falta de espontaneidad en la expresión de compasión en situaciones críticas de otros.

⁶⁵ Las rutinas tradicionales se observan con sospecha y embarazosa. Por ende, los individuos las dejan de lado

formas de gran pobreza emotiva y contribuyen mucho al relegamiento a la soledad de los moribundo” (Elias, 1989, págs. 38-39), abandonándolos al ámbito hospitalario, relacionándose mayormente con el personal médico y de enfermería. El primero se vuelve la autoridad máxima para lidiar con la muerte, *luchar* contra ella; el segundo se convierte en el único capacitado para “disfrazar y estatizar” al cadáver. Es entonces que pasamos de esa *muerte domada* temida, pero hermanada, a una muerte pulcra, negada, estatizada y *hospitalizada*, extraída de lo social para ubicarla fuera de lo cotidiano, encerrándola exclusivamente en los hospitales, las instituciones funerarias y, por último, en los cementerios.

MUERTE HOSPITALIZADA

También denominada *muerte robada, medicalizada y aseptizada* (Fernandes del Riesgo, pág. 195), se refiere al ocultamiento de los moribundos y sus familiares o allegados en las instituciones hospitalarias⁶⁶. Explicándolo de forma detallada, el pensador austriaco Iván Illich en su texto, *Némesis médica. La expropiación de la salud*, describe como los avances de las ciencias, en términos generales, han establecido la medicalización de la muerte (Jimenez Aboitis). Su principal objetivo será alejar de la vista de la cotidianidad todo rastro de decadencia corporal a través de ceñirla aun espacio privado, alejado de la cotidianidad que pueda atestiguar la enfermedad y la muerte, con las que se establece una contienda declarada. La meta: erradicar a la muerte.

⁶⁶ “Hoy en día, cuando casi el 85% de las personas mueren en instituciones sanitarias, morir en el hospital ha entrado a formar parte de las costumbres sociales” (Fernandes del Riesgo, pág. 195)

El hombre moderno *siempre muere a causa de algo*⁶⁷, es decir, la ciencia médica constantemente investiga y busca los motivos que propician el fallecimiento de los individuos. Esto se realiza con el fin de establecer cuáles son los factores que propician la muerte y de esta manera evitar, o retrasar, su llegada. Sin embargo, al enfocarse únicamente en las causas, se deja de lado ese sentido particular que cada individuo le da a su propia defunción o a la de un allegado: el *para qué muero*. La muerte del hombre de antaño, a partir de sus sistemas de creencias y de la vida en comunidad en la que se encontraba, poseía un valor que le permitía forjar un propósito para su existencia, mientras que el hombre de hoy la ha despojado de todo significado último, evitando aceptarla como algo inevitable e inherente a su vida.

Como llega a decir Jean Ziegler: la muerte es el estado de no-producción y de no consumo. El difunto es simplemente lo desaparecido” (Fernandes del Riesgo, pág. 201). Como resultado se observa un empobrecimiento simbólico para actualmente referirnos a la muerte en lo social, a comparación de tiempos anteriores. La forma mediante la que se refiere a ella es tomada del medio médico, implementando terminología descriptiva y que no logra generar un entendimiento que vaya más allá de las funciones o disfunciones orgánicas. Se vuelve una actividad meramente pormenorizada de la causalidad corporal no logrando brindar un soporte o acompañamiento que permita generar un soporte para sobrellevar el estar atravesando por un proceso que implica el final de ese trayecto llamado vida. El resultado es una deshumanización del proceso que se vivencia al acercarse a la muerte.

En virtud de lo anterior se podría considera *que la muerte sobreviene al enfermo terminal en tanto fracaso técnico a superar:*

⁶⁷Aspecto que ya se revisó en el apartado de *la muerte biológica*.

“La prolongación mecánica de la vida (enfocada exclusivamente en las funciones orgánicas) implica, muchas veces, desentenderse de otros aspectos del problema (refiriéndose a la muerte como un fenómeno multifactorial): la realidad de los últimos días del enfermo, sus necesidades morales y espirituales”. (Fernandes del Riesgo, pág. 199)

De esta forma se busca evitar analizar y pensar en los aspectos anteriores, enfocándose solo en los signos vitales, que resulta lo medibles y cuantificable de la muerte. Se busca que los médicos tengan una lucha frontal contra la llegada de los signos de muerte, solicitándole la ataque, la contenga y la erradique. En caso de que no logre realizar tales encomiendas, que suele ser la mayoría de las veces, indirectamente le pedimos sea testigo de nuestra partida.

“El medico es familiar de la muerte. Cuando llamamos a un médico le pedimos nos cure y que alivie nuestro sufrimiento, pero si no puede curarnos también le pedimos que sea testigo de nuestra muerte[...]Es el intermediario viviente entre nosotros y los innumerables muertos”. (Heath, 2008, pág. 21)

No obstante, los médicos no aceptan solo ser testigos del fallecimiento de alguno de sus pacientes, por lo que la postura de lucha se vuelve más marcada, potenciada por las promesas de avances médicos que logren brindarle mayores herramientas que permitan, en cierto momento, ser los vencedores. El medico llega a sentirse responsable de toda muerte que ocurre en su entorno, por lo que adopta una lucha declarada para prolongar la vida. Así, mantener los signos vitales se vuelve el objetivo a alcanzar. “La muerte hospitalizada significa su objetivación generando la percepción de que se puede vivir distanciado de ella” (Jimenez Aboitis, pág. 203).

Pasa a ser un suceso biotecnológico⁶⁸ más que una experiencia existencial esencial que se circunscribe solo a las esferas privadas fuera de toda manifestación abierta de dolor, sufrimiento e incertidumbre derivado de una enfermedad o accidente que merme la actividad física, específicamente. En el caso de la *muerte natural*, como dirá Baudrillard, se la considera como un acontecimiento que cuestiona el modelo progresista de la racionalidad burguesa⁶⁹, estableciendo el límite en el *progreso ilimitado de la ciencia*.

“Así, comienza un enfrentamiento más activo de los cuidados a moribundos sustituyendo la resignación fatalista (no hay más que podamos hacer) por una actitud dirigida a la búsqueda de caminos alternativos e imaginativos que permitieran desarrollar nuevos cuidados aplicables hasta el final de la vida”. (Jimenez Aboitis, pág. 6)

De esta manera se establece una postura de enfrentamiento con el morir, acontecimiento natural elusivo a la tendencia científico-racional. Por lo tanto, no habría un *dominio completo de la naturaleza*. En este sentido, el medio médico establecerá la búsqueda del como vencer a la muerte, retrasando su llegada, lo cual se vuelve su principal objetivo. Desde Zygmund Bauman, esta *medicalización de la muerte*, que refiere automáticamente al ámbito hospitalario, se enfocará en enfrentar la muerte a través de ocuparse de la seguridad y la enfermedad, en una forma de percibirla como extraña y ya no inherente a la naturaleza humana (Jimenez Aboitis, pág. 247).

En ella se busca ocultar el deterioro corporal-anímico de los pacientes próximos a morir, así como la expresión del sufrimiento físico y emocional que los aqueja. De igual

⁶⁸ Se da énfasis a los signos vitales, al

⁶⁹ En el caso de la “muerte accidental” se considerará que los avances tecno médicos, mencionados en el apartado de la muerte biológica, han logrado contenerla de manera satisfactoria a partir de la donación de órganos, el sustento artificial de la vida, las campañas de vacunación, etc.

forma, los allegados se ven limitados en el acompañamiento que pudieran brindar al moribundo, así como en la expresión de su propio dolor. De esta manera, la muerte *hospitalizada y aseptizada* conlleva la deshumanización, el aislamiento y la soledad de los que la viven.

“El enfermo se puede sentir abandonado, en medio de los complicados artefactos de los cuidados intensivos, atendido por profesionales con muy buenas intenciones, pero, a la postre, personas desconocidas. Para los profesionales de la medicina, muchas veces, el paciente es, antes que nada, un sujeto clínico a observar y estudiar; más una enfermedad a combatir que un individuo. Se pierde así, de alguna manera, el control de la situación, que, en último término, debe corresponder al enfermo y a sus familiares o representantes”. (Fernandes del Riesgo, pág. 199)

El *ensañamiento terapéutico*, que buscará la prolongación de las funciones vitales del paciente, pierde la perspectiva de que tarde o temprano éste fallecerá, privándole de una muerte digna y tranquila. El desafío de prolongar la vida por medios técnicos genera una desatención con los moribundos: “la soberbia de la medicina científica alimenta cada vez más expectativas de salud perfecta y de longevidad” (Heath, 2008, pág. 22). El objetivo primordial se vuelve en la prolongación de la vida llegando a hablar de *muertes evitables*, considerando que, en vez de posponerse, pueden prevenirse.

En dicha búsqueda del control de la muerte, los pacientes o moribundos se convierten en una unidad estandarizada de enfermedad, a los que se busca atender por medio de una *intervención empírica estandarizada*, que permita alcanzar la mayor eficacia posible. Tal visión, como consecuencia, va generando que paulatinamente la persona, vaya quedando de lado, solo prestando atención a que sus signos vitales funcionen de manera adecuada. Todo lo anterior se ve impulsado a creer por la promesa medica de que, en algún momento podemos

logra una *salud perfecta*, carente de dolor y deterioro corporal. “Queremos crees que si nos comportamos bien, si comemos los alimentos adecuados y con moderación, si hacemos ejercicio de manera habitual, etc., se nos recompensará con una vida larga y saludable” (Heath, 2008, pág. 24).

Otro aspecto que es propio de la *muerte hospitalizada* se refiere a la desigualdad de oportunidades que existe entre unas sociedades y otras para obtener los. “Cada vez son más los recursos para prolongar la vida, pero no todos tienen las mismas oportunidades para acceder a ellos” (Fernandes del Riesgo, pág. 200), siendo las personas con una alta posición económica las que tienen acceso. Los cuidados paliativos, las intervenciones delicadas, es decir, la prolongación de la vida resulta una cuestión monetaria, social o geográfica. *La sutil estratificación de la inmortalidad de los difuntos* es aparentemente negada por las distintas instituciones hospitalarias, sin embargo, los elevados costos que se presentan a los posibles usuarios genera tal división. Contrastan los países denominados *de primer mundo*, respecto a los *países del tercer mundo* que presentan una evidente carencia de tecnologías y medios médicos para la asistencia oportuna de salud. Por lo tanto, es posible decir que la vida se ha prolongado, pero solo para quienes pueden costearlo.

LA MUERTE DESDE LA PSICOLOGIA

Un abordaje de reciente interés, es el que se encuentra presentado por la psicología y sus diferentes ramas⁷⁰, sobre cómo, desde el ámbito intra-psíquico, se constituyen las personas,

⁷⁰ El nacimiento formal de la psicología como ciencia del estudio de la mente, separada como una rama de la filosofía en la que había permanecido indiferenciada, se ubica con la apertura del primer laboratorio de psicología experimental en 1879 ubicado en Leipzig, Alemania, por el psicólogo, fisiólogo y filósofo Wilhelm Wundt. (Triglia, 2018)

interpretan y asumen la diversidad de acontecimientos en los que se ve sumergidos en el transcurso de su vida, incluyendo a la muerte. La relevancia que los estudios de la mente comienzan a presentarse a mediados del siglo XIX, se van introduciendo en los distintos campos de la época considerando que la *vida intrapsíquica* es a clave para entender al ser humano desde una postura que busca estar entre lo objetivo y subjetivo. El cómo se encuentra constituida dicha subjetividad, vida mental o procesos intra-psíquico, será un punto clave a ser abordados en la búsqueda de entender qué es lo que nos conforma, nos determina y nos permite conducirnos.

En el caso del estudio de los componentes más profundos y esenciales de la mente humana, el psicoanálisis se coloca como una de las primeras líneas teóricas⁷¹ enfocadas en la explicación del funcionamiento correspondiente al *aparato intrapsíquico*. Lo destacable de dicho abordaje, al menos para nuestro estudio, se refiere a la integración que su creador, Sigmund Freud⁷², realiza sobre los elementos *instintivos* y *racionales* que dan forma a la vida intrapsíquica de los seres humanos. El complejo entramado de interacciones que se realiza entre ambos elementos es lo que generará las diferentes manifestaciones comportamentales, así como las visiones e idiosincrasias que se presentarán ante el mundo.

Para Freud, los instintos representarán uno de los principales componentes de la estructura psíquica de los humanos, dando causa a sus estructuras de personalidad, dirigiendo su forma de conducirse y de representarse al mundo derivados de la potencia que presentan. La finalidad última de tales instintos, además de buscar su constante descarga, será la de

⁷¹ Por el orden de aparición que presenta, en términos históricos el psicoanálisis, se la llama *Psicología de la Primera Fuerza*.

⁷² Considerado el padre del Psicoanálisis, que es un método que tiene como punto central el abordaje de las enfermedades mentales o psicopatologías mediante el análisis e interpretación de los instintos que constituyen al ser humano. (García-Allen, 2018)

permitir la auto conservación de la especie a través de la búsqueda de solventar el placer y huir del dolor. En este sentido, y de forma muy esquemática, es que se empieza a describir la composición de cada una de las partes que conforman el aparato psíquico: *consiente*, *preconsciente*, *inconsciente* se vuelven los lugares que el psicoanálisis de Freud indica que ocurren las operaciones intrapsíquicas. Sin embargo, fuera de realizar un estudio minucioso sobre todos y cada uno de los aspectos de la teoría psicoanalítica, nos enfocaremos en lo concerniente a nuestro tema.

En este caso, la muerte desde el psicoanálisis, se asume como un acontecimiento que trastoca todo el aparato intrapsíquico, generando una serie de operaciones que muestran una constante referente a que somos incapaces de aceptar y de simbolizarla. Sin embargo, también el temor que experimentamos, aun no siendo capaces de comprenderla, llega a desplegar una serie de mecanismos y reacciones que permiten el cuidado y desarrollo de la vida en general.

La psicoanalista Fanny Blanck- Cerejido, en el texto donde colabora con Marcelo Cerejido, *Las ventajas de la muerte*, desarrolla una exploración sobre el papel que juega la muerte en la vida intrapsíquica, mismo que resulta determinante en la constitución de los individuos y las sociedades. La angustia ante la certeza de que no se puede escapar de la muerte es alimentada por la incertidumbre de no conocer lo que realmente implica morir (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, pág. 111).

La muerte nos confronta con la angustia que produce dicha certeza y la ansiedad que emana del ignorar qué habrá de suceder después de la muerte, por ello se plantean diversas estrategias en las civilizaciones, religiones, historias, órdenes jurídicos y culturales. Bajo estas observaciones es posible suponer que las diversas expresiones manifestadas ante la muerte, a lo largo de la historia, han funcionado como *mecanismos de defensa* puestos en

marcha para contener, atemperar o disminuir la ansiedad⁷³ y angustia⁷⁴ causada por tal acontecimiento, brindando una serie de explicaciones que permiten a los individuos el ejercicio de tratar de simbolizarla. Ésta dinámicas defensivas han cambiado con el pasar del tiempo en cada civilización poniendo en operación distintos mecanismos ante la angustia y la ansiedad. Lo que permite entrever que existe una *negación al morir*, que se desarrolla en el *inconsciente*:

“Hay quien piensa que nuestro inconsciente no acepta la idea de la propia muerte. Creemos que, sí concebimos nuestro fin, aunque nuestro inconsciente nos declare inmortales. En realidad, en cuanto más débil se siente un sujeto (en cuanto a lo que sostiene la estabilidad de su existencia) más cree en la fantasía de inmortalidad”.
(Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, pág. 112)

Afirmación que se sostiene al observar la tendencia generalizada que ha existido de crear discursos religiosos que dan una explicación y sustento acerca de una *sobrevida o vida autentica* posterior al ciclo vital natural. Acciones que, desde la visión psicoanalítica tendrían la función de un mecanismo de defensa que buscan evitar la presencia de la angustia de fallecer:

“Frene al dolor por la idea de la propia muerte o la del ser amado, el hombre primitivo inventó los espíritus y por su culpabilidad (referente a que éstos tendrían cierta envidia por los vivos y estos sentirían un cierto triunfo que lo llevaría a generar una serie de

⁷³ Experiencia emocional que se relaciona con la *preocupación y desasosiego ante acontecimientos futuros o situaciones de incertidumbre*. También se refiere a la *anticipación temerosa de peligro inminente acompañada de un sentimiento intenso y displacentero o de síntomas físicos ubicados en cualquier región de la geografía corporal* (Reyes-Tica)

⁷⁴ “Estado afectivo que causa malestar, sensación de sofoco, sufrimiento mental e incluso tristeza. Está relacionada con el temor (miedo irracional), la desesperación y, en muchos casos, con la incertidumbre” (Corbin, Psicología y mente, 2018). Bajo estas consideraciones la angustia y la ansiedad pueden llegar a confundirse con facilidad, sin embargo, la primera se presenta ante estímulos presentes y la segunda responde ante la anticipación de peligros futuros, que no pueden preverse y que no es posible definir con facilidad.

rituales para protegerse) los imaginó peligrosos. Las alteraciones físicas del muerto le sugirieron la división entre el cuerpo y el alma. Se consideró al alma como la más valiosa, ya que era la sobreviviente”. (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, pág. 112)

Un dolor que, desde que se sabe que el ser humano tiene conciencia de sí mismo, ha determinado su forma de conducirse en el mundo. Para lograr asimilar su finitud y paso por el mundo se ha requerido de la construcción de nociones en donde cuerpo y alma son elementos separados. El segundo representaría la parte esencial de lo humano, mencionado en el apartado de la muerte domada. Sin embargo, desde la psicología, la *mente* pasaría a sustituir al *alma*, no como aquello que sobrevive a la muerte, sino como el elemento que nos permitiría entender la forma en que nos relacionamos y actuamos ante la muerte. En el caso del Psicoanálisis se centraría en la parte *de los instintos*. Estos serán definidos por Fanny Cerejido, explicando que:

“Cuando un animal tiene una motivación seguida de una conducta muy fundamental, que no necesariamente haya sido enseñada, sino que, por así decirlo, le brota espontáneamente (se hablara de instinto). Cuando los psicólogos observan que una serie de conductas parecen gobernadas por un principio común, sospechan que está operando algún instinto. Así, al constatar que en todas las circunstancias un perro da prioridad al salvar su pellejo, hablan de un instinto de conservación”. (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, págs. 112-113)

Sin embargo, en el caso de las personas, no es posible referirnos exclusivamente a los instintos como motor de sus conductas. Es así que el psicoanálisis habla de *pulsiones*, por tratarse de conductas que se encuentran atravesadas por *el deseo y las experiencias* de los seres humanos. “El sujeto depende del deseo para su vida mental; este deseo lo hace moverse

para buscar satisfacción, y crear la noción de perspectiva y de futuro” (Cerejido & Blanck-Cerejido, 2011, pág. 114).

El deseo resulta un factor constitutivo dentro de las pulsiones (en general de la vida intrapsíquica), aunque, por los fines del presente estudio solo revisaremos los elementos relacionados con las tendencias conservadoras o destructivas de la vida. Juan Vives Rocabert, psiquiatra y psicoanalista, explicara en su libro, *La muerte y sus pulsiones*, que la energía pulsional tiende a dividirse en dos líneas: la que alude al *instinto de vida* (Eros) y la relacionada con el *instinto de muerte* (Thanatos):

“La afirmación tiene que ver con procesos de vinculación mientras que la negación es tributaria a la desvinculación[...]Quizá aquí pueden verse con claridad los atributos funcionales tanto de los instintos de vida- unión, función de síntesis, proceso del pensamiento- como los de instinto de muerte –desvinculación, desintegración del yo, proceso de des mentalización”. (Vives Rocabert, 2013, pág. 114)

La *pulsión de vida*, por ende, buscará generar vínculos con el mundo, tanto interno como externo, mientras que la *pulsión de muerte* tenderá a la desintegración del sujeto con su mundo mental y exterior.

Para entender más a fondo tales conceptos es necesario revisar sus orígenes, que se encuentran localizados dentro del psicoanálisis, en la obra: *Más allá del principio de placer*. En ella Freud, a través de los postulados que anteriormente había realizado sobre las motivaciones humanas circunscritas exclusivamente por elemento de placer-displacer, llega a la conclusión de que la totalidad de las conductas no pueden estar explicadas solo por factores placenteros y displacenteros:

“En la teoría psicoanalítica suponemos que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio de placer; esto es, creemos que dicho curso

tiene su origen en una tensión displaciente y emprende luego una dirección tal que su último resultado coincide con una minoración de dicha tensión y, por tanto, con un ahorro de displacer o una producción de placer”. (Freud, Mas alla del principio de placer, 1969, pág. 95)

A grandes rasgos, buscamos saciar nuestros deseos mediante la descarga constante de la tensión generada por lo que deseamos evitando, a su vez, los factores que puedan llegar a generar efectos displacenteros,

Considerar que la totalidad de las formas de conducirse de las personas se encontraban atravesadas por el placer-displacer y por el encuentro-evitación permitió, en un primer momento, describir la génesis y desarrollo de las psicopatologías y estructuras de personalidad propuestas por Freud⁷⁵. Sin embargo, el *principio de placer* no lograba explicar ciertos fenómenos que escapaban de la lógica de la descarga libidinal. Tal es el caso de la *compulsión a la repetición*⁷⁶, el *sentimiento inconsciente de culpa*⁷⁷, el *masoquismo*, que resultan fenómenos que, bajo el cambio de perspectiva, solo podían explicarse mediante cierta tendencia autodestructiva. Por lo que llega a la conclusión de que existe una pugna entre dos fuerzas elementales causantes de tales fenómenos. En palabras de Freud: “Hemos llegado a distinguir dos especies de instintos: aquellos que quieren llevar a la vida hacia la muerte, y otros ,los instintos sexuales, que aspiran de continuo a la renovación de la vida y la imponen siempre de nuevo” (Freud, Mas alla del principio de placer, 1969, pág. 140).

⁷⁵ Algunos ejemplos son la Neurosis, la Histeria, las perversiones, etc.

⁷⁶ Se refiere a la repetición de conductas o situaciones dolorosas y displacenteras, en las que el sujeto no se explica el por qué llegan a presentarse de forma reiterada. (Vives Rocabert, 2013, pág. 219)

⁷⁷ La culpa llega a ser estudiada por el psicoanálisis como resultado de la enseñanza moral de una cultura, específicamente se refiere a la moral inculcada por las religiones (específicamente la católica), dando paso a lo que es el *súper yo* como la instancia encargada de administrar la culpa. La exacerbación de la pulsión de muerte dentro del *súper yo*, generaría una constante castración en la mayoría de las acciones de los sujetos.

Apoyándose de las ideas expuestas por Schopenhauer, en sus diferentes obras, refiere que: “la muerte es el *verdadero resultado* y, por tanto, el objeto de la vida y, en cambio, el instinto sexual, la encarnación de la voluntad de vivir” (Freud, Mas alla del principio de placer, 1969, pág. 145).

El enfoque que realiza Freud sobre la muerte es directamente relacionado con la sexualidad, siendo ambos un binomio inseparable:

“El hecho es que el fenómeno biológico de la muerte aparece junto con la reproducción sexuada, y solo a partir de este momento podemos hablar de la muerte de los sistemas progenitores, luego de que se han reproducido para dar paso a la siguiente generación”. (Vives Rocabert, 2013, pág. 102)

Por lo tanto, la muerte aparece como una condición necesaria para el paso de una generación a otra, mostrando una clara influencia de la evolución de las especies. Y es desde este punto que Freud empezará a describir a la pulsión de muerte, como aquello que nos empuja a nuestra anulación. Por lo que todo acto que lleguemos a realizar, directa o indirectamente, nos acercará a nuestra muerte. Aunque ciertas acciones nos aproximarán más a ella, sobre todo las que no se encuentren constituidas por la voluntad de vivir. Beber compulsivamente, manejar a exceso de velocidad, involucrarnos en relaciones interpersonales nocivas, entre otras situaciones, serian ejemplos de la pulsión de muerte en cuanto su acción de desintegración.

“Los sentimientos inconscientes de culpa y la necesidad de castigo, el masoquismo moral, los cuadros melancólicos y el suicidio, la delincuencia motivada por la culpa, el sadismo y los aspectos agresivos y destructivos del hombre en relación con sus semejantes y con el medio que lo rodea” (Vives Rocabert, 2013, págs. 236-237), son conductas y ejemplos claros en que la pulsión de muerte opera para generar una desintegración y un regreso al

sustrato orgánico, antes de la vida. Dependiendo de la estructura de la personalidad, la interacción de nuestras instancias intrapsíquicas (ello, yo, súper yo), además del contexto, es posible observar si se da una inclinación hacia la pulsión de vida o de muerte, mismas que siempre se encontraran en constante tensión. Conservación en pugna con el regreso a un estado previo a la vida.

Es decir, que el cómo una persona vive y se conduce en lo inconsciente opera una lógica temporal distinta a la de la vida en la conciencia, que es la de *causa-efecto* que predomina en la conciencia del mundo externo. Tema que es profundizado por el antropólogo Ernest Becker en su texto, *El eclipse de la muerte*. Como él menciona, “en el fondo nadie cree que morirá [...] La explicación de Freud es que el inconsciente no conoce la muerte ni el tiempo. En su nicho fisicoquímico y orgánico, el hombre se cree inmortal” (Becker, 1977, pág. 20). Argumento que, desde las posturas de Becker y Fanny Cerejido se sustentarían en la constante que presentan las primeras culturas de la humanidad de tener religiones que explicaran y justificaran la existencia de una vida después de la vida. Además, en cuanto al tema del tiempo, Freud explicará que en términos de lo inconsciente se opera una lógica distinta a la que asumimos en el mundo de la conciencia:

“El principio kantiano de que el tiempo y el espacio son dos formas necesarias de nuestro pensamiento, hoy puede ser sometido a discusión como consecuencia de ciertos descubrimientos psicoanalíticos. Hemos visto que los procesos anímicos inconscientes se hallan en sí fuera de tiempo. Esto quiere decir, en primer lugar, que no pueden ser ordenados temporalmente, que el tiempo no cambia nada en ellos, y que no se le puede aplicar la idea de tiempo”. (Freud, Mas allá del principio de placer, 1969, pág. 210)

Freud comienza la introducción del como la conciencia (cc) se estructura a partir de la sucesión de eventos en términos temporales y causales: presente, pasado y futuro, causa-efecto; caso contrario al inconsciente (icc) que estaría estructurado de forma atemporal y en términos simbólicos. De esta manera Becker sustentaría dicha propuesta freudiana de un *inconsciente* que se asume como *inmortal*, derivado de un *Narcisismo* característico de la humanidad, llegándose a considerar como un *animal absorto en sí mismo* (Becker, 1977, pág. 19).

Para explicar mejor tales señalamientos es importante entender que este *Narcisismo*⁷⁸ resulta ser una parte constitutiva de todo ser humano, que se manifiesta en distintos ámbitos, sin embargo, para el caso que nos está ocupando, a partir de él se sostendría lo referente al *cuidado y preservación de nosotros mismos*. Ciertos rasgos del *Narcisismo* promoverían el *principio de auto conservación* necesario para la supervivencia a lo largo de la historia de la humanidad. “A través de innumerables etapas de la evolución, el organismo ha tenido que proteger su propia integridad; tiene su propia identidad fisicoquímica y se ha dedicado a conservarla” (Becker, 1977, pág. 20).

La humanidad, como cada ser del reino animal, desarrollo, a partir de tener una conciencia de su existencia, este *narcisismo como medio de supervivencia*, siendo una herramienta que permitiría cuidarse de los peligros circundantes. No obstante, tal ensimismamiento narcisista genera que, en el fondo *nadie cree que vaya a morir*. Es de esta manera que Becker, haciendo una lectura de la literatura sobre la constitución del

⁷⁸ Ernest Becker señala la relevancia del Narcisismo en el entendimiento de la forma de conducirse de las personas parafraseando al psicoanalista Erich Fromm que hablo de este tema. “*Como Erich Fromm acertadamente nos ha recordado, esta idea (el Narcisismo) es una de las contribuciones más grandes y más perdurables de Freud. Éste último descubrió que cada uno de nosotros [...] nos encontramos absortos en nosotros mismos*” (Becker, 1977, pág. 19)

inconsciente señala “La explicación de Freud es que el inconsciente no conoce la muerte ni el tiempo. En su nicho fisicoquímico y orgánico interno, el hombre se cree inmortal” (Becker, 1977, pág. 20). Esto no implica que se esté dando un autoengaño, sino que las personas no son capaces de evitar su egoísmo narcisista que proviene de su naturaleza de auto conservación.

Por lo que tal creencia de inmortalidad del inconsciente es resultado de que éste, al igual que el narcisismo, se encuentran constituido mediante *símbolos*⁷⁹ que llegan a presentarse como *atemporales e ilimitados*. Así el hombre tiende a visualizarse más allá de sus capacidades mediatas:

“Esto significa que el anhelo natural del hombre de actividad orgánica, del placer de incorporarse y extenderse puede ser alimentado ilimitadamente en el dominio de los símbolos y así llegar a la inmortalidad [...]Este organismo puede extenderse en dimensiones de mundos y tiempos sin mover un solo miembro físico. Puede apoderarse de la eternidad, aunque éste agonice”. (Becker, 1977, pág. 21)

Una persona puede viajar al pasado recordando sus vivencias o también anticipándose a futuros acontecimientos guiado por los símbolos circundantes en su contexto. Una clase de *inmortalidad* que se pretende alcanzar mediante dejar algún vestigio de la existencia que se resume en una memoria, en un recuerdo que otros evoquen de nuestro paso por el mundo. La capacidad del inconsciente de simbolizarse más allá de la finitud, enmarcada por ese *narcisismo natural de auto conservación* es lo que llega a generar angustia, frustración y miedo ante la finitud; sus visiones y deseos llegan a sobrepasar la lógica natural de la muerte, con la que se choca directamente como un freno al *deseo de inmortalidad*: “la esperanza y la

⁷⁹ Los símbolos, bajo estas propuestas, serian *aquellas ideas compuestas de sonidos, palabras e imágenes* (Becker, 1977)

creencia es que las cosas que el hombre crea en la sociedad tienen un valor y un significado perdurables que estas sobrevivirán o eclipsarán la muerte y la decadencia, que el hombre y sus productos son importantes” (Becker, 1977, pág. 24).

Perduramos a través de las culturas, de los símbolos que las constituyen, aunque el inconsciente, resultado de tales operaciones, no logre aceptar su finitud. “De todas las cosas que mueven al hombre, una de las principales es el terror a la muerte” (Becker, 1977, pág. 31). Siendo una afirmación muy importante, el que el temor a la muerte sea una fuente de movilización de lo humano, tenía que encontrarse sostenida no solo por los aspectos de *auto conservación narcisista* en términos intrapsíquicos. Es en este punto que la teoría evolutiva secunda la idea de que *el temor a la muerte* es una fuente movilizadora de la preservación de la especie necesaria para el cuidado de uno. “Después de Darwin, el problema de la muerte, como problema evolutivo, llegó a ser muy importante, y muchos pensadores pronto advirtieron que era uno de los principales problemas psicológicos del hombre⁸⁰” (Becker, 1977, pág. 32). Tan importante que, desde tales perspectivas, este miedo determinará a la condición humana a niveles intrapsíquicos, presentándose en la totalidad de la humanidad, siendo un fundamento esencial que permite el desarrollo los procesos normales para preservar la vida, aunque algunas ocasiones pueden salirse de control provocando lo contrario:

“Detrás del sentimiento de inseguridad ante el peligro, detrás del desaliento y de la depresión, siempre se esconden el fundamental temor a la muerte, temor que se ve sometido a elaboraciones muy complejas y que se manifiesta por diversos medios

⁸⁰ Este extracto anterior es mencionado por Ernest Becker y hace referencia a lo que indico A.L. Cochrane del texto “Eliex Metschnikoff and his theory of an “Instinct de la Mort”, International Journal of Psychoanalysis, 1934.

indirectos [...]nadie se libra del miedo a la muerte[...]La neurosis de angustia, las diversas fobias, y hasta un número considerable de depresiones con tendencias suicidas y muchas esquizofrenias demuestran ampliamente el eterno temor a la muerte, que llega a entrelazarse con los principales conflictos de las condiciones psicopatológicas dadas[...]Podemos estar seguros de que el temor a la muerte se encuentra siempre en el funcionamiento de la mente”. (Becker, 1977, pág. 37)

Analizando los diferentes puntos mencionados en este apartado observamos que existen ciertos elementos que se encuentran en juego, y en ocasiones se contraponen, al momento de hablar de la muerte en términos intrapsíquicos. Por un lado, la *pulsión de muerte* busca llevar a los organismos a un estado previo a la vida, aunque se ve atemperada por la constante fricción que tiene con la *pulsión de vida*. A grandes rasgos, la preponderancia de la *pulsión de muerte* genera la presencia de psicopatologías, ya mencionadas por Becker en la cita anterior.

Por otro lado, el ámbito del *inconsciente*, alimentado por cierto *narcicismo* elemental para la conservación de la vida, no logra asumirse finito, no aceptando del todo que tarde o temprano llegara a desaparecer. De lo anterior es que podemos concluir que el tema de la muerte trastoca, da estructura y sentido a los procesos intrapsíquicos que dan forma a cada ser humano. “El constante gasto de energía psicológica para conservar la vida sería imposible si el temor a la muerte no fuera constante” (Becker, 1977, pág. 39). Como ya se dijo sobre los aspectos biológicos de la muerte, en términos evolutivos, esta se entiende como un mecanismo de adaptación de las especies que permite que cada generación pueda adecuarse a su entorno, además evitando la sobrepoblación. En tal caso, podemos reconocer la finalidad práctica de que los seres vivos perezcan, ¿Por qué nos resulta difícil concebir nuestra finitud?

Es a partir de lo anterior la muerte resulta *uno de los principales problemas del hombre*, ya que nos determina, no somos indiferentes, constituye nuestro motor y a su vez, el causante de angustias, temores y acciones. Es importante no perder de vista la constitución simbólica en la que se sostiene nuestro aparato psíquico, principalmente el inconsciente que estructura nuestra visión del mundo y la forma de conducirnos. Así la muerte se seguirá asumiendo como eso que siempre nos toma por sorpresa y, de lo cual somos incapaces de simbolizar y aceptar, pero que a su vez nos brinda una estructura y sentido.

LA MUERTE COMO PARTE DE LA ESENCIA DE LA HUMANIDAD

La revisión de los diferentes tópicos abordados en el presente capítulo tiene como finalidad demostrar la presencia del miedo a la muerte en los temas que atañen a la humanidad, en diferentes épocas y a partir de diferentes manifestaciones. Constatamos que, desde los primeros escritos del mundo, con la epopeya de Gilgamesh, hasta la actualidad, con los estudios de la medicina y la biología, el tema de la muerte se continúa problematizando y abordando. En el caso de la Edad Media con la muerte domada, señalada por Thomas-Louis y Aries, se la asumía con familiaridad, resignación y, por ende, aceptación. Siendo mediana por los rituales descritos anteriormente, se mantenía una aproximación dentro de la cotidianidad de las sociedades de la época. Por el contrario, en el caso de la muerte negada, robada u hospitalizada, descrita por el mismo Aries y extendida por Fernández del Riesgo y Edgar Morín, se destaca la lejanía, el rechazo y la actitud combativa hacia la muerte. Las áreas médicas, por lo tanto, establecen un enfrentamiento con la enfermedad, el sufrimiento y la muerte a través del *ensañamiento médico*. El resultando se manifiesta en el ocultamiento de cualquier aspecto que esté relacionada con las enfermedades y la decadencia.

Tanto la muerte domada como la muerte robada han resultado formas de conducirnos, ya sea mediante argumentos religiosos, biológicos y hasta psicológicos, con la muerte y el miedo resultante de ella. Si bien, no hemos contemplado, otras formas que han existido para relacionarse con la muerte⁸¹, es posible señalar que las sociedades occidentales han establecido una relación dicotómica con la muerte: o se le acepta o se le busca vencer. Y si bien, se pueden observar formas de conducirse ante la muerte en la que el miedo no sea una manifestación evidente, en el siguiente capítulo se justificará el por qué es posible hablar su presencia ante el tema de la muerte.

Cabe mencionar que el paso de una visión teocéntrica del mundo a una antropocéntrica, dio pauta a establecer una visión de la muerte fuera del ámbito sobrenatural integrándose la observación objetiva. Por lo tanto, los intentos que revisamos en el apartado de sobre la ciencia y ocultismo como forma de superar la muerte, dan muestra de la transición de anteriormente ubicarla en un plano sobrenatural para pasar a los aspectos biológicos y médicos que destacaron en tiempos futuros. Los estudios de Cerejido, Morín, Vincent Thomas, entre otros muestran la visión biomédica, en la que el cuerpo está programado para dejar de auto repararse, envejecer y fallecer como mecanismo que dar paso a las futuras generaciones mejor adaptadas a su entono. Así, la muerte obtendría una justificación, una razón de ser. Sin embargo, la actitud asumida por la humanidad, aun llegando a considerar tales postulados, reforzó su negación, centrándose en la promesa de que la ciencia alcanzaría, tarde o temprano, la forma de *vencerla*.

⁸¹ En este caso es posible hacer referencia a las prácticas que, tanto el budismo Zen, el taoísmo, y el hinduismo, han empleado para relacionarse con la muerte. Sin embargo, la finalidad de la presente tesis es centrarse en las sociedades particularmente occidentales.

Y lo anterior, revisado en el apartado, *La muerte y psicología*, se explica por la disposición del aparato psíquico que, ya mencionado anteriormente, se encuentra determinado por la paradoja de la vida (Eros) y la muerte (Thanatos), es decir, la pulsión de vida y de muerte. Mientras que existe ese impulso de preservarnos con vida, existe otro que nos empuja la inactividad, a la muerte. De igual forma, manifestamos una incapacidad de aceptar el final de nuestra existencia en términos de nuestro inconsciente, lo cual se contrapone con la lógica que nos plantean los estudios biológicos que la muerte es la dinámica que se emplea para dar paso a nuevos seres vivos mejor adaptados a las condiciones de su entorno. Es por esto que nos encontramos en un enfrentamiento en nuestra forma de conducirnos ante el mundo: sabemos actualmente la importancia pragmática de la muerte, más nos cuesta asimilar que desapareceremos, y, por ende, aceptar pasivamente tal desenlace. Justamente esa cuestión paradójica es la que ha marcado a la humanidad en su forma de experimentar y asumir los fenómenos de la vida y la muerte.

En el segundo capítulo resulta indispensable conocer, revisar e identificar cuáles son aquellas respuestas comportamentales que se presentan ante la posibilidad de un peligro que atente con la integridad del ser humano: el miedo, las fobias, la ansiedad y la angustia. Revisaremos los aspectos biológicos, comportamentales, contextuales de cada una de dichas conductas, pero, sobre todo, justifiaremos por qué, en la presente tesis, hablamos de miedo a la muerte, como tal.

EL MIEDO, LAS FOBIAS, LA ANSIEDAD Y LA ANGUSTIA

“No hace falta conocer el peligro para tener miedo; de hecho, los peligros desconocidos son los que inspiran más temor”

Alejandro Dumas.

Parte esencial de la presente tesis se refiere a la revisión de tres elementos: la muerte, el miedo y el individuo. Por lo que resulta indispensable especificar a qué nos referimos con el segundo aspecto mencionado. Aunque la intención de este apartado no es la de realizar un estudio exhaustivo sobre todas y cada una de las consideraciones pertenecientes al miedo, las fobias, la ansiedad y la angustia. Sin embargo, derivado del estudio que nos encontramos realizando es importante justificar e indicar la pertinencia de implementar dentro del título del presente trabajo el concepto de miedo, y no los ya antes mencionados, realizando una distinción puntal de cada uno de ellos, de sus características, puntos de encuentro y, a su vez, en que difieren. En este caso, hablemos, en primera instancia, sobre el miedo.

EL MIEDO EN LA HISTORIA Y COMO HERRAMIENTA BIOLÓGICA DE SUPERVIVENCIA

Siendo una característica propia de los seres vivos, el miedo ha representado un elemento inseparable de la humanidad, definiéndolo y encontrándose presente a lo largo de su historia a través del tiempo. El historiador francés Georges Duby, en su libro *Año 1000, año 2000: la huella de nuestros miedos*, se dio a la tarea de trazar un panorama esquemático acerca de

los miedos que atenazaban a las sociedades medievales⁸², comparándolos con motivos y situaciones actuales, concluyendo que *los hombres y las mujeres que vivieron hace mil años no eran ni más ni menos inquietos que nosotros*. Es decir, no somos tan diferentes como comúnmente se llega a manifestar. En este caso, el miedo nos hace contemporáneos, desde la óptica e interpretación de Duby.

En primera instancia, es interesante darse cuenta que, con el trascurso del tiempo, algunos miedos siguen siendo invariables. Llegamos a temerle a las mismas cuestiones que nuestros antepasados: *a la miseria, al otro, a las epidemias, a la violencia, al más allá*. Estas son las principales categorías que desarrolla Duby al referirse a los miedos del hombre medieval, los más elementales y fundamentales, presentes en la mentalidad colectiva y en las fibras más íntimas de la historia de Occidente.

Hoy día también es posible identificar tales categorías, aunque, como también lo mencionamos, existen nuevos miedos que hemos ido adquiriendo y otros que hemos abandonado. Tal es el caso al miedo a la *soledad*, un temor que anteriormente no llegaba a ser experimentado por el hecho de presentar un sentimiento muy arraigado de comunidad sumamente arraigado (Duby G. , año 1000, año 2000: la huella de nuestros miedos, 1995, pág. 15); por otra parte, el miedo a un *castigo divino* deja de estar presente en nuestros tiempos, perdiendo su peso y relevancia en comparación a hace 1000 años.

Regresando a la Edad Media, el arraigo a las tradiciones y el traspaso de costumbres de generación en generación suponía una dinámica encaminada a delimitar los peligros lindantes con el acontecer diario. Así, el principio de continuidad generaba una forma de

⁸² En dicho texto tiene el objetivo de realizar una reflexión encaminada a mostrar como los humanos, a pesar de presentar una diferencia historia de 1000 años, conservan ciertos elementos similares, como es el caso de los miedos.

lidar y contrarrestar los males que circundaban el mundo, considerado lleno de peligros. Básicamente, como señala Duby, “las costumbres sostienen en este tiempo el orden del mundo” (Duby G. , año 1000, año 2000: la huella de nuestros miedos, 1995, pág. 17). Por lo que era necesario identificar e identificar los agentes causantes de este miedo, explicándolos, pero no dejando de temerles. Miedo a la oscuridad de la noche; al extranjero llegado de tierras lejanas y misteriosas -turcos y judíos, por mencionar algunos-; a las epidemias que arrasaban con miles de personas; al vasto e inhóspito mar; al demonio y las mujeres (los cuales podían invadir fácilmente el corazón de los hombres a causa de su debilidad, tentando a desembocar aquellas pasiones contenidas en él); a los aparecidos que no encontraban el descanso eterno; al desenlace de los tiempos causado por el Juicio Final; todo ello representaba las objetivaciones de aquellos peligros que amenazaban con ocasionar sufrimiento y dolor (Delumeau, El miedo en occidente, 2005, pág. 142).

Cabe mencionar que, después de la Edad Media, con la llegada del afán científico de conocer las causas últimas del mundo deslindado el discurso sobrenatural, es que se comienza a explorar el tema del miedo desde una óptica distinta, buscando cuestionarlo y profundizar más en él. Tratar de entender cómo es que opera una reacción tan básica e instintiva se vuelve la tarea principal. Considerada una de las emociones⁸³ fundamentales, al igual que la alegría, tristeza, ira, etc., el miedo resulta un tema necesario de abordar al momento de tratar de entender las formas de conducirnos ante la presencia de un peligro. Siendo una emoción que genera una aceptación de lo desagradable permite la capacidad de autorregulación ante algunas circunstancias.

⁸³ Respuesta fisiológica que nos dice lo que nos agrada y lo que no. (García Huete , 2016, pág. 33). De igual forma, podemos entender que las emociones son las respuestas primarias ante un estímulo, ya sea interno o externo. Por lo que toda emoción será resultado de una respuesta ante un evento, objeto o situación.

Definida como: “la respuesta primaria del organismo, tanto animal como humano, ante un peligro; peligro que puede ser real o percibido ante situaciones presentes o futuras[...]Predispone al organismo a para la supervivencia o adaptación al miedo” (García Huete, 2017, pág. 31). Es así que el miedo, al igual que el estrés y el dolor, son los encargados de preparar al organismo para *afrentar amenazas y peligros* concretos o posibles. “Estamos conectados por el miedo desde nuestro nacimiento y será la vida la que poco a poco nos ira enseñando a ser selectivos frente a nuestros temores, aprenderemos lo que veamos a nuestro alrededor, de lo que experimentemos” (Christophe, 2004, pág. 99).

Desde el punto de vista de la biología animal y de los recientes estudios de la psicología evolutiva, no se podría entender la supervivencia animal sin la presencia del miedo. Resulta ser uno de los ingredientes principales para la *adaptación de las especies a sus diferentes entornos* (García Villameriel, 2017, pág. 23), preparándonos para la acción en tres distintas modalidades: ataque, huida o defensa. Por lo que la integridad física está totalmente ligada a la capacidad de sentir miedo y reaccionar a partir de él efectuando respuestas que nos coloquen fuera de todo peligro. De tal forma que, en términos de respuestas corporales, operan mecanismos y procesos psicobiológicos que se ponen en marcha al experimentar miedo, mismos que mencionaremos a continuación.

BASES BIOLÓGICAS DEL MIEDO

Como llega a expresar Luis García Villameriel, psicólogo clínico y especialista en temas sobre salud mental y neurociencias: “la naturaleza del miedo, al igual que la mayor parte de los procesos psicobiológicos conocidos, tienen un fundamento biológico, un condicionante psicológico individual, así como elementos de influencia social. Imaginemos la clásica película de suspense: camino inhóspito, sombras que acechan, formas amenazantes en la

obscuridad. Escuchamos un ruido y vemos moverse una sombra. Antes de comprender siquiera qué amenaza es, nuestro cerebro ya ha comenzado a disparar toda una batería de respuestas” (García Villameriel, 2017, pág. 23). Lo desconocido y lo que puede ser una amenaza latente disparará la respuesta emocional del miedo.

Respuestas que tienen como principal actor a la *amígdala, cuerpo amigdalino, complejo amigdalino o amígdala cerebral*⁸⁴, que es una estructura subcortical compuesta de núcleos de neuronas que se encuentra situado en la profundidad entre los lóbulos cerebrales⁸⁵ (García Villameriel, 2017, pág. 24). Sin duda los estudios enfocados al entendimiento de los procesos cerebrales son recientes, por lo que aún falta aspectos por comprender del todo. En el caso de la amígdala, se ha llegado a descubrir que resulta ser uno de los “centros filogenéticamente más primitivos en el desarrollo primitivo del cerebro” (García Villameriel, 2017, pág. 24), siendo una parte fundamental en la preservación, adaptación y evolución de la humanidad, hasta nuestros días.

Perteneciente al *sistema límbico*⁸⁶, considerada la parte más primitiva de nuestro cerebro⁸⁷, la amígdala es la encargada de la supervivencia manteniendo la integridad física y respondiendo de manera autónoma ante un estímulo considerado amenazante. En presencia de éste último se comienzan a disparar una serie de señales que son repartidas al sistema nervioso central y, a su vez, distribuidas al resto de los órganos del cuerpo. Esto ocurre mucho antes de que nos hayamos percatado conscientemente del peligro.

⁸⁴ Otras emociones a las que se adjudica a la amígdala como parte principal sistema límbico, o también conocido como “cerebro reptiliano” son: sorpresa, angustia, afecto, cariño, alegría y excitación. A grandes rasgos es la principal encargada de del procesamiento emocional (Castillero Mimenza, s.f.).

⁸⁵ Descubierta en e siglo XIX por el fisiólogo alemán Karl Friederich Burdach (Martos Silván, 2016)

⁸⁶ “*Conjunto de estructuras cerebrales interconectadas que cumplen varias funciones básicas relacionadas con los instintos y la supervivencia de la especie como el hambre, la sed, el sexo, la memoria y las emociones primarias*” (Martos Silván, 2016)

⁸⁷ Se presume que la amígdala comienza a estar presente en los mamíferos desde hace 220 millones de años. (García Villameriel, 2017, pág. 24)

A partir de los estímulos captados por los sentidos, siendo los canales de interacción con él entorno, “la amígdala dispara y coordina las respuestas más instintivas y primarias, agresividad, ansiedad, respuestas fisiológicas intensas, y es el resto del sistema nervioso central el que termina de desplegar el complejo sistema de respuestas” (García Villameriel, 2017, pág. 24). Respuestas que son motivadas por los órganos sensoriales (que son los que reciben la información del entorno) señalando la presencia de un peligro desplegando las primeras señales de alarma: despertar, sobresalto y tensión.

En este punto, cada una de las partes del cuerpo recibe distintas señales preparándose para la amenaza: contracción muscular, especialmente en las extremidades superiores e inferiores provocando cierto temblor y calambres generales; aumento del ritmo cardiaco, amplificando la presión sanguínea provocando la disposición de mayor oxígeno y su reparto en los músculos, generando sensación de taquicardia, hormigueo en los brazos y piernas, además de un zumbido en los oídos; la respiración pulmonar tiende a acelerarse para aumentar el intercambio entre dióxido de carbono y oxígeno, generando la sensación de opresión en el pecho; las pupilas de los ojos llegan a dilatarse además de que el líquido lagrimal disminuye para aumentar la percepción visual (Puig, s.f.). Cada una de estas respuestas físicas experimentadas tienen la misión de prepararnos para la acción, para lidiar con la amenaza percibida:

“En condiciones normales, su funcionamiento está regulado por estructuras cerebrales vecinas, encargadas a su vez de filtrar la información que será evaluada para ver si la reacción de miedo es o no necesaria. Pero también de controlar su intensidad, para que no sea contraproducente: si es demasiado intensa, no servirá para tomar las mejores decisiones frente al peligro”. (Christophe, 2004, pág. 93)

Es por eso que la amígdala no puede operar sola para generar respuestas adecuadas y precisas. La *corteza prefrontal ventral*, junto al *hipocampo*, constituyen lo que los neurocientíficos denominan *el circuito del miedo*, y a su vez estructuran el *sistema límbico*. Mientras que la *amígdala* es la primera de captar el objeto o situación amenazante y responder de manera automática, la *corteza prefrontal ventral* pone la información recibida en *contexto*, procesándola con un mayor grado de elaboración, permitiendo respuestas dotadas de mayor precisión y equilibrio respecto a la situación amenazante. Por lo que, en su conjunto, las distintas partes del cerebro operan para impulsar a los seres vivos a realizar conductas encaminadas a salvaguardar su integridad ante una amenaza.

“La capacidad de poner en contexto y poder evaluar las capacidades reales de respuesta, riesgos mayores, consecuencias de nuestros actos, es lo que nos lleva (a los humanos) a actuar de manera controlada y civilizada ante actos que se pueden interpretar como agresiones. Por ejemplo, este sistema de evaluación y procesamiento es lo que evita que, ante los gritos e insultos de un conductor enfurecido en un semáforo no salgamos del vehículo y le estrellemos un ladrillo en la cabeza”. (García Villameriel, 2017, pág. 26)

Son estos procesos los que establecen una diferencia en como el ser humano procesa, experimenta y actúa ante el miedo con respecto del resto de los seres del reino animal. En ambos casos se experimenta el miedo ante la presencia de un estímulo percibido como peligroso: la presencia de un depredador, una situación climatológica, la sensación de malestares corporales, etc. “Cada ser humano, en función de su entorno, debe ajustar su programa de miedos, disminuyendo la sensibilidad a ciertos temores y aumentando la que se asocia a los miedos útiles para la supervivencia cotidiana” (Christophe, 2004, pág. 99). Esta sería la función adaptativa de los miedos.

No obstante, la diferencia es que, en el humano, derivado de su capacidad de anticiparse a escenarios futuros a partir de su imaginación y de los símbolos en los que constituye su visión del mundo⁸⁸, llegar a experimentar miedo ante estímulos que no son presenciales: ideas, suposiciones, fantasías, recuerdos, etc. Integrando los aspectos cognitivos antes mencionados es que hablamos de la experiencia del miedo a nivel intrapsíquico. La función adaptativa proveniente del miedo es motivada por la evitación del daño o displacer. Por lo que, al ser un *animal atravesado por símbolos*, una persona reaccionará de forma distinta que otros animales, llegando a temer a lo que no se encuentra presente, a lo que pudiera ocurrir el día de mañana, a lo inexistente, etc. Llegando a reaccionar de forma aún más intempestiva que ante una situación u objeto en concreto.

Entender los procesos y mecanismos presentes en el miedo, permite identificar su relevancia para la supervivencia de los seres vivos. Sin embargo, en el caso de los humanos, destaca que, en algunos casos, los detonadores que disparan la presencia del miedo no resultan tan evidentemente amenazantes, considerando la respuesta tan intensa que se experimenta. Es en este caso que hablaremos de las fobias.

MIEDO “SANO” Y MIEDO “INÚTIL”: LAS FOBIAS

Es en este punto en donde comenzamos a analizar las particularidades presentes en la experiencia del miedo en los seres humanos. En la totalidad de los seres vivos que, dentro de nuestra constitución, presentamos un sistema nervioso, la presencia del miedo es generalizada como un mecanismo necesario para la auto conservación.

⁸⁸ Como se hizo referencia en los apartados anteriores sobre como los seres humanos nos relacionamos ante el mundo a partir de símbolos.

“El miedo como una emoción fundamental, es decir, universal, inevitable y necesaria. Como todas las especies animales, el ser humano está programado por la naturaleza y la evolución para sentir miedo ante ciertas situaciones. Es necesario, pues es una señal de alarma destinada a avisarnos de los peligros, aumentando nuestra posibilidad de supervivencia”. (Christophe, 2004, pág. 17)

Sin embargo, como habíamos mencionado anteriormente, los humanos experimentamos el miedo con distinciones considerables. Pierre Mannoni señala que esta emoción resulta omnipresente en nuestra vida, encontrándola en todas partes. A partir de las capacidades de *imaginación* y *representación* se establece a los individuos como los principales artesanos de sus propios temores (Mannoni, 1984, pág. 8).

Es decir, en los humanos no es necesaria la presencia de un objeto o situación en concreto para experimentar miedo. Basta una suposición, una idea o recuerdo, alguna fantasía para detonar los mecanismos de preparación ante una amenaza. Esto es debido a que, además de los aspectos *biológicos* encargados de disparar las medidas defensivas, también entran en juego los aspectos referentes a la *esfera afectivo intelectual* encargada de generar las representaciones mentales sobre posibles peligros reales o imaginarios. Es en este punto donde se da la primera gran diferencia de la experiencia del miedo entre otros animales y los humanos, su vivencia a niveles *psicológicos*: “Enfrentado a estímulos, objetos o representaciones mentales que él siente como amenazantes [...] Y es justamente este reconocimiento de un peligro, real o imaginario el que determina en el individuo un sentimiento de miedo” (Mannoni, 1984, pág. 15).

En este sentido, es la clase de emoción que nos permite hacernos cargo de nuestra integridad física. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando esta señal de alarma se dispara de forma

constante sin la presencia de una amenaza considerable o sin la existencia de una amenaza real?

En el texto, *Psicología del miedo: temores, angustias y fobias*, Christophe André analiza y señala la importancia de sabernos atravesados por los miedos:

“Es necesario que escuchemos nuestros temores: son un sistema de alarma maravilloso para enfrentar los peligros. Pero no debemos someternos a ellos: a veces este mecanismo se estropea. Como si fuera una especie de alergia, el miedo se dispara y se convierte en fobia”. (Christophe, 2004, pág. 15)

Por lo que se habla de *miedo sano* como aquella respuesta que se dispara ante un evento⁸⁹, situación u objeto que claramente pone en peligro la integridad, no ante la posibilidad recuerdo de un peligro (Christophe, 2004, pág. 18). Es ante la sensación de un peligro fáctico. De esta manera, “en la regulación el miedo normal desaparece rápidamente y fácilmente cuando el peligro ya ha pasado o cuando nos hemos dado cuenta de que o era tanto como creíamos” (Christophe, 2004, págs. 18-19). La activación de la alarma ante la amenaza se considera sana y funcional en cuanto a que la intensidad con la que se presenta es proporcional al peligro que se está enfrentando para actuar como se corresponde.

No obstante, cuando hablamos de miedos que surgen en lo imaginario, de los cuales no es posible retirarnos en términos físicos, la señal de alarma no deja de estar activada generándose un “agotamiento importante del campo de sus facultades intelectuales y de su atención ante la realidad” (Mannoni, 1984, pág. 17). A su vez, se genera una incapacidad de poder ejecutar juicios y razonamientos coherentes en donde se dan “ideas vagas y

⁸⁹ La primera reacción que acompaña al miedo es el susto, como esa sorpresa ante la irrupción de un agente nuevo al contexto presente: ruidos violentos, algún estímulo u objeto inesperado, personas que llegan inesperadamente, etc.

desordenadas. Ya no es prácticamente accesible a los análisis discursivos ni a las argumentaciones de la lógica” (Mannoni, 1984, pág. 17).

Cabe mencionar que esto no ocurre con la totalidad de los miedos en términos de lo imaginario, solo en los casos donde las ideas no dejan de ser constantes, repetidas e intensas. En dado caso, André señalará que tales miedos no regulados llegan a ser *inútiles y peligrosos*, convirtiéndose, en algunas ocasiones en ataques de pánico que aniquilan la capacidad adaptativa de la persona paralizándola por completo, llegándose a considerar como *patológicos* (Christophe, 2004, pág. 19). En términos concretos un *miedo patológico* es aquel que se desata con demasiada frecuencia en umbrales de peligrosidad muy bajos. La amenaza no suele ser tan apremiante con respecto a las reacciones que se llegan a experimentar y ante la más mínima posibilidad de su presencia se disparan las señales de alarma de forma intempestiva y nada regulada no logrando tener un control, además de la complicación de calmar tales reacciones.

Es en este punto que entramos al terreno de las fobias. Cotidianamente, y de forma coloquial, miedo y fobia suelen emplearse como sinónimos, ya que son dos conceptos que hacen referencia a un mismo estado, solo diferenciados por el grado y la intensidad en que se viven. Aunque presentan distinciones importantes de señalar. André señala que en la Grecia clásica se señalaban puntualmente los matices y diferencias entre ambos términos.

En ese caso *Deos* se referiría a aquel miedo reflexivo y mental controlado, mientras que *Phopos* es ese miedo intenso e irracional que suele ir acompañado de la huida (Christophe, 2004, pág. 21). Diferencias que, a partir del abordaje especializado, son más notorias. Es así que las fobias son miedos incontrolables que pueden convertirse en ataques de pánico buscando evitar, a toda costa, los objetos y situaciones fobogénicas; en caso de haber un enfrentamiento se genera un sufrimiento extremo provocando una sensación de

desventaja pudiendo afectar gravemente la calidad de vida. De esta manera, “la denominación de miedo o fobia dependerá del contexto y peligrosidad de lo que genera el temor y si este temor deja pasmado o no al aquejado” (Christophe, 2004, págs. 23-27).

Técnicamente el miedo, en cuanto a su función general, permite que aprendámonos de nuestro entorno, adaptándonos a él con las precauciones necesarias. Dinámica que biólogos y teóricos de la evolución sostienen en cuanto a que tememos a aquello que la naturaleza nos ha enseñado a temerle, a lo que nos coloca en desventaja o peligro a la especie. A partir del proceso de autocuración de un miedo, aprender de las lecciones y volverse a enfrentar a las situaciones es que se genera el proceso natural de adaptación ante nuestro entorno. Es por eso que las fobias representan una *enfermedad del miedo* porque no permiten dicha adaptación a la situación amenazante aprendiendo de ella y sus particularidades.

Se experimenta una gran intolerancia que se acompaña de gran tensión y nerviosismo que incapacita el campo de acción y decisión. Como resultado, se emplea la huida del objeto fóbico por los medios de que sean necesarios. Así, la evitación se vuelve el mecanismo utilizado, de manera ansiosa, para actuar ante las fobias. “Las personas fóbicas son artesanos de la longevidad de sus miedos. Puesto que son hipersensibles y sus temores son tan fuertes, como es lógico tienen la tendencia de huir o evitar las situaciones que los asustan” (Christophe, 2004, pág. 79).

Sin embargo, de manera paradójica, huir de dichos objetos será el mejor medio para conservar una fobia. Evitarlos resultan ser la raíz misma del problema, ya que refuerzan y acrecientan la sensación fóbica, generando un alivio en lo inmediato. No obstante, la persona experimenta una dependencia ansiosa a sus conductas a consecuencia de la evitación, sintiéndolas necesarias para estar alerta y así, en dado caso, protegerse del posible daño al

que supone se encontraría expuesto. Se encuentran enganchadas a la huida, pero también a estar constantemente vigilando su entorno para identificar y ubicar sus miedos.

Existen tres tipos de evitación que pueden entrar en juego ante la presencia de un objeto amenazante: de situaciones, que buscar sortea lugares o contextos específicos; de imágenes, palabras y pensamientos, en donde se trata de evadir todo proceso cognitivo o emocional displacentero; y de sensaciones, que emprende la huida al momento de percibir algún estímulo físico intolerante. En los tres casos opera una *atención muy focalizada* que dirige su atención ante la búsqueda minuciosa de la amenaza.

“Su atención está focalizada de manera patológica sobre sus miedos: no mira su entorno, lo vigila. En caso de duda, prefieren disparar la alarma: más vale tener miedo pronto que demasiado tarde[.] Siempre están construyendo escenarios catastróficos: para protegerse más vale prever lo peor e incluso aumentarlo[...]. Se ahoga en sus sensaciones de miedo”. (Christophe, 2004, págs. 84-85)

Tales operaciones se realizan de forma automática, frecuentemente fuera del ámbito de la voluntad y la conciencia. La finalidad que buscan es extraer información ansiógena del contexto a partir de una *hipervigilancia* en la que los sentidos se encuentran sobre hiperatentos ante la posibilidad de encontrarse con el objeto fóbico: “La persona fóbica no puede evitar explorar su entorno en busca de lo que le da miedo, para saber si está seguro o no. Es una experta en sus miedos, detecta antes que nadie la posible presencia de un problema” (Christophe, 2004, págs. 86-87). Desde que entra a un lugar verifica si está presente el objeto o situación amenazante (en el caso de una fobia a las arañas, se busca en los rincones y esquinas la presencia de telarañas u otras señales). No llega a ser una acción que se desee realizar, por el malestar que genera, sin embargo, se ve en la necesidad de

hacerlo para no ser sorprendido y vulnerado. Por lo que termina ejecutando una *vigilancia ansiosa*.

“Tiene el dilema de no mirar (pues le da miedo) o de mirar (pues sería peligroso no hacerlo)” (Christophe, 2004, pág. 87). Dilema que implica un desgaste considerable de energía psíquica empleada en la sobre atención enmarcada por la ansiedad⁹⁰, generando que ante la más mínima duda de peligro se asuma por completo su presencia. Por lo que los *estímulos neutros* o ambiguos suelen interpretarse como negativos y peligrosos. En general, sus miedos son omnipresentes, no deja de tenerlos en su panorama. No obstante, estos se concretan a situaciones u objetos específicos (las multitudes, las alturas, los ratones, etc.), por lo que solo en su presencia es que se disparará la alarma. Pero ¿qué ocurre cuando la experiencia del miedo no tiene un objeto específico que active esa alarma? Es cuando pasamos de hablar de las fobias para centrarnos en la ansiedad y la angustia. Ahora bien, la consideración de fobias nos remite a una conceptualización psicologista de la cual sería bueno tomar distancia porque no todas las culturas tienen la misma relación con la muerte, los miedos y simbolismos ligados a sus representaciones individuales y colectivas. Habría que tomar distancia con una posible universalización ahistórica de los conceptos.

LA ANSIEDAD Y LA INCERTIDUMBRE CONSTANTE

Según la Real Academia de la Lengua Española, el vocablo *Ansiedad* deriva del latín *Anxietas*, el cual hace referencia a un estado de agitación, inquietud o zozobra del ánimo, además de ser una de las sensaciones elementales del ser humano. A su vez, desde las áreas de la psicología y psiquiatría se la reconoce como una “tensión anticipatoria ante una

⁹⁰ La ansiedad, junto con el miedo, son reacciones que se tienen ante una situación amenazante, sin embargo, será explicada en los siguientes apartados con más detenimiento.

amenaza provocada por un evento determinado generando un sentimiento molesto de incertidumbre” (Tomas Sábado, 2015, pág. 15). La ansiedad, en compañía del miedo, tiene como principal objetivo de fungir como un mecanismo de defensa necesario para la supervivencia en cuanto al enfrentamiento de amenazas y peligros. Ocurre con frecuencia el que se le asocie directamente con el miedo, refiriéndolos como iguales. Siendo que cada uno de ellos presenta características muy específicas, relacionadas entre sí, mas no idénticas.

Mientras que el miedo, siendo la reacción emocional ante un peligro específico, ante una *amenaza identificable*, determinada por su alta intensidad como amenaza inminente, la ansiedad es equiparable, con la peculiaridad de que se teme a algo que no se encuentra plenamente identificado. ”Si bien la ansiedad se destaca por su cercanía al miedo, se diferencia de este en que [...] la ansiedad se relaciona con la anticipación de peligros futuros, indefinibles e imprevisibles” (Sierra, Ortega, & Zubeidat, 2003, pág. 15). Por lo que su carácter anticipatorio sería una característica destacable con respecto al miedo, permitiendo prever posibles amenazas que en lo inmediato no se lograrían percibir.

En apartados anteriores referimos que, tanto el miedo como la fobia, responden ante objetos, situaciones o ideas específicas, que pueden ser identificables. Por lo que sus mecanismos operan de manera episódica y disminuyen cuando la causa se aleja o la persona toma distancia (hablábamos que en las fobias dicha acción reforzaba ese miedo irracional, sin embargo, este si llegaba a disminuir en la ausencia del objeto fóbico). Es decir, el miedo “es una perturbación cuya presencia se manifiesta ante estímulos presentes” (Sierra, Ortega, & Zubeidat, 2003, pág. 15).

En el caso de la ansiedad ocurre lo contrario. Las reacciones que ocurren al presentarse son equiparables al miedo: tensión, inquietud, inseguridad, preparación para la huida, defensa y el ataque, solo que se acompañan por un *temor indefinido* que no ubica al

objeto que provoca tal estado de alerta. La situación amenazante llega a ser escasamente clara, ambigua, no teniendo una certeza de que es lo que despliega los mecanismos de defensa antes mencionados:

“La ansiedad alude a un estado de agitación e inquietud desagradable caracterizado por la anticipación de peligro, el predominio de síntomas psíquicos y la sensación de catástrofe o de peligro inminente, es decir, la combinación entre síntomas cognitivos y fisiológicos, manifestando una reacción de sobresalto, donde el individuo trata de buscar una solución al peligro, por lo que el fenómeno es percibido con total nitidez”. (Sierra, Ortega, & Zubeidat, 2003, pág. 17)

Por tal razón, la ansiedad genera estados de *hipervigilancia*, al igual que en las fobias, solo que aquí se trata de identificar al causante de la zozobra experimentada. Tratándose del miedo, cuando la situación deja de generar peligro o se identifica claramente, este disminuye considerablemente, por lo que se experimenta de forma intensa y breve. En la ansiedad es distinto, experimentándose de forma uniforme, constante, con oscilaciones considerables pero no dejando de estar presentes, sin tener límites claros ni específicos (Tomas Sábado, 2015, pág. 17). Se teme a algo que no se sabe lo que es⁹¹.

La hipervigilancia empleada termina por desgastar física y cognitivamente a quien la emplea, buscando al objeto amenazante al mismo tiempo de que se protege la mayor parte del tiempo. Todo a su alrededor se convierte en un peligro inminente. El campo de investigación sobre la ansiedad, en cuanto a su abordaje más específico, relativamente es

⁹¹ Cabe mencionar que la ansiedad de la que estamos haciendo referencia es en términos patológicos, desbordada, ya que existen una variedad de clases de ansiedad que tienen la finalidad de activar los mecanismos de alarma. Solo que, en el presente estudio, abordaremos esta clase de ansiedad por su relación directa con el tema de la muerte.

nuevo⁹². Guiado por las neurociencias, la psicología, psiquiatría, principalmente, se han centrado en descifrar el funcionamiento de los mecanismos involucrados para *temerle a algo que no sabemos con certeza que es*.

ANSIEDAD ANTE LA MUERTE

Un campo derivado de los estudios de la ansiedad es el referente al de la *ansiedad a la muerte*. Derivado de los acontecimientos suscitados en la primera guerra mundial, a partir del trabajo con veteranos de guerra que presentaban cuadros de *estrés pos-traumático* (A. Corzo, 2009), es que se desarrolla una línea de investigación relacionada con la ansiedad y el tema de la muerte. Haciendo una crítica sobre emplear el término *miedo a la muerte*, Joaquin Tomas Sábado, menciona:

“Es inadecuado hablar de miedo a la muerte cuando nadie sabe que es estar muerto. Como muchos, las personas podrán experimentar miedo respecto a aspectos específicos de la muerte, como sus causas o proceso de morir, pero la experiencia de estar muerto es desconocida y, por lo tanto, las reacciones de aprensión hacia ella deben ser consideradas como ansiedad”. (Tomas Sábado, 2015, pág. 23)

El señalamiento al momento de emplear el término *miedo a la muerte*, empleado por la gran mayoría de autores que han realizado escritos al respecto (Aries, Jankelevitch, Thomas, Morín, etc), radica en que no es posible temer algo que no identificamos, experimentamos y, por lo tanto, no conocemos.

⁹² En los años 80, resultado de las investigaciones de la psicología sobre la esquizofrenia y la depresión, es que se comienza el desarrollo de los estudios sobre la ansiedad.

Dicha noción comienza a considerarse, desde el ámbito de la psiquiatría y la psicología, a la *ansiedad ante la muerte* como el término más correcto de dirigirse a la zozobra experimentada por tal acontecimiento. Acuñada entre 2007 y 2008 por la *North American Nursing Diagnosis Association (NANDA)*⁹³, define a tal diagnóstico como la “sensación inespecífica de incomodidad o malestar, producida por la percepción de una amenaza, real o imaginada, a la propia existencia” (Tomas Sábado, 2015, pág. 23). Similar a la definición de miedo, se activa ante la sensación o idea de amenaza, difiriendo en lo inespecífica de la causa, además de que atenta directamente contra la propia existencia. Según su descripción se vive como una reacción emocional negativa provocada por la anticipación en un *estado en el que el “yo” ya no existe*. La idea de *dejar de ser nosotros* sería lo que, entre otros factores⁹⁴, desencadena su manifestación.

Entre los atributos que Sábado encuentra en la ansiedad ante la muerte son: *aspectos cognitivos*, referentes a la conciencia de las consecuencias de la muerte (pérdida de la conciencia, descomposición del cuerpo, etc); *componentes experienciales*, que reprimen y moderan la ansiedad como mecanismo adaptativo (en los casos crónicos, dichos componentes no operan de forma adecuada), *etapas de desarrollo*, las cuales buscan modelar la expresión de la ansiedad viéndose viciadas ante una ansiedad desmesurada; *condicionantes culturales*, como el conjunto de significados y creencias que se tienen ante la muerte, ya sea por parte de la cultura o el núcleo familiar; *fuentes de motivación*, que son las defensas psicológicas que se tienen ante los eventos ansiógenos.

⁹³ Es importante destacar que tales nociones presentan una base clínica- médica, tratando de ubicar dicha ansiedad en el ámbito de la salud-enfermedad. Por lo que la búsqueda de anticiparla, diagnosticarla y generar tratamientos que la contengan serán los objetivos a concretar.

⁹⁴ Dentro de su descripción se habla de que la interacción con cementerios, con cadáveres o el llegar a imaginar la propia muerte o la de un ser querido, representarían detonadores que activarían tal ansiedad.

El conjunto de los seis atributos es lo que llega a determinar el nivel de ansiedad ante la muerte que una persona llega a experimentar. Suele correlacionarse directamente con la depresión, el insomnio, la ausencia de proyectos de vida y la ansiedad generalizada, por mencionar algunos de los más importantes. De ahí que los enfoques empleados para revisar dicha ansiedad se ciñen, principalmente, a los ámbitos cuantitativos, a partir de instrumentos de investigación estandarizados que permitan medir las manifestaciones, niveles y actitudes desembocadas de ésta⁹⁵. Aunque se encuentran sostenidos por una base teórica que va desde la filosofía (Sartre, Heidegger y los existencialistas⁹⁶) y la psicología (Freud, Klein⁹⁷, Maslow, Rogers, Erikson, etc), los métodos de evaluación tendrán la consigna de establecer los niveles de ansiedad, para después contrarrestarlos y disminuirlos mediante intervenciones específicas.

Por lo que es preciso considera que las escalas que se utilizan para la medición de la ansiedad ante la muerte: “tienen la virtud de administrarse fácilmente, lo que las hace prácticas a la hora de usarlas en grupos grandes y para establecer comparaciones” (A. Neimeyer, 1997, pág. 45). Estandarizar, generalizar y medir se vuelven en los ejes principales. Una tendencia que se desarrolló ampliamente entre las décadas de los 60’s y 90’s en los Estados Unidos de América. Un aspecto notable de esta tendencia sobre el abordaje de la ansiedad ante la muerte, es que va de la mano con el nacimiento y desarrollo de la tanatología (Elisabeth Kubler Ross), la logoterapia (Viktor Frankl) y otros abordajes que

⁹⁵ Algunas de las baterías de prueba más utilizadas, por sus niveles de confiabilidad son: *Escala Revisada de Ansiedad ante la muerte: James A. Thorson y F.C. Powell*; *Escala de miedo a la muerte Collet-Lester*; *El índice de amenaza de Robert A. Neimeyer*; *Escala Multidimensional del Miedo a la Muerte* (A. Neimeyer, 1997).

⁹⁶ Heidegger, Sartre y los existencialistas, los cuales retomaron las aportaciones de Kierkegaard establecían la proposición básica de que *se vive permanentemente bajo la amenaza de no-ser, que puede conducir a la muerte* (A. Neimeyer, 1997, págs. 20-23).

⁹⁷ Consideraba que la Ansiedad ante la Muerte resulta la *base fundamental de toda ansiedad humana*, afirmando que los trastornos paranoides surgen como miedo a la desintegración y a la destrucción. Por lo que el temor a la *perdida de la cordura* es un derivado a ésta ansiedad (Tomas Sábado, 2015, pág. 25).

fueron de la mano de la vertiente humanista en tales años. Abordajes que destacan por la búsqueda de *dignificar* la experiencia humana, exaltando sus cualidades (libertad, solidaridad, derechos humanos) y buscando generar los medios para que pueda hacerse cargo de sí mismo.

Especificando y contextualizando lo anteriormente señalado, en el presente trabajo no consideramos que sea posible hablar de una ansiedad ante la muerte de forma generalizada, al menos no en todos los casos, solo en los más crónicos. Esto es sostenido por que, aunque es cierto que la muerte es desconocida para nosotros además de todas sus implicaciones, si encontramos un objeto en específico que tememos perder cuando ésta llegue: referente a nuestro yo, a lo que nos hace ser individuos. Es en ese sentido que la angustia se acercaría más a los elementos que pretendemos señalar.

LA ANGUSTIA: EL TEMOR A LA DESAPARICIÓN

Desde el punto de vista neuro-fisiológico, la angustia puede definirse como un, “estado generalizado de excitación, el que psicológicamente se traduce por un sentimiento de una amenaza o peligro, al que el ser humano se siente existencialmente expuesto” (Längle, 2005, pág. 57). Sumamente similar a la ansiedad, esta manifestación comportamental se caracteriza, principalmente, por generar la sensación de una falta de protección. Las posibles amenazas, tanto físicas como psicológicas, colocarían al ser humano en la posibilidad de su *destrucción* a partir de la *perdida de sostén y de estructura* de su persona.

Es decir, “en la angustia se le hace evidente al ser humano la potencial aniquilación de su existencia por causa de una amenazante pérdida de sostén del mundo” (Längle, 2005, pág. 57). Por lo tanto, y a diferencia de la ansiedad, la angustia se experimenta con un mayor grado de intensidad, asumiendo que los peligros que se encuentran amenazando a quienes la

experimentan no solo pueden generar un daño, sino tienen el potencial de destruirlo, careciendo de un soporte que permita superar o al menos sobrellevar dicha situación. En este caso, entra en juego, y en duda, la capacidad de poder dar un cause favorable al enfrentar tales amenazas.

“La angustia consiste en un trastorno de la relación entre el propio poder (valor, capacidades, medios a disposición, apreciación de competencias), por una parte, y la inestabilidad (fragilidad, no confiabilidad, incertidumbre) del mundo, por otra parte. La persona se vivencia desprotegida, indefensa, impotente, no a la altura de la situación”. (Längle, 2005, pág. 57)

La situación u objeto, que comienza en un principio a desplegar los mecanismos del miedo y la ansiedad, genera que se sobrepasen los umbrales de tolerancia y acción entrando a la categoría propiamente de la angustia. A partir de alimentarse de la indefensión que se llega a sentir es que la tensión, el análisis del contexto y demás mecanismo fisiológicos y psíquicos se despliegan, con el agregado de que se percibe que la amenaza sobrepasara las capacidades del individuo, sintiéndose impotente y desesperado, lo cual alimenta la idea de la inminente destrucción.

La angustia suele asociarse directamente con el *pánico*, término que encuentra su origen en la antigua Grecia a partir de la observación del comportamiento de los rebaños de cabras, los cuales, cegados por el pavor, provocado por algún peligro, solían despeñarse cayendo de los precipicios. “Los griegos creían que el dios Pan se había metido en el rebaño, por lo que todavía hoy se denomina *pánico* a la huida incontrolada y ciega ante un peligro que se experimenta como destructivo” (Längle, 2005, pág. 58). Nuevamente, la sensación de indefensión ante una amenaza genera que se busque, a toda costa, huir y evitar al objeto.

En este punto pudiera equipararse a la angustia con las fobias, sin embargo, la primera presenta más las características de la ansiedad, por el hecho de que no se tiene muy clara la amenaza a la que se está enfrentando. Sin embargo, el punto principal que separa a la angustia de las demás reacciones antes mencionadas, es que la desconfianza ante las capacidades para lidiar con el objeto de peligro es considerable. Por lo que la angustia se asocia directamente con elementos existenciales y particulares de cada individuo.

Otras vertientes llegan a señalar que no es posible diferenciar de forma clara a la angustia y la ansiedad llegando a utilizarse como sinónimos. La diferencia que encontraría mayor consenso es que la primera tendría que ver más con el ámbito de la psicología clínica, y la segunda con la filosofía, especialmente con la existencialista. Sin embargo, fuera de dicha discusión, es posible observar que la angustia si llega a diferenciarse de la ansiedad a partir de indefensión experimentada⁹⁸. Llega a considerarse como un *fenómeno del vivenciar subjetivo*, que “se refiere siempre al algo futuro, por venir, de algún modo inminente, que todavía no ha llegado del todo” (Längle, 2005, pág. 59).

Según Alfred Längle, citando a Albert Camus, a mediados del siglo XX se vivía en una era de la angustia a partir “de las guerras, de la bomba atómica, de las inestabilidades económicas, del desempleo, de la pérdida del control en política, economía y ciencia” (Längle, 2005, pág. 58). Aunque, si revisamos dicha afirmación veríamos que cada época histórica ha tenido sus propios acontecimientos generadores de angustia, si se encuentra presente un elemento particular en el hombre del siglo XX con los anteriores: el aumento de la incertidumbre con respecto al mundo que le rodea.

⁹⁸ En este sentido, llega a asociarse la presencia de la angustia ante la posibilidad de una amenaza futura, conjugada con la evaluación de las herramientas que se pueden presentar para afrontar tal contingencia (Corbin, Psicología y mente, s.f.).

Desde la perspectiva del sociólogo americano David Riesman:

“Cuando el hombre ya no tiene ningún fin inequívoco para perseguir, ninguna brújula que le indique como se ha de orientar para conseguirlo, entonces le ayuda la angustia para agudizar sus sentidos que lo alertan, tempranamente, de donde vienen las exigencias sociales. El ser humano esta como programado para una angustia difusa, que lo dispone antes de cualquier acción”. (Längle, 2005, pág. 59)

Habiendo perdido la fuerza que antes tenían los meta relatos y los discursos que brindaban sentido, propósito y cause a la humanidad, la presencia de la angustia se volvió paulatinamente notoria. Rigiéndonos y movilizándonos a partir de ella, es que se vuelve un elemento representativo dentro de la estructura cotidiana, nutrida por la acción, pero también por la incertidumbre⁹⁹, por la falta de sostén que se vive en dichos tiempos.

Es en este punto que los pensadores de la filosofía existencialista profundizarán detenidamente sobre angustia. Tal es el caso de Heidegger al referirse a ella el elemento que nos permite ver al mundo sin el atisbo de familiaridad que anteriormente presentaba: “la angustia hace patente al mundo en su des-acogimiento, porque en la angustia se desvanece (como un engaño) la familiaridad que tenemos de las cosas cotidianamente¹⁰⁰” (Längle, 2005, pág. 60). La presencia de la angustia procede de ver al mundo con extrañeza sin una base sólida de la cual apoyarnos, y de sentirnos incapaces de lidiar con sus vicisitudes y con

⁹⁹ Elementos que serán estudiados a mayor profundidad por Byung Chul-Han en su libro “La sociedad del cansancio”, refiriéndose a ellos como aspectos que alimentan la compulsión a la acción en la “sociedad del rendimiento”.

¹⁰⁰ En el presente estudio no pretendemos profundizar en las valiosas aportaciones realizadas por Heidegger, Kierkegaard, entre otros, con respecto a la angustia. Aunque nos pareció importante mencionar como ésta representa un tema relacionado directamente con el existencialismo y así lograr hacer un paralelismo con el miedo, las fobias y la ansiedad.

nuestra existencia. Cabe aclarar que en este punto nos referimos cuando ésta llega a ser desmedida, o como se le denominará, patológica:

“Cuando la angustia se hace patológica representa un motivo de sufrimiento. En este caso, el individuo aparece tan comprometido por la angustia, que ya no es más libre para el cumplimiento de sus actos, según sea la situación en la que se encuentra. La calificación de “patológica” de la angustia es pertinente cuando ella impide el cumplimiento de los actos vitales. Entonces la angustia lleva al ser humano a buscar sostén”. (Längle, 2005, pág. 59)

Así la angustia aumenta exponencialmente a partir de la noción y la experiencia de que *nada es seguro*, que en realidad el mundo carece de una firmeza resultando en una conmoción a partir de la *inseguridad de la existencia*. A esta clase de angustia se le denominará como *angustia fundamental*:

“La posibilidad del no-poder-ser se hace patente en medio de la realidad. La nada irrumpe en la existencia. Es como si a uno le hubiesen quitado el piso de debajo de los pies, con el que se pierde apoyo y se hace evidente el peligro de caer en la nada sin-fondo” (Längle, 2005, pág. 60).

Sin embargo, esta clase de angustia, dirá Längle, es inherente a la condición humana, a sabernos seres contingentes y tener conciencia de que nuestro paso por el mundo es algo pasajero, además de no constar con los medios necesarios para hacerle frente a las situaciones que se presenten.

Lo que aumentaría sus niveles sería no tener ninguna clase de sostén que nos permitiera lidiar con tal realidad percibiéndonos como vulnerables e indefensos:

“La angustia fundamental puede ser provocada en circunstancias gravosas para el individuo que afecta su pensamiento, su obrar y sentir, impidiendo el cumplimiento

de sus actos (resultando en la angustia patológica), paralizándolo horrorizándolo o atravesándolo por el pánico. O puede también adoptar la forma de una “rotura en el mundo”[...]La angustia fundamental se experimenta así como un “agujero” en la realidad que asusta”. (Längle, 2005, pág. 60)

De lo anteriormente dicho el psicoanálisis hará referencia al momento de hablar de la *neurosis de angustia*. Con la consideración de que no nos referimos específicamente al concepto desarrollado por Freud¹⁰¹, sino a que posteriormente Jaques Laca extendería con algunos elementos tomados del existencialismo. En ese sentido:

“La angustia se produce ante algo indeterminado, ante lo irreductible de lo real¹⁰². La angustia es señal de lo real. Así el peligro interno no es otra cosa que defensa ante lo desconocido, lo cual es aquello que representa al sujeto en su real irreductible”.

(Correa Uribe, 2008, pág. 76)

La incapacidad de conocer la totalidad de nuestro mundo en su esplendor, así como asumir y sobrellevar cada uno de sus aspectos, es lo que genera la presencia de la angustia.

¹⁰¹ En este sentido, Freud refirió a la Neurosis de Angustia, principalmente, como la manifestación física resultante de la represión de la energía sexual (Correa Uribe, 2008). En este caso se aborda más a profundidad las características neuróticas que los factores que refieren específicamente a la angustia.

¹⁰² El concepto de lo *Real* en Lacan se refiere al estrato que el ser humano no puede conocer del mundo, diferenciándolo del *Principio de Realidad*. Siendo un concepto medular en la obra Lacaniana, para el presente estudio, solo haremos referencia a este cuando alude a la relación presente entre lo humano y su relación con lo real (aquello que se le escapa por los límites de nuestra experiencia) que se encuentra mediada a través del lenguaje.

¿MIEDO, FOBIA, ANSIEDAD O ANGUSTIA POR LA MUERTE?

Como se acaba de revisar en los apartados anteriores, referirnos al miedo, a la fobia, ansiedad y la angustia, nos lleva a cuestionarnos el por qué en la presente tesis se ha elegido hablar del miedo a la muerte, y no de la angustia, fobia o ansiedad ante la misma.

Desde la propuesta de Joaquín Tomas Sábado, en que es mal empleado hablar del miedo a la muerte siendo más acertado el término *ansiedad a la muerte*, podemos señalar que, siendo cierto que existe un desconocimiento acerca de lo que representa el morir y sus diferentes implicaciones, también es cierto que la inactividad y cese de las funciones vitales, además de la certeza de que en algún momento dejaremos de ser lo que somos, ubica un objeto específico al cual temer. No sabemos cuándo ni cómo ocurrirá tal acontecimiento, pero si tenemos la certeza inequívoca de que ocurrirá en algún momento. Dicho de otra forma, la intranquilidad que experimentamos ante el tema de la muerte, es posible ubicarla más del lado del miedo que de la ansiedad. Así mismo, al experimentar ansiedad se cruza por un monto elevado de estrés, lo cual, en el caso del miedo, su presencia no resulta tan elevada. La evidencia sobre la ansiedad a la muerte, hasta el momento, resulta una condición que se circunscribe a un sector de la población determinado y con características específicas (A. Neimeyer, 1997), mientras que el miedo a la muerte puede considerarse una experiencia generalizada y constitutiva del ser humano (Vincent Thomas, 1991). Por lo tanto, podemos hablar de *angustia de la muerte* solo en casos concretos, en cambio *el miedo a la muerte* resulta una experiencia constitutiva de la generalidad de los seres humano.

De igual forma, sería más acertado hablar de la *angustia de muerte*, en donde la incertidumbre acerca del momento en que ocurrirá la aniquilación de nuestra existencia, nos resulta abrumadora. Sin embargo, para referirnos de forma total a dicho concepto, habría que integrar, según Alfred Längle, el factor de la sensación de indefensión, de esa desconfianza

a las capacidades individuales para dar solvencia a la situación amenazante (Längle, 2005). Ciertamente, la realidad es que, directamente, no es posible defendernos de la muerte, sino de elementos concretos que nos pueden dañar. Sin embargo, al experimentar un nivel elevado de indefensión, es cuando podemos hablar de *angustia de muerte*, la cual incapacita por completo a quienes la experimentan. Mientras que en niveles funcionales es cuando puede hablarse de *miedo a la muerte*, de una zozobra que nos lleva a temer el peligro de ciertos eventos, objetos o seres, pero que nos permite también activarnos lo necesario para evitar salir dañados. Ciertamente la época y el contexto que se vive determina si la *angustia de muerte* se presenta en una mayor cantidad de personas, en referencia a la falta de estabilidad brindada anteriormente por los metarrelatos desde la óptica de Längle y Riesman. Aunque, Fernández del Riesgo señalará que el ser humano, a partir del *miedo a la muerte*, generará nuevas narrativas para dar entendimiento y tramite al *memento mori*.

En el caso de la fobia con respecto a la muerte, señalamos que una de las características particulares de la fobia es que llega a detonarse a partir de objetos específicos considerados una amenaza que atenta contra la integridad de la persona. No obstante, como ya se mencionó anteriormente, una fobia incapacita al sujeto para lograr adaptarse de forma orgánica ante una amenaza llegando a denominándose *la enfermedad del miedo*. En este caso no es posible referirnos a una *fobia a la muerte* por que la muerte, en sí misma, no es un objeto definido e identificable. Se experimenta una fobia ante objetos concretos que, aunque de forma irracional, se perciben amenazantes. Por lo que la muerte no entraría en tal categoría.

Por último, para cerrar el presente capítulo, al realizar el presente recorrido sobre el miedo, las fobias, la ansiedad y la angustia, aclaramos y especificamos la intención de la presente tesis, en cuanto a que tales manifestaciones resultan similares, algunas veces hasta

pasan por ser equivalentes unas de las otras. Sin embargo, al relacionarlas al tema de la muerte cobran un sentido muy específico cada una de ellas. El enfoque de se busca profundizar es a partir de la tesis de que el *miedo a la muerte* resulta una experiencia que la generalidad de los seres humanos presentan, que los moviliza, generando una serie de narrativas que buscan darle un sentido a un acontecimiento que tarde o temprano llegará. La ansiedad y la angustia a la muerte, en efecto, son fenómenos concretos que actualmente se están estudiando con detenimiento, aunque son el resultado de la experiencia exacerbada del miedo a la muerte. Por lo que el fundamento de nuestra relación con la muerte va más de la línea del miedo, que de las reacciones anteriormente mencionadas.

EL PASO DE LAS SOCIEDADES GREGARIAS A LA HIPERINDIVIDUALIDAD

A cada generación le gusta reconocerse y encontrar su identidad en una gran figura mitológica o legendaria que reinterpreta en función de los problemas del momento. Hoy Narciso es el símbolo de nuestros tiempos.

Gilles Lipovetsky.

Hablar de los *individuos* lleva a considerar uno de los fenómenos más característicos y representativos tratados con mayor énfasis en los tiempos actuales. Relacionándose con conceptos como igualdad, libertad, igualdad, progreso, democracia, éxito, aburrimiento, depresión, rendimiento, mortalidad; no podrían concebirse fuera de éste proceso de individuación y personalización que comienza a desarrollarse en Occidente aproximadamente a finales de la Edad Media. Con anterioridad a esta época, lo común era encontrar sociedades gregarias, centradas en el ámbito colectivo, social y comunitario, donde la grupalidad representaba el principal fundamento de la idiosincrasia del mundo. Por lo que, para los fines de la presente tesis, se hace necesaria la revisión del paso de un sujeto *colectivo* a uno *individualizado*, desde un punto de vista histórico, para entender cómo se construye la condición del hombre actual, así como sus formas de conducirse y su visión del mundo.

EL PROCESO DE INDIVIDUACION EN LA EDAD MEDIA

La noción de un individuo, atento y centrado en sí mismo, no ha sido un elemento presente en toda la historia de la humanidad. Desde tiempos antiguos, se asumía más una postura colectiva, de una grupalidad que sobreponía las necesidades del conjunto que las de un solo

individuo. Pensarse como un individuo, en un mundo lleno de amenazas y vicisitudes que pudieran atentar en cualquier momento contra su integridad, generaba que se pensara desde la colectividad antes que en la singularidad. Autores como el historiador francés George Duby referirán que esto se debía a que el mundo se mostraba tan amenazante que no era posible lidiar con el individualmente. Por lo que el miedo a *la miseria, al otro, a las epidemias, a la violencia, al más allá*¹⁰³ sostenían y fundaban los lazos de convivencia entre los colectivos. Así, el arraigo a las tradiciones y el traspaso de costumbres de generación en generación suponía una dinámica encaminada a delimitar los peligros presentes en el acontecer diario, sosteniendo la vida social de la época (Duby G. , 1995). De esta manera, tales condiciones no propiciaban que las personas buscaran alejarse de la vida comunitaria¹⁰⁴.

El filósofo español Iñaki Urdanibia afirma que se pueden localizar los comienzos del proceso de individuación en lo que se considera el *asentamiento de la modernidad* en Occidente. Urdanibia afirma que, a finales de la Edad Media (periodo en que la sociedad se encuentra en un *estadio místico*, fundado en la conjunción entre el mundo natural y el sobrenatural, sin una clara distinción entre ambos, y donde el *más allá* tiene mayor peso que el mundo terrenal) e inicios del Renacimiento comienzan a darse “grandes cambios técnicos, científicos y políticos, que vienen a suponer, al mismo tiempo, un juego de signos, costumbres y de cultura que va sedimentando en una nueva estructura social” (Urdanibia, 2011, pág. 41).

¹⁰³ Cabe señalar que en la Edad Media no existía una división entre el mundo cotidiano y el mundo sobrenatural, en el que se convivía con la noción de un mundo supra terrenal, el cual presentaba una interacción determinante en el mundo terrenal.

¹⁰⁴ Sin embargo, es importante señalar que en el texto antes mencionado de George Duby, centrado en los miedos presentes en el hombre medieval y el hombre de principios del siglo XXI, se indica como no existen diferencias tan radicales entre las personas de ambas épocas.

Sin embargo, la idea de que el individuo surgió específicamente en la modernidad es criticada actualmente por los historiadores, que, en una revisión detallada, señalan que desde la Edad Media¹⁰⁵ se logran detectar elementos que apuntan al comienzo de la reflexión consiente de sí mismo. Richard Van Dülmen en su texto *El descubrimiento del individuo 1500-1800*, hace un recorrido en el cómo la noción de individuo y el ámbito privado se fueron desarrollando en distintos momentos de la Edad Media, el Renacimiento y la Ilustración. De esta forma:

“La reflexión sobre uno mismo y el propio destino, no es un fenómeno exclusivamente masculino privativo de las clases altas y medias¹⁰⁶, el hecho de que las iglesias y autoridades insistieran en una confesión (religiosa) clara y consiente y exigieran rendir cuentas...son circunstancias que no solo atestiguan la expansión de los ámbitos privados, sino que también son expresión de una incipiente individualización que tendría su primer apogeo a finales del siglo XVIII”. (Van Dülmen, 1997, pág. 12)

El paso de una sociedad gregaria a una que enfatizara la atención en uno mismo se vio circunscrita, el occidente, por el cristianismo regente en la visión del mundo de las sociedades de la Edad Media. Sin embargo, al mismo tiempo, las practicas promovidas ´por la Iglesia fueron generando espacios que permitieron a las personas comenzar a enfocarse en sí mismos, promoviendo ejercicios de *autoconciencia* que dieran cuenta de que es lo que ocurría en ellos. Dicho lo anterior, se señala a la instauración de la confesión, por parte de la

¹⁰⁵ Convencionalmente, la Edad Media comprende desde el siglo V al XV, iniciado con la caída del Imperio Romano (476) y culminado con el descubrimiento de América (1492), la invención de la imprenta (segunda mitad del siglo XV) y el fin de la Guerra de los Cien Años (1453)

¹⁰⁶ Se ha considerado que a reflexión sobre uno mismo principalmente ha sido una práctica realizada por las esferas altas o con acceso al conocimiento.

iglesia católica como la precursora de que las personas realizaran una constante y minuciosa autoevaluación que tenía como finalidad la *salvación personal*¹⁰⁷. Por lo que el cristianismo presenta una gran importancia en la primera fase del cristianismo.

La confesión y la auto vigilancia

Todo individuo tenía que mostrarse como cristiano en cada aspecto de su vida para lograr alcanzar la *salvación eterna*. La vigilancia del *carácter pecaminoso* contribuía a que los creyentes aceptaran internamente la doctrina de la iglesia en una constante auto-evaluación consiente y minuciosa. Por lo que el *pecado* y la *culpa* siempre iban ligados a este ejercicio que realizaba la persona individual resultando en una *obligación cristiana* de confesar y expiar sus culpas personales. Un esfuerzo encaminado a eludir *la pena del infierno*.

“El proceso de observación y conocimientos propios está íntimamente ligado en la historia europea al proceso de control y disciplina social” (Van Dülmen, 1997, pág. 44). Artefactos de control y disciplina que, de forma indirecta, creo condiciones favorables para el desarrollo de la búsqueda de uno mismo y de la individualidad. De esta forma, las instituciones modernas de la Iglesia, así como el Estado y las escuelas, activaron el proceso de búsqueda de uno mismo a partir del *autocontrol*:

“El refuerzo del monopolio de la enseñanza y de la salvación que detentaba la iglesia y el creciente sometimiento de los cristianos a una doctrina y una moral establecida exigieron de cada individuo cristiano, por primera vez una profesión de fe consiente, la indagación de la propia conciencia y la responsabilidad de las propias acciones”.

(Van Dülmen, 1997, pág. 43)

¹⁰⁷ “Todos y cada uno de los individuos pueden, en principio, -a pesar de la mediación con el sacerdote-, dirigirse directamente a Dios”. (Van Dülmen, 1997, pág. 18)

Por el mismo camino, el Estado y la Escuela entraron al proceso de la reflexión y el análisis racional del propio *yo*. Juntas, las tres instancias, fueron educando a los hombres en el *autocontrol* y el *propio análisis*.

En el caso específico del *pecado y la confesión*, como una práctica realizada de forma constante por parte de los creyentes, fue instaurada a partir del siglo XIII, posterior al *Concilio de Trentos*. Posterior al establecimiento obligatorio de esta práctica, la confesión *voluntaria* de los pecados a un sacerdote consagrado y la realización de una penitencia individual *garantizaba la gracia necesaria para la salvación*. De tal forma, la confesión es considerada como *un instrumento de la constitución moderna de la conciencia*. “El protestantismo¹⁰⁸ no fue el único en hacer una importante contribución a la individualización; también lo hizo el catolicismo, con su cura del alma orientadas a la devoción silenciosa, la investigación de la conciencia y la confesión” (Van Dülmen, 1997, pág. 45). Cabe mencionar que no fue una práctica adoptada de inmediato por la población, tomando su tiempo para ser integrada en su cotidianidad. Paulatinamente se fue estableciendo como parte fundamental para llevar una vida *auténticamente cristiana*, convirtiéndose en un espacio donde se podía hablar sin riesgo, con el *confesor*¹⁰⁹, solicitándole su opinión, consejo o solo prestar una escucha.

La confesión personalizada permitía la enseñanza directa de todos los elementos propios del catolicismo resultando en un *adoctrinamiento y absolución*. “La confesión

¹⁰⁸ Van Dülmen señala que, en la reforma, generada por el protestantismo, fue un punto crucial donde se radicalizó el individualismo cristiano. A partir del rechazo a la antigua autoridad papal “*la salvación del individuo ya no dependía de la mediación del sacerdote y de los sacramentos sino que todo hombre estaba en una relación inmediata con Dios y podía ser participe directo de la gracia*” (Van Dülmen, 1997, pág. 21). De esta forma, se comenzaron a desarrollar las lecturas propias de la biblia; se establecen ideas de la propia responsabilidad, la libertad de conciencia y de autocontrol, siendo éstas fundamentos importantes del protestantismo, tanto del calvinismo occidental como del luteranismo centro europeo. Líneas hiladas por el mismo mensaje: *la responsabilidad personal*

¹⁰⁹ Sacerdote apto para escuchar las confesiones que tenía la obligación de guardar *el secreto de confesión*.

despertó la conciencia del pecado del individuo y demostró el poder de la iglesia para liberar al pecador de su culpa” (Van Dülmen, 1997, pág. 49). Como resultado, la confesión fomentó el proceso de moralización dando pie a la *conciencia del individuo*, una conciencia activa y atenta a los pensamientos, emociones y sensaciones experimentadas de forma cotidiana. Lo particular de establecer una conciencia del individuo en la confesión fue el proceso de presentar testimonio sobre aquellos aspectos considerados pecaminosos, para que el confesor pudiera orientar o establecer una penitencia adecuada, dando pie a hablar de uno mismo. El resultado fue el comienzo de hablar a profundidad y conciencia sobre uno mismo. “En una sociedad en la que no se hablaba de uno mismo [...] el confesor era el único que podía dar consejos morales, incluso en los problemas más íntimos” (Van Dülmen, 1997, pág. 49). Por lo que el confesor resultaba ser el medio para que el confesado adquiriera un conocimiento constante y activo sobre sí mismo.

El Renacimiento

Otro factor generó el descubrimiento del individuo en la modernidad temprana correspondió al surgimiento de una *ciencia del hombre*, derivada de aspectos intelectuales, filosóficos, científicos y artísticos. Paulatinamente se abandona la visión teológica y escolástica¹¹⁰, como visión exclusiva, para ir adoptando una filosofía secularizada, promovida por Rene Descartes¹¹¹ derivando en un *individualismo secularizado*. En este caso, el *cogito ergo sum* de Descartes caracterizó a todas las filosofías seculares de la modernidad temprana, además

¹¹⁰ Filosofía y teología que se enseñó durante el periodo de la Edad Media.

¹¹¹ Cabe mencionar que Descartes, en sus Meditaciones Metafísicas, intenta demostrar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, sin embargo, paralelamente, desarrolla un análisis de la conciencia del individuo, derivando de la autoexploración subjetiva.

de la nueva investigación de la naturaleza y la medicina¹¹² realizada en la época. De esta forma los diferentes abordajes y reflexiones fueron generando una *visión antropológica de la modernidad temprana*, aunque dicha tendencia no se dio de forma sistemática y ordenada. “La acumulación permanente de nuevos conocimientos del hombre, de su cuerpo, de su conducta y de su modo de sentir era contradictoria y fragmentaria [...] no eran producto de un cuestionamiento sistemático” (Van Dülmen, 1997, pág. 70). Aunque dispersa, pero cada vez más presente en las reflexiones y abordajes del tiempo, los temas nodales de la época se encaminaban a el hombre y el animal, el hombre como criatura divina y, a su vez como ser natural, así como la relación entre cuerpo y alma.

De igual forma Urdanibia señalará que esta estructura social, en el insipiente renacimiento, sufrirá gradualmente cambios importantes con respecto a la Edad Media. Las ciencias, por ejemplo, cobrarán un protagonismo igualitario con respecto a las instituciones religiosas imperantes, generando una fuerte fricción entre ambas. Las primeras exaltarán las capacidades racionales del hombre, invitándolo no sólo a someterse y contemplar su entorno sino a convertirse en un sujeto reactivo a él, creando y conduciendo su destino a su libre albedrío. Es así como nacerán los primeros esbozos de un *proyecto universalista de civilización*, sostenido por un optimismo derivado del *progreso técnico-científico*, lo cual generará el nacimiento de un nuevo *sujeto histórico* (los tiempos anteriores se consideran vetustos en comparación al futuro que se muestra liberador y salvífico), que buscará liberarse y ser dueño del entorno natural mediante el uso de la razón (Urdanibia, 2011, pág. 44)

Es en el siglo XVI en que va tomando forma el Renacimiento, un momento histórico que retoma el interés por el hombre, aun considerado una criatura de Dios, el cual comenzaba

¹¹² Se retoma el interés en el cuerpo humano derivado de los estudios de la anatomía, mismo que habían sido abandonados desde la instauración de que el cuerpo resultaba el vehículo del pecado.

por asumir su existencia en sus propias manos, dejando de ser definido exclusivamente por *el pecado original*¹¹³ y la visión *teocentrista*. A partir de las observaciones empíricas de Paracelso¹¹⁴, Cardano y Montaigne, el interés del hombre se centró en *las reflexiones sobre la esencia del hombre en general*. Reflexión que previamente había sido tratada por los griegos siendo dejada de lado cuando el catolicismo entró como la base de la cultura occidental.

El Renacimiento resulta ser un momento de ruptura e interés tanto por la humanidad como por la persona individual, con tintes profanos y también religiosos. En el ámbito profano se expresa en diferentes prácticas ejecutadas en dichos tiempos: cultivo de la biografía; interés científico por el hombre su cuerpo y su carácter; intereses por el arte retratado (retrato); se reprime la reflexión académica, de forma manifiesta y erudita, en favor de las propias observaciones y experiencias (Van Dülmen, 1997, pág. 27). De tal forma que se observa un carácter autorreferencial, ejemplificado en los numerosos autorretratos y las reflexiones literarias en donde se muestra el aumento del interés por ocuparse de uno mismo y de hacer partícipe a los otros. Deja de ser la postura teocentrista la única referencia con el mundo y comienza ser un referente importante el verse a uno mismo. Rasgo manifiesto que adoptarán los humanistas y sabios ligados con la generalización del arte literario desde comienzos del siglo XVI. Tal es el caso de Erasmo de Rotterdam, siendo un ejemplo de dar testimonio de sí mismo en cuanto al abordaje de la vida privada e íntima en cierto *autorretrato psicológico* “Presentados por una clase media de una clase culta en la que el

¹¹³El humano, al ser definido por el *pecado original* se conducía a partir de un desdén por su cuerpo, además de constantemente centrar sus esfuerzos en buscar la redención a través de llevar una *buena vida cristiana*, vigilando que las pasiones no se apoderaran de él.

¹¹⁴ De nombre Theophrastus Phillippus Aureolus Bombastus Von Hohenheim, Paracelso fue un médico que nació cerca de Zurich, Suiza en 1493. Interesado en la astrología y la alquimia, su principal aporte a la medicina fue la creación de las primeras drogas basadas en químicos y minerales. Además creía que las enfermedades provenían del exterior, por lo que creó diversos remedios minerales con los que el cuerpo podría defenderse. (Moreno, E. Ramirez, De la Oliva, & Moreno, 2019)

dominio de la escritura [...]la introspección era expresión de una acusada reflexión literaria y erudita” (Van Dülmen, 1997, pág. 35)

Además, se considera al humano como un *ser social* que no puede vivir en soledad, sino que requiere de la compañía de otros, siendo la interacción un fundamento determinante en nuestra condición en sus diferentes manifestaciones. En este caso, se comienza a cuestionar la visión que el trabajo había presentado anteriormente. “El trabajo deja de ser una maldición divina para convertirse en un instrumento para la transformación del mundo en beneficio de todos” (Van Dülmen, 1997, pág. 74). Así, la capacidad de perfeccionarse del ser humano se vuelve una convicción básica del Renacimiento manifestándose una incipiente postura de progreso.

En este caso, Paracelso referirá que *el hombre es del mundo terrenal* ya que sin el mundo no podría subsistir, por lo que requiere de elementos terrestres. Comienza a resurgir el *interés por el cuerpo individual y por el asiento del alma*, a través de una búsqueda de la medicina por curar el cuerpo indagando en el microcosmos de los organismos. Por lo que la fisonomía comienza a tomar una gran relevancia en la búsqueda por indagar en los componentes y características del cuerpo humano¹¹⁵. En este caso, la figura humana es retomada por Leonardo da Vinci, Alberto Durero y Miguel Ángel, volviéndola su objeto de inspiración y estudio artístico. Deja de ser un tabú el centrar la atención al cuerpo para volverse un objeto de admiración y asombro.

¹¹⁵ Una de las obras principales de la fisonomía temprana se debe al médico napolitano Giovanni Battista della Porta.

La Ilustración y el proceso de individuación

En los siglos de la Ilustración, en cuanto al *descubrimiento del alma*, fuera del ámbito exclusivo de la salvación propuesto por la iglesia católica, comienza un *interés por el hombre interior* en lo referente a sus motivaciones, elementos subjetivos e intrapsíquicos. Siendo anteriormente un asunto especulativo de la filosofía, se da el nacimiento de una nueva psicología como *ciencia de la experiencia anímica* en la segunda mitad del siglo XVIII. Una experiencia que va interesando al hombre de la época que, ya empezando a hacerse cargo de su propio destino, emprende una introspección que tiene como objetivo de alcanzar el autodomínio de sí.

“Un hombre individual se hace más perfecto mediante el conocimiento de sí mismo” (Van Dülmen, 1997, pág. 84). Este hombre moderno encuentra en la incipiente psicología la *ciencia del individuo moderno*, “rompía así con la tradición de la reflexión filosófica. Antes de poder hablar de los hombres y de su alma primero era preciso observar e investigar ésta con mayor exactitud” (Van Dülmen, 1997, pág. 85). Exactitud que estaba impulsada por la búsqueda de la verdad y los hechos intrapsíquicos, a partir de las observaciones neutrales e imparciales. Por lo que los sentimientos las pasiones e instintos subjetivos se convierten en los temas centrales de las investigaciones psicológicas¹¹⁶. “El descubrimiento de la subjetividad del hombre fue tan central en la ilustración como la lucha por la dignidad y los derechos humanos” (Van Dülmen, 1997, pág. 85), estableciendo una de las bases más importantes para el humanismo.

El impulso más poderoso al descubrimiento y desarrollo del individuo moderno radicó en la formulación de los derechos humanos, a finales del siglo XVIII, siendo el centro

¹¹⁶ Ya a finales del siglo XIX se sentaron los fundamentos de las corrientes psicológicas que conocemos en la actualidad.

del discurso ilustrado referente al individuo. “El discurso sobre el individuo que actuaba autónomamente tuvo consecuencias sociopolíticas directas en los lugares [...] superados social y políticamente por la burguesía emancipada” (Van Dülmen, 1997, pág. 145).

Aunque Estado e Iglesia anteriormente eran uno solo, siendo defensores de las ideas colectivas, rechazando toda postura que promovieran el egoísmo evitando que existiera la propiedad individual, el creciente auge sobre los derechos humanos generó la emancipación e incipiente secularización del primero referente al segundo. El estado, en su separación, se interpretó como una *creación consiente de la razón* fortaleciendo la posición jurídica de los individuos, anteriormente diluida dentro del pensamiento religioso. De tal forma que en el siglo XVII la libertad económica y comercial del Estado dio pie, a su vez, a la libertad de individuo. Todo comenzaba a fundamentarse en una razón secular. El Estado como *producto de la razón humana* que garantizaba la supervivencia.

Instrumentos para la auto observación

Derivado del reciente interés hacia el mundo subjetivo de los individuos es que comienza a desarrollarse la *autobiografía* como una herramienta que permitiera la autoobservación minuciosa y detallada de uno mismo. En conjunto con la correspondencia privada y la implementación de diarios, se fue hablando de la cotidianidad de algunos individuos. Es así que la *atención al Yo* plasmada en las autobiografías representaba uno de los géneros literarios más importantes a finales del siglo XVII. Los motivos por los que se redactaba una autobiografía eran muy diversos. Desde escribir a la descendencia para que los recordaran; denunciar o justificar ciertas acciones realizadas en vida; generar una reflexión sobre sí mismos, entre otros:

“El grado de reflexión sobre uno mismo es muy diverso en las distintas autobiografías, pero todos los autores eran conscientes de que el yo era algo único y que la vida solo podía entenderse en su contexto sociocultural. La reflexión sobre uno mismo, sobre los padres, la niñez la escuela y las correspondientes situaciones y sentimientos transmitía a los autores confianza en sí mismos y conciencia de sí mismos. Este proceso de conocimiento propio, que por lo general tenía lugar en la soledad ante el escritorio y a través de la escritura, se convirtió en un acto de liberación frente a la tradición de los padres, de la ciudad o de la iglesia”. (Van Dülmen, 1997, pág. 97)

Emancipación de la colectividad, de la tradición, de lo antiguo y que no esté ligado al progreso, serían los motores que promovieran la exploración de uno mismo, para generar un cierto autodomínio de sí. El ámbito de lo privado, el silencio y la auto contemplación, resultarían conductas cada vez más aceptadas de forma cotidiana, siendo hiladas por el *interés por uno mismo*.

Previamente, el *Bien Común* resultaba ser el concepto central del pensamiento político y social de la *baja Edad Media*¹¹⁷ y de la *modernidad temprana*, por lo que el beneficio propio y egoísta era una conducta desacreditada oficialmente. El bien común constituía la esencia de todo gobierno, Estado cristiano y la buena política, regulando el buen comportamiento individual garantizando el derecho y la paz. “El hombre está inclinado al vicio (pecado) e impone con demasiada presteza su propio beneficio a costa de otros debe obligársele a observar el bien común” (Van Dülmen, 1997, pág. 124). Partir de que el

¹¹⁷ Considerada entre el siglo XIV y XV d.C.

hombre, contaminado por el pecado original, es un ser que tiende hacia el vicio, el deseo y la maldad generaba que no se permitiera priorizarse a sí mismo antes que a la colectividad¹¹⁸.

Manifestándose en la cotidianidad, todas las acciones que las personas realizaban tendrían que considerar al otro, anteponerlos a las necesidades individuales. “Todo gremio que vendiera demasiado caros sus productos y todo comerciante que aspirara a crear un monopolio a expensas de la comunidad era acusado de manipulación en beneficio propio y podía ser sancionado por eso” (Van Dülmen, 1997, pág. 124). Aspirar a la riqueza individual era considerado un acto vil, imperdonable, mal visto en las esferas públicas y castigado por las autoridades. Esto derivado de que la meta social de aquel entonces se refería a *garantizar la subsistencia* de la comunidad es su totalidad.

Posteriormente se localiza la inversión del orden del bien común al individualismo económico dado en Inglaterra orientado al propio interés buscando lograr la riqueza de las naciones. Aunque también intervinieron factores como: integración gradual sobre el interés propio y las pasiones; nueva valoración de la naturaleza humana; inicios de la protección del derecho individual (jurisprudencia individualista¹¹⁹); discusión filosófica obre el egoísmo. De tal forma que comienza a generarse una apropiación social de las nociones individuales, dejando de asumirlas como expresiones de los vicios pecaminosos del humano. Por el contrario, se comienzan a exaltar las cualidades derivadas del individuo. “Jamás ha existido un interés común sino siempre y en todo momento un interés propio y es únicamente el propio interés el que obra que no se carezca de nada en la tierra” (Van Dülmen, 1997, pág. 125). Ya

¹¹⁸ Ciertamente los *pecados capitales* referirán a conductas que se encuentran relacionadas con dejar fluir libremente los deseos y apetitos individuales, principalmente el Orgullo, referente a la sobrevaloración con respecto de los demás, infravalorando el contexto.

¹¹⁹ Considerar a las personas, en términos jurídicos como individuos responsables de sus actos, dejando de lado la postura colectivista en donde el acto de un familiar aquejaba a todo el conjunto.

no se debía favorecer a los gremios económicos, sino a los individuos, en lo particular. Esto con la intención de reforzar el sentimiento de responsabilidad individual, por el bien del Estado.

Como ejemplo se puede encontrar al *Derecho natural y de gentes*, de Samuel Von Pufendorf ¹²⁰en el que se discute la interacción entre el bien común y el egoísmo en busca de enumerar las características intrínsecas de éste último dentro de la colectividad. La intención de problematizar al egoísmo fue la de señalarla parte necesaria de todo ser vivo, incluido el humano, para la auto conservación. “No hay nada más sincero, en cualquier criatura que su voluntad, deseo y su empeño de conservarse a sí mismos” (Mandeville, 2005, pág. 129).

Individualidad y el matrimonio

El aumento de la perspectiva del interés propio resulto en una nueva concepción del matrimonio, que cambió de ser un acontecimiento público y social a un acto privado e individual. Siendo anteriormente la única forma de convivencia entre sexos en que podía legitimarse la sexualidad se establecía a partir de acuerdos entre familias, con fines económicos y políticos. Además de no estar ligado a la atracción y el amor mutuos, pero si a una obligación de confiar y ayudarse mutuamente resultando en una *unión para toda la vida*. Uno de los valores principales del matrimonio se circunscribía al de la *procreación*, por lo que la falta de descendencia era considerada un defecto. “Los solteros estaban al margen de la sociedad honorable” (Van Dülmen, 1997, pág. 128). Sin embargo, desde la edad media

¹²⁰ Samuel Pufendorf nacido en Sajonia 1632, fue uno de los tratadistas más importantes de la Escuela Racionalista de Derecho Natural alemana, el cual propuso una visión antropológica y social del hombre, resultando en una reflexión sobre como la individualidad no se encuentra separada del bien común. (Biblioteca Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM)

hasta principios del siglo XIX es que se fue desarrollando un cambio de conceptualización con respecto al matrimonio. Paso de ser un asunto entre familias a una cuestión de la *pareja*. Aunque se centraba en el matrimonio patriarcal, a la mujer se le asumía como colaboradora.

De tal forma que el *matrimonio civil* se introduce por primera vez a finales del siglo XVIII, además del *amor romántico*, los cuales tienen su fundamento en la ilustración. “Los ilustrados exigieron una concordancia de espíritu, una cierta igualdad en nuestras opiniones e inclinaciones, un afán íntimo de agradar al otro, de poseer todo su corazón, toda su estima” (Van Dülmen, 1997, pág. 129). Fu a partir de tales posturas y exigencias que comenzó a hablarse de *amor matrimonial*, al menos en las clases sociales burguesas. Se buscaba encontrar un estilo de vida individual que no estuviera atada a las convenciones sociales.

De forma paralela, se comenzó a tener la posibilidad de la separación entre los conyugues. Aunque en un principio se daba en raras ocasiones¹²¹, fueron en aumento como reacción al modelo tradicional del matrimonio eclesiástico convenido entre familias. El Estado y la Iglesia buscaron convencer a los padres de no casar a sus hijos por interés propios, buscando evitar el conflicto familiar, que representaba una problemática social. Por ende, se comenzaron a dar los matrimonios en que las involucrados comenzaban a elegir libremente sobre su pareja para contraer matrimonio. No se pierda de vista que tales cambios fueron desarrollándose en las esferas sociales más acomodada, tardando en expandirse en los estratos menos favorecidos.

Estas nuevas uniones, constituidas de forma voluntaria entre los involucrados, dieron paso a las *familias nucleares burguesas* del siglo XVIII. Consideradas el lugar del nacimiento

¹²¹ La principal idea que englobaba al matrimonio, antes exclusivamente eclesiástico, refería a que “*lo que dios unió no lo separe el hombre*” Mateo 19,3-12. Por lo que pensar en la separación en un matrimonio era susceptible a penalizaciones graves por parte de la iglesia.

de la individualidad moderna, estas clases de familias favorecían la educación de los hijos que se encontraba orientada al desarrollo individual y a la competencia, por lo que se dio un retiro de los contextos vitales tradicionales concentrándose en la vida familiar de forma privada. Los ingresos estables que percibían las familias burguesas permitían que pudieran configurar por si mismos su vida y futuro, retirándose de los intereses colectivos y aislándose paulatinamente del mundo exterior. Así, se dio una restricción de los hijos a desenvolverse solo en los espacios de hogar, resultando en la constitución de un espacio interno de intensos vínculos y sentimientos.

Los castigos y correctivos aplicados tenían el cometido de despertar la inteligencia interna de los hijos buscando la interiorización de las normas de la constitución de una conciencia. Como resultado, se buscaba el desarrollo intelectual de los hijos buscando que éstos alcanzaran un estatus igual o mayor al de los padres: *la educación como forma de acenso social*. Todo esto dependía del mérito individual, en la construcción de un futuro diseñado y promovido por uno mismo. En cuanto a la convivencia y la vida con el grupo social desempeño un escaso papel en la burguesía culta. En el siglo XVIII fue sustituida por las relaciones amistosas con personas afines (Van Dülmen, 1997, pág. 132). “El principio del acenso mediante el mérito individual. condujo a la individualización y a la disminución de la importancia de las estrategias y relaciones de la vida colectiva” (Van Dülmen, 1997, pág. 132).

Las instituciones escolares

En el ámbito escolar, en cuanto al desarrollo intelectual de los jóvenes, se convirtieron en unas de las principales personas de referencia. “Las instituciones educativas de la sociedad burguesa, la familia nuclear y la escuela impulsaron este proceso de individualización y al

mismo tiempo transmitieron normas que contribuyeron a controlarlo y limitarlo” (Van Dülmen, 1997, pág. 133). Por lo que una de las formas de promover la individualización de los estilos de vida fue el trato con la escritura (los libros), cada vez más frecuentes a partir de siglo XVI. Éstos desempeñaron un papel considerable para que las personas se fueran asumiendo como individuos.

Aunque el proceso de alfabetización no era generalizado (no tomando en cuenta a la población rural, mujeres, clases bajas), si iba en aumento. No solo fortaleció el proceso de emancipación, sino también el de generar una autoconciencia prestando atención al propio yo.

“Todas las actividades pre modernas se desarrollaron, en gran parte, de forma colectiva: el trabajo, el ocio, incluso el aprendizaje, pero la lectura y la escritura, actividades nuevas que se hacían en silencio, eran siempre un acto individual que podía llevarse a cabo fuera de los espacios tradicionales”. (Van Dülmen, 1997, pág. 134)

Fuera del tumulto constante y cotidiano de la muchedumbre, las personas fueron poco a poco familiarizándose consigo mismos a partir de la introspección, de identificar los signos y señales internas que anteriormente eran imperceptibles. Por tal razón, la lectura y la escritura resultaron formas de expresión de la vida individual.

Otro de los elementos que manifestaba los gustos y expresiones caracterizadoras de cada individuo fue el *vestido*. Éste comenzó a resultar una demostración de los gustos individuales dejando de lado la vestimenta designada para diferenciar de forma jerárquica modificando así el estándar de moda de la época. Tales acontecimientos fueron dándose en el siglo XVIII en el territorio inglés buscando subrayar el *principio de igualdad* que promovía el mundo burgués.

Por otro lado, el ámbito de la *vivienda* también resulto una forma de expresar la individualidad de los pobladores. “Con la revalorización de la vida familia, se fue desarrollando poco a poco, en Inglaterra, una separación entre el ámbito de la vivienda y el ámbito del trabajo” (Van Dülmen, 1997, pág. 136). Dichos ámbitos anteriormente se encontraban directamente ligados, sin embargo, esto fue modificándose a partir de la necesidad de privacidad de cada uno de los integrantes de las familias. La implementación de dormitorios para los padres, hijos y servidumbre fue un ejemplo de ello. “Gracias a esto, existió, por primera vez la posibilidad de retirarse, condición para el cultivo de la propia persona” (Van Dülmen, 1997, pág. 136), dando pie a los *primeros sentimientos de soledad*.

Pensar por uno mismo: la autonomía

Es notable que paulatinamente, a partir de la Ilustración, se va adoptando un pensamiento autónomo, dejase de orientar a partir de la tradición y la colectividad, fomentando más la libertad y encaminándose a una visión de progreso. La independencia y la libertad resultan los principales fundamentos que llevaran a los individuos a una *mayoría de edad* en cuanto a su existencia (Van Dülmen, 1997, págs. 146-147). De tal forma es que se dio una forma de responsabilidad en términos subjetivos:

“La más importante revolución de la interioridad del hombre se produce cuando éste abandona la minoría de edad de la que el mismo es responsable. Ya no son los otros lo quienes piensan por él y a quienes el imita, ya no se deja llevar por andadores; ahora se atreve a avanzar por sí mismo sobre el suelo de la experiencia, aun si vacila todavía. Pensar por sí mismo es, por supuesto, una aplastante responsabilidad, pero es, primordialmente, buscar la suprema piedra de toque de la verdad en sí mismo”.

(Kant, 1786, pág. 15)

Deslindarse del pensamiento colectivo para dar paso a la asunción de pensar por uno mismo involucra fomentar la educación del sí mismo. Por lo que se exhortaba al ilustrado a no quedarse solo con la formación escolar. “Tú mismo eres lo que a partir de todo creaste, formaste y deviniste para ti mismo, tu eres para ti mismo tu propio creador y tu criatura” (Gottfried, 1889). Para auto educarse en tales épocas había un constante flujo de publicaciones periódicas, libros de divulgación y obras literarias que permitían que los intelectuales del momento se mantuvieran activos, generando reflexiones sobre sí mismos a partir de la interacción con otros autores a fines a las líneas de pensamiento. De tal forma que el pensamiento y formación autónomos daban como resultado el generar elementos para una realización personal.

Diferente a la visión tradicional de sospechaba de las acciones solitarias y egoístas que una persona podría realizar, la burguesía, que se centraba en los hombres, fomentó la introspección en términos intelectuales y espirituales. Uno de esos espacios fue en el ámbito literario, en la *novela de formación en aspectos ilustrados*. Resultaban ser novelas circunscritas en una discusión filosófica en torno al hombre a partir de sus capacidades racionales y sensibles. De esta forma, resulto ser un contexto en donde se definió a la *persona individual*, una persona que es ella misma si y mientras se experimenta como tal. Uno de los primeros ejemplos de ello fue la novela de Daniel Defoe *Robinson Crusoe*, de 1719, que encarna la incipiente fe ilustrada en el progreso e individualismo puritano Burgués capaz de dominar cualquier situación. Es el libro clásico que representa la dominación de la naturaleza por el *Homo Faber*.

Por lo tanto, observamos el paso de una postura centrada en lo colectivo, impregnada de un constante temor por la naturaleza y por el extrañamiento de los fenómenos tanto internos y externos, a una postura que paulatinamente comienza a centrarse en lo individual,

enfocando su atención en las necesidades, deseos e intereses particulares y personales. La *mayoría de edad* a la que hace referencia Dülmen, en cuanto a la adopción de una atención e indagación dentro de uno mismo, va desarrollándose en el marco de una *auto vigilancia minuciosa* para dar cuenta de manifestaciones internas que pudieran asociarse con él pecado. Sin embargo, a la par de dicha postura se va desarrollando un reconocimiento sobre la vida interna de cada persona, independiente de la gregariedad fomentada durante la época. De esta forma, comienza por darse una gradual e irrefrenable tendencia a priorizar la postura personal de cada individuo, dejando de centrarse exclusivamente en la grupalidad, como se mencionó en los apartados anteriores. Ahora pasemos a revisar cuales son los elementos que distinguen los tiempos en lo que el individuo comenzó a ser el punto central.

DE LA INDIVIDUALIDAD A LA HIPERINDIVIDUALIDAD

El individuo y la modernidad

Posterior a los inicios de los ejercicios introspectivos que fueron desarrollándose a partir de la autoobservación, el matrimonio, la confesión y otras prácticas antes mencionadas entre los siglos XV y XIX, la tendencia de las sociedades occidentales se enfocó en profundizar sobre los deseos, necesidades y anhelos pertenecientes a los individuos. Todo esto derivado de los acontecimientos que fueron guiando a los individuos a convertirse en sujetos *reactivos a su entorno*, sujetos encaminados por la directriz del ideal del progreso que, mediante una incipiente visión tecno-científica, llevaría a la humanidad a su liberación de los poderes naturales y sobrenaturales que anteriormente lo sometían.

Este *sujeto histórico* buscaría liberarse de todas las ataduras que anteriormente lo maniataban, para así convertirse en el dueño del entorno natural que le rodea, así como de sí mismo, a través de la principal herramienta en turno: la razón. De esta forma,

“Se inició una visión antropocéntrica en la que el *hombre moderno* fue cobrando conciencia de sus propias capacidades creadoras y manipuladoras de la naturaleza a partir de la revolución científica y el consecuente desarrollo de las ciencias experimentales, además de la matematización del universo”. (Fernandez del Riesgo, 2011, pág. 78)

Por lo que la tendencia que anteriormente se generaba por sujetarse a las tradiciones guiando a las colectividades, dieron paso a la idea de buscar un provenir en que cada persona pudiera decidir sobre su propio destino posibilitando la construcción de una *sociedad sin fundamentos divinos*.

A mediados del siglo XVIII y principios del XIX, con el comienzo de las distintas luchas sociales¹²², se busca el establecimiento de la libertad y la igualdad como derechos y valores fundamentales para todo ser humano, por lo que aparecen los primeros esbozos de la constitucionalización de una sociedad democrática que se encuentre en manos del pueblo, desplazando la monarquía absoluta imperante hasta esos momentos. Así se inicia la organización de una sociedad político-burocrática que, teóricamente, permitiría la participación activa y el consenso de la ciudadanía en las decisiones colectivas. Se parte del entendido de que la sociedad, en su conjunto, tendrá como propósito la búsqueda de *un mundo mejor*, accesible a todos, guiado por la razón y las herramientas tecno-científicas. Todo acto y sacrificio, de esta manera, quedaría justificado por el ideal de *un mundo mejor* guiado por las manos de individuos que fueran dueños de sí mismos. La búsqueda de la libertad para potencializar las capacidades humanas estaría enmarcada por los principios de racionalidad, objetividad y para un futuro mejor.

De igual forma, en términos comerciales, la división de trabajo, por el acenso de la creciente clase media acomodada, mencionada anteriormente, e integrada por artesanos, mercaderes, agricultores y hombres dedicados a las artes liberales (matemáticas, aritmética, astronomía, música, etc.), propiciaron un cambio en las costumbres y la cultura de las sociedades anteriores dando pie a que estas pudieran trabajar de forma libre para buscar su propio beneficio. Por lo tanto, este *individuo* se establece en un *modernismo* que

No es más que un aspecto del amplio proceso secular que lleva al advenimiento de las sociedades democráticas basadas en la soberanía del individuo y del pueblo, sociedades

¹²² En 1789 estalla la Revolución Francesa.

liberadas de la sumisión de dioses, de las jerarquías hereditarias y del poder de la tradición. (Lipovetsky, La era del vacío, 2015, pág. 86)

Dicha modernidad estaba encaminada a emancipar al ser humano de las fuerzas externas que lo limitaban. Por lo que el paso siguiente dentro de su proyecto de un *futuro mejor* se refería a emprender un abordaje minucioso sobre *la vida interna e intrapsíquica* de los individuos. ¿Qué es lo que ocurre dentro del ser humano? ¿Qué es lo que lo constituye y lo hace ser él? Cuestionamiento que fundan tanto movimientos científicos, intelectuales como artísticos guiados por el impulso de indagar sobre preguntas que anteriormente eran respondidas desde las religiones.

Los aspectos intrapsíquicos se volvieron un tema nodal en la segunda mitad del siglo XIX y todo el siglo XX. Era fundamental conocer, objetiva y racionalmente, que era lo que constituía al individuo como tal, alejándose, por un lado, de las explicaciones religiosas y filosóficas acerca del alma. No fue una coincidencia que los estudios sobre la psique humana, independientes del ámbito filosófico, se desplegaran en la segunda mitad del siglo XIX¹²³, abriendo un espacio para el estudio y análisis de aquellos elementos internos que formaban, y forman, parte de los individuos. Por lo que todos los procesos intrapsíquicos se vuelven un tema sumamente recurrente abordado en la época, con la finalidad de indagar acerca de las particularidades que constituyen a los individuos.

Un ejemplo de ello lo encontramos en los diferentes estudios revolucionarios que se efectuaron acerca de las características presentes en el *mundo subjetivo* efectuados, principalmente desde el psicoanálisis. Freud, en una de sus primeras obras, *La interpretación*

¹²³ Se establece el nacimiento de la psicología científica: “a partir de la segunda mitad del siglo XIX el aumento de los conocimientos sobre la anatomía cerebral hicieron que los procesos mentales se entendieran en mayor medida como consecuencia de la biología” (Grandío, 2020).

de los sueños (1900), además de introducir las primeras nociones del concepto de *inconsciente*¹²⁴, hablará sobre la necesidad de analizar e interpretar los sueños de los sujetos, para así poder resolver los conflictos que les aquejan y, sobre todo, entender mejor manera la estructura del inconsciente y, a su vez, la totalidad de la vida intrapsíquica de estos.

Por consiguiente, en el siglo XX, considerada una época de grandes acontecimientos que redefinieron el rumbo y el pensamiento de la sociedad occidental, resulta ser el marco en el que se acrecientan las tendencias del abordaje sobre el tema del individuo. El *culto a la singularidad* que llega a ser propuesto por Rousseau (Lipovetsky, *La era del vacío*, 2015, pág. 83), donde se exaltan las cualidades del *yo*¹²⁵, buscando la expresión y exaltación de las pasiones, además de la manifestación libre y vívida de los placeres de los sentidos. Es decir, lo inédito y auténtico del presente comienza a permear, de forma generalizada, en los diferentes grupos artísticos e intelectuales. Como consecuencia, los valores burgueses vigentes, son atacados por la nueva ola de *artistas renovadores y librepensadores*, que buscan legitimar un individualismo carente de toda atadura, que tuviera como objetivo principal el hedonismo (Lipovetsky, *La era del vacío*, 2015, pág. 83 y 84).

Cada uno de los movimientos que enfatizaron la importancia del individuo, fuera desde las prácticas instauradas desde la religión y la auto vigilancia; los movimientos tecnocientífico y el abandono de las tradiciones; los movimientos artísticos (surrealismo) y las ciencias Psi que enfocaron en la vida interna los sueños y los placeres, dieron forma a las posturas que se adoptaron en los años siguientes del siglo XX. En un análisis minucioso de

¹²⁴ Un concepto que, en su surgimiento, dio mucho de qué hablar, ya que indicaba que existen instancias intrapsíquicas dentro de los individuos de las cuales no se tiene conocimiento y que, además, determinan gran parte de sus comportamientos. Por lo que el individuo no llega a ser dueño por completo de sí mismo.

¹²⁵ Refiriéndonos al *Yo* como una instancia que presenta una conciencia de sí mismo, distinguiéndose del *Tu* o del *Él*, distinguiendo sus particularidades y características.

tales épocas, Gilles Lipovetsky menciona que las inclinaciones hacia el abandono de las tradiciones vigentes, la firme intención de alcanzar y describir la máxima libertad en busca de lo inédito a partir de la constante innovación y la satisfacción inmediata de los placeres, empatan con la:

“Aparición del consumo en masa en E.U.A en los años veinte, lo que convirtió el hedonismo, que hasta ese momento fue patrimonio de una minoría de artistas e intelectuales, en el comportamiento general en la vida corriente; ahí reside la gran revolución cultural de las sociedades modernas”. (Lipovetsky, *La era del vacío*, 2015, pág. 84)

Por lo tanto, la masificación de la atención por uno mismo se potencializa en la segunda mitad del siglo XX. “Desde los años 50, la sociedad americana e incluso la europea se mueve alrededor del culto al consumo, al tiempo libre y al placer” (Lipovetsky, *La era del vacío*, 2015, pág. 83 y 84). De esta forma se instaura una cultura centrada en impulsar la búsqueda individual y personalizada para alcanzar la *realización personal*, mediante la libertad, la espontaneidad, la satisfacción inmediata de los deseos. El estar atentos a los aspectos internos, pensamientos, emociones y sentimientos, se vuelve una directriz con la que se guiarán las sociedades en tiempos venideros.

En los años posteriores el proyecto moderno se mantenía como *la solución* que permitiría a los hombres alcanzar la libertad y felicidad a través de sus propias manos, fuera ya de los obstáculos de creencias que limitaban sus capacidades y potencialidades. La constante conquista de *la libertad*, a partir de los acontecimientos ocurridos y que hemos mencionado anteriormente, ocasionaba que el ser humano se sintiera optimista y cada vez más cercano a llegar a concretar su *paraíso terrenal*, excluyendo de él por completo, al

sufrimiento y al dolor del mundo permitiendo que la felicidad fuera accesible para todos, logrando lo que los metarrelatos no habían conseguido.

Sin embargo, los acontecimientos que se suscitarían en tales tiempos anularían esos aires de optimismo, demostrando lo inasequible de tal visión emancipadora. Desde la perspectiva de Erich Fromm, la aparición del totalitarismo en distintas partes del mundo; el holocausto nazi, con sus delitos cometidos desde una orientación *lógico científica*; las crisis capitalistas; las brechas cada vez más marcadas entre países del primer y del tercer mundo mostraron el lado destructivo, desfavorable y decadente del proyecto basado en el progreso para llegar *a una humanidad mejor* (Fromm, 2011). Por lo que, el resultado fue la caída de las visiones utópicas y optimistas del proyecto moderno, surgiendo un desencanto que, paulatinamente, generó el cuestionamiento de si los individuos realmente tenían las capacidades necesarias para guiarse hacia ese provenir que habían determinado tiempo atrás.

Para Lipovetsky, dichos acontecimientos por sí solos no pudieron haber generado este desencanto por el proyecto moderno y el futuro:

“Ni los fracasos ni las catástrofes de la modernidad político- económicas habrían podido nunca, por sí solas, causar la ruina de los metarrelatos si no hubieran aparecido masivamente nuevos sistemas de referencia para remodelar las mentalidades, para ofrecer nuevas perspectivas a la existencia [...]La consagración del presente ha venido con la revolución de la vida cotidiana, con las profundas alteraciones, impulsadas por el último medio siglo, de las aspiraciones y formas de vida. En el centro de la reorganización del régimen del tiempo social está el paso del capitalismo productivo a una economía de consumo y comunicación de masas el relevo de una sociedad rigorista y disciplinaria por una “sociedad moda”, reestructurada de arriba

abajo por las técnicas de lo efímero, la renovación y la seducción permanente”.

(Lipovetsky, Los tiempos hipermodernos, 2008, págs. 62-63)

Siendo que las distintas dinámicas sociales fueron centrándose en que los individuos dispusieran de sus tiempos para la búsqueda de su autorrealización, el entretenimiento, el consumo y el espectáculo se convirtieron en los parámetros principales. De igual forma, el culto por el aquí y el ahora, la constante innovación a partir de lo efímero, además del haber establecido al deseo de los individuos en un objetivo a satisfacer, se convierten en los principales ejes de la estructura y las dinámicas sociales. Todo lo anterior derivado de la caída que presentaron los discurso religiosos y políticos que, tiempo atrás, movilizaban a las sociedades señalando las formas de conducirse a partir del *deber ser*.

Los años venideros mostraron que la tendencia por lo inédito establecía, dentro de sus fundamentos, que aquello que se instituía como nuevo inmediatamente perdía su encanto, volviéndose obsoleto, viejo y caduco. Desde el movimiento artístico *Dada*, en el que el propio arte se hundía a sí mismo y exigía su destrucción y su inmediata renovación, ya se vislumbraba esta tendencia generalizada en toda la sociedad, en la que se ve la contradicción de una cultura que muestra su principal objetivo el generar sin cesar algo nuevo y distinto. Al término del proceso, produce lo idéntico, el estereotipo cayendo en una monótona repetición (Lipovetsky, La era del vacío, 2015, págs. 81-83). Lo nuevo resulta la guía que encamina a la técnica, la ciencia y el proyecto prometeico de esos individuos en busca de la emancipación de las fuerzas de la naturaleza. Aunque tal optimismo, no duraría lo suficiente, dando paso a otras manifestaciones mismas que revisaremos a continuación.

EL HIPERINDIVIDUO

Considerando lo dicho sobre el proceso antropocéntrico en que las personas comenzaron a centrarse en sí mismas, en su autorrealización y futuro, se dirá que todo esto conformó el proceso del individuo moderno. Sin embargo, la noción referente al individuo adoptaría cambios considerables en un futuro (psicologización del mundo, rendimiento, autorrealización, entretenimiento, autoexigencia, consumismo, etc), que darían paso a lo que Lipovetsky denominó: *hiperindividuo*. Fuera de la búsqueda por el dominio de nuestro entorno, se emprende, principalmente, la búsqueda por el control total de uno mismo:

“En la actualidad, la obsesión con uno mismo no se manifiesta tanto en la fiebre del goce como en el miedo a la enfermedad y a la edad, en la medicalización de la vida.

Narciso no está tan enamorado de sí mismo como aterrorizado por la vida cotidiana”.

(Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal*, 2003, pág. 27)

El sujeto hiperindividualizado se siente amenazado por su cuerpo, por un entorno social que se percibe *agresivo*. Sin embargo, es importante, primeramente, explicar los diferentes elementos que componen la idiosincrasia del hiperindividuo, antes de adentrarse a la aparente fragilidad que presenta ante el mundo. Ya Kant había considerado la importancia de asumir la mayoría de edad y de asumir la responsabilidad de nuestra existencia, en cambio, el hombre hiperindividualizado, o neo individualista¹²⁶ no solo estará reducido al hedonismo o psicologismo, sino que estará evocado a un trabajo de construcción de sí en dos aspectos: la toma de posesión de su cuerpo y la toma de posesión de su vida. Hacerse cargo de ambas aristas resultaría algo nuevo históricamente hablando. “Se da un rechazo prometeico del destino y la invención de uno mismo, son vía social trazada de antemano” (Lipovetsky,

¹²⁶ Lipovetsky referirá en su obra al Hiperindividualismo y al neoliberalismo como equivalentes.

Metamorfosis de la cultura liberal, 2003, pág. 27). Se da entonces una exigencia de gobernarnos a nosotros mismos a partir de la indeterminación del futuro y combatiendo contra lo ya dado. Todo esto a partir de la desaparición de las formas sociales que anteriormente dirigían y restringían el *deseo de a autonomía*. Como resultado se comenzó a dar una construcción a la carta del entorno personal.

Sin embargo, la búsqueda la autonomía y movilidad para la construcción de nosotros mismos tiene consecuencias en términos intrapsíquicos. Aumento de ansiedad, de la depresión y de los trastornos psicopatológicos, son algunas de las manifestaciones más características que experimentan los hiperindividuos que, enfocados de forma narcisista en sí mismos, no llegan a ser ese individuo triunfante y realizado sino uno fragilizado y vulnerable. La sensación que prevalece durante la construcción de sí mismo es la de estar desestabilizado, ya que por sí solo lleva a cabo tal proceso. La ausencia de marcos colectivos y normas sociales que brinden sostén y, a su vez avalen nuestra forma de conducirnos ante el mundo, genera una dificultad para poder vivir. Se pasó del optimismo de la modernidad del hombre liberado al temor por las contingencias que pueden atentar en contra la integridad de los individuos.

Se pensó que el optimismo derivado de la modernidad hacia el proyecto progresista de un futuro mejor encaminaría a la humanidad hacia un *mundo mejor* ausente de peligros que amenazaran a la humanidad. Sin embargo, el resultado obtenido fue que el mundo se presenta repleto de peligros, generando un constante temor ante las contingencias del entorno. Miedo al terrorismo, a la alimentación, a las bacterias, a las relaciones, a la edad, al trabajo, a la jubilación, etc. Entre más se tiene la sensación de libertad, más peligroso se percibe el entorno.

A partir del aumento de tales reacciones, Lipovetsky señala que la inclinación al modelo de consumo constante de productos y servicios se vuelve la respuesta ante tal coyuntura. El consumismo compulsivo, exacerbado e individualizado funciona como un doping que palea nuestra existencia. Resulta ser una diversión para todo lo que no funciona en la vida. A su vez, también las personas, fuera del ámbito del consumo, invierten su tiempo en la familia, la profesión, los hijos, las relaciones amistosas, la cultura, etc. Resultar ser instrumentos de autorrealización, motores útiles y necesarios para la *vida del espíritu*, un estímulo para continuar con la vida, una maquinaria que produce sentido, energía y autoestima (Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal*, 2003, págs. 30-34).

En el marco de las *sociedades liberales*, de las que resultan tales situaciones, se observa el triunfo de la *ideología de los derechos humanos*. La cultura cotidiana actual, sustentada mayormente a partir del consumo, la publicidad y los medios de comunicación, se encuentra dominada por: la felicidad individual, el ocio, el amor al cuerpo, la exaltación del éxito y el dinero. Los valores individuales de *placer y felicidad* se vuelven los hilos conductores de las sociedades, dejando de lado la *renuncia de uno mismo*, como anteriormente se daba. La cultura de la hiperindividualidad se vuelve la *cultura del bienestar*. El éxtasis del cuerpo, del éxito y la autonomía subjetiva resultan los valores fundamentales de la cotidianidad.

“Nos encontramos en una situación inédita: la exigencia ética se halla cada vez más presente, pero al mismo tiempo, ya no se hace un llamamiento a los individuos para que se consagren a algo, para que hagan donación de su persona, para que se sacrifiquen por la causa que sea y vivan para los demás[...]En la actualidad las acciones éticas suelen combinarse con la diversión, el interés económico, la libertad individual”. (Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal*, 2003, págs. 34-35)

La exaltación de los deseos, el ego, la felicidad y el bienestar individual marcan una actualidad que se diferencia de las estructuras sociales anteriores, en las que el deber, el sacrificio y la exaltación de la colectividad determinaban la forma de conducirse de la población. Esta *época postmoralista* coincide con el eclipse y la deslegitimización de las *morales colectivistas sacrificiales* (Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal*, 2003, pág. 40), en que las personas anteponían al grupo social antes que a sus necesidades individuales. Como resultado, se pasa a una sociedad donde rige una *moralidad emocional*, promovida por el entusiasmo de los medios, que va de la mano con la exaltación de las emociones, promoviendo experiencias que busquen saturar las sensaciones de los individuos.

Por otro lado, el cuidado del planeta, la creciente presencia de los derechos humanos, la preocupación por el resto de seres del reino animal, entre otros, ha generado en los individuos una *exigencia de autogobernarse*, idea de contribuir en la salvación del mundo de manera voluntaria. La responsabilidad de cuidar el entorno se vuelve una constante en el hiperindividuo que conoce e identifica que su presencia genera un impacto determinante en el medio. A su vez, los avances biomédicos permiten reconsiderar los aspectos éticos o bioéticos sobre la vida, la muerte y la filiación. Hasta qué punto es necesario establecer límites a las diferentes potencias tecnocientífica (sectores médicos, tecnológicos e industriales que generan avances capaces de modificar los estilos de vida cotidianos de forma determinante), en cuanto a su actuar, alcances y posibilidades, sin pasar por alto la integridad y dignidad de los individuos. Un claro ejemplo de ello se encuentra en debate en temas como: el trasplante de órganos, la preservación de la vida a partir de soportes artificiales, la eutanasia, la clonación, entre otros. De esta forma, el hiperindividuo se encuentra en la constante de plantearse si puede llegar ser ético y digno el mantener por medio de soporte artificial a una persona, si la posibilidad de poder hacerlo le otorga el derecho de hacerlo. Tal

es una de las tantas situaciones en que se contraponen la *capacidad de ejecutar una acción* y el *cuestionamiento de si debe hacerse o no*, temas que la bioética, mencionada anteriormente, se encarga de problematizar.

Se pensaría que en el hiperindividualismo se cae dentro de un egoísmo, narcisismo o nihilismo puro y simple. Sin embargo, no es del todo cierto. Además de haber una sobreprotección de los derechos de los individuos, también existe una preocupación por la ecología, los derechos de las minorías, de los niños, etc. Posturas que muestran la moral puesta en juego en la actualidad. Ya no se ven como parámetros fundamentales a la culpa, el sacrificio y la abnegación, aunque no se da un abandono de la responsabilidad y la solidaridad, o al menos es lo que Lipovetsky referirá:

“El auge del individualismo postmoralista coincide ciertamente con el incremento de los goces privados y de las preocupaciones obsesivas del yo, pero también, de forma paradójica, con mayor voluntad de ayuda mutua sobre una base libre, sin coacción, sin obligación, sin regularidades disciplinarias”. (Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal*, 2003, pág. 48)

El hiperindividuo no se conduce a partir de la imposición, sino a través de la voluntad, condición que permea en la mayor parte de los sectores de su vida. Es decir, no nos encontramos en una actualidad ausente de moral, sentido de obligación o consideración al otro, sino que esta no se encuentra mediada, como en tiempos anteriores, por la coacción y la imposición. Esta se recompone con base en valores como: los derechos del hombre, el respeto a las libertades y la individualidad, la tolerancia, la pluralidad, cortesía y espíritu de cooperación. ”Cuando reina el culto al ego es cuando progresan los valores de la tolerancia; cuando desaparecen las grandes obligaciones y las ideologías heroicas, es cuando triunfa el ideal del respeto a las diferencias y a los derechos del hombre” (Lipovetsky, *Metamorfosis*

de la cultura liberal, 2003, pág. 50). Por lo que, en un ambiente en donde la singularidad de los individuos resulta uno de los principales ejes de las sociedades, el resultado es la interacción de las diferentes pluralidades presentes en el mundo coexistiendo entre sí. Visión que, aun en los tiempos presentes, sostendrá Lipovetsky con respecto a la hiperindividualidad.¹²⁷

Hoy en día ya no tienen sentido los grandes proyectos ni los sublimes sacrificios, como formas de cohesionar y dirigir a las sociedades hacia un rumbo, sino la idea de una *ética de la responsabilidad* (Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal*, 2003, pág. 55). Las personas cada vez más se integran a organizaciones no gubernamentales, asociaciones civiles con fines de apoyar alguna causa de interés común ejerciendo una *solidaridad voluntaria*, contrasta con la individualidad ególatra que se considera generaliza en la actualidad. Según Lipovetsky, la hipermodernidad, se caracterizará por manifestar una paradoja y, a su vez, la simultaneidad de formas de conducirse del hiperindividuo. Puede ser un sujeto enfocado en sí mismo, pero también ocupado en su entorno y en los demás.

Sin embargo, lo anteriormente mencionado no implica que en las sociedades hiperindividualizadas no existan modelos que busquen estandarizar y modelar a los individuos en sus formas de conducirse. Por lo que un factor importante para esta dinámica han sido los medios de comunicación que involucran a la televisión, el cine, la radio y el internet. Se pensaría que la singularidad sería el único parámetro que los individuos seguirían en la hipermodernidad, sin embargo, entre otros aparatos, como el político, religioso entre

¹²⁷ Es importante no perder de vista que tales señalamientos se realizan desde una visión euro centrista. Ya que ciertas partes del mundo no entrarían dentro de lo que se comenta acerca de la convivencia y aceptación de diferentes sectores sociales. Un ejemplo de ello lo vemos en México y la falta de tolerancia que se da entre la población, que vive en el medio urbano y la población del medio rural.

otros, los medios de comunicación masifican la tendencia en que los individuos deben centrarse en sí mismos.

Desde la década de los veinte, señalará Lipovetsky, la publicidad se ha esforzado por dejar de lado las costumbres locales y los comportamientos tradicionales para inculcar las normas modernas del consumo, promoviendo nuevos valores como la comodidad, la juventud y la novedad. Así, los usos y costumbres tradicionales comenzaron a asumirse obsoletos y caducos, viendo a lo novedoso, lo espectacular y lo ligero como lo vigente. El resultado fue que los medios de comunicación se convirtieron en una *maquina estandarizadora* la cual, aun en nuestros días, promueve la felicidad conformista que uniforma los gustos y las actitudes creando a gran escala la similitud emocional y comportamental:

“Cada día millones y millones de personas escuchan los mismos discos, ven las mismas series y contemplan los mismos anuncios publicitarios[...]La prensa, el cine, la televisión y la publicidad han difundido en todo el cuerpo social las normas de la felicidad y el consumo privado, de libertad individual, de ocio y los viajes, del goce erótico: la plenitud íntima y los deleites privados han pasado a ser ideales de masas que se exaltan sin cesar”. (Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal*, 2003, págs. 101-103)

El imperativo categórico de la felicidad se expone a los individuos a través de los medios, de forma constante e ininterrumpida, dando forma y causa a los que desean, uniformándolos. De esta manera se deja de lado a las instituciones que previamente cumplían con el rol divulgador, retirándoles su *poder regulador*. “Consumo y comunicación de masas han puesto en órbita la “segunda revolución individualista” marcada por el fracaso de los grandes sistemas ideológicos, por la cultura del cuerpo, el hedonismo y del psicologismo por

el culto de la autonomía subjetiva” (Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal*, 2003, pág. 104). Revolución individualista enmarcada por la *cultura de la personalización de los individuos* que encuentra su fundamento en la *psicologización* de lo social, de lo político, del ámbito público en general, es decir: “de la subjetivación de todas las actividades antaño impersonales y objetivas” (Lipovetsky, *La era del vacío*, 2015, pág. 14). Todo se circunscribe a la construcción *a la medida* de las necesidades de la individualidad y a subjetividad de las personas.

Ante tales inclinaciones, Sébastien Charles en el texto *Los tiempos hipermodernos*, escrito en conjunto con Lipovetsky, señala que la *hipermodernidad* justamente se caracteriza por presentar un *hipernarcisismo*, que contrasta con el narcisismo de la primera mitad del siglo XX en que se enfocaba directamente en el placer y la libertad hedonista, caracterizado por la *responsabilidad y la conciencia*.

“Hipernarcisismo, época de un Narciso que se tiene por maduro, responsable, organizado, eficaz, adaptable, y que rompe así con el Narciso de los años posmodernos, amante del placer y las libertades. Es como si no nos reconociéramos ya más que en la ética y en la competencia, en las reglas sensatas y en el éxito profesional”. (Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos*, 2008, pág. 27)

Cabe señalar que esta responsabilidad a la que refiere Charles se encuentra trazada por la paradoja, en la simultaneidad de posturas y comportamientos opuestos y divergentes:

“Cuanto más progresan los comportamientos responsables, más irresponsabilidad hay. Los individuos hipermodernos están a la vez más informados y más desestructurados, son más adultos y más inestables, están menos ideologizados y son más deudores de las modas, son más abiertos y más influenciados, más críticos y más

superficiales, más escépticos y menos profundos”. (Lipovetsky, Los tiempos hipermodernos, 2008, págs. 28-29)

Formas de conducirse tan paradójicas que se ven enmarcadas por un constante temor e incertidumbre por el porvenir, por el mundo en constante crecimiento resultado de la globalización, las dinámicas de competencia que permean en los ámbitos laborales, sociales y familiares, el desarrollo exacerbado de las tecnologías de la información (TIC'S), la precarización del empleo, etc.

El *hiperindividuo* se vive abrumado por lo avasallante que se le presenta el mundo, siendo la inquietud una constante respuesta ante los sucesos de su cotidianidad.

“Narciso vive atormentado por la inquietud, el temor se ha impuesto al goce, la angustia a la liberación. En la actualidad, la obsesión por uno ismo no se manifiesta tanto en la fiebre del goce como en el miedo a la enfermedad y a la vejez, en la medicalización de la vida. Narciso no está tanto enamorado de sí mismo como aterrorizado por la vida cotidiana, por su cuerpo y por un entorno social que se le antoja agresivo”. (Lipovetsky, Los tiempos hipermodernos, 2008, pág. 29)

Sin referentes ideológicos que brinden sentido y sostengan las vicisitudes que acontecen a los hiperindividuos, estos se ven sobrepasados, fragilizados ante un mundo amenazante. De esta forma Sébastien, desde la postura de Lipovetsky, dirá que:

“Si Narciso está tan inquieto es también porque ningún discurso teórico puede ya tranquilizarle. Consume espíritu frenéticamente¹²⁸, pero no por eso parece más

¹²⁸ Esto hace referencia en que los tiempos actuales se caracterizan por la simultaneidad de la aceptación de diferentes discursos e ideologías, mismas que llegan a practicarse de forma simultánea. Una persona puede practicar el catolicismo y, semanas después, cambiar al budismo zen sin que le involucre alguna consecuencia. “Los sistemas de representación se han convertido en objetos de consumo y todos son intercambiables como un coche o una vivienda” (Lipovetsky, Los tiempos hipermodernos, 2008, pág. 31).

sereno. La era del hiperconsumo y de la hipermodernidad ha sellado el declive de las grandes estructuras tradicionales de sentido y su recuperación por la lógica de la moda y del consumo”. (Lipovetsky, Los tiempos hipermodernos, 2008, pág. 32)

Este proceso de desacralización ha generado que las personas ya no se sometan a principios superiores impuestos desde fuera que anteriormente determinaban y señalaban la forma en que conducían sus vidas. Actualmente el ideal democrático, instaurando a partir de la globalización, promueve la autonomía de las aspiraciones individuales ejerciéndose desde las prácticas del consumo. No solamente se es *libre* para consumir algún producto, sino también las ideologías, los proyectos de vida y las formas de ser que busquen el principal imperativo categórico de la contemporaneidad: *la felicidad*, misma que se buscará a partir de diferentes aristas y elementos, entre ellos la ficción.

CAPITALISMO DE FICCIÓN

Vicente Verdú señala en su texto, *El estilo del mundo*, que los hiperindividuos, o los individuos del capitalismo de ficción, establecen como imperativo categórico la creación de un entorno personalizado y ficticio. De tal forma que se procura que la mayoría de las experiencias se encuentren dirigidas a la satisfacción continua y urgente de los gustos y las necesidades que presentan de forma inmediata (Verdú, *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo*, 2012, págs. 56-57). De tal forma que el entretenimiento, la simplificación y la infantilización es un fenómeno que permea diversas aristas de la actualidad:

“En todos los campos, la cultura avanza hacia una extraordinaria complacencia de la figura del niño, o la adoración a la mentalidad del niño. Desde las religiones a la política, desde el arte minimalista a la literatura premiada, todo es más simple. Nunca

como en estos años se han publicado tantos libros de psicología sobre la regresión a la infancia, ni se han registrado tantos fenómenos de jóvenes que resistan a ser adultos”. (Verdú, El estilo del mundo: la vida en el capitalismo, 2012, págs. 58-59)

Sin embargo, dicha cultura de la infantilización, dirá Verdú, es resultado de la falta de compromisos fuertes en términos religiosos e ideológicos, que anteriormente brindaban pautas específicas de vida. Carentes de una base que logre sostener y dar sentido al porvenir de los individuos, los adultos más jóvenes se refugian en la cultura del comic, los videojuegos, las películas, etc. El aumento de la oferta del entretenimiento es considerable en los últimos años, mostrando que se ha convertido en una de las principales actividades económicas alrededor del mundo, ofertando experiencias más que productos. De igual forma, los diferentes segmentos de la cotidianidad comienzan a introducirse bajo dicha lógica.

Desde la caridad, hasta las situaciones y conflictos bélicos, se ven atravesados por la lógica del entretenimiento:

“Ni siquiera las manifestaciones contra el hambre o la guerra debían ser completamente malhumoradas. La gente no las soportaría. La lucha contra la situación de los más débiles puede realizarse solo a base de maratones y de vigorosos conciertos de rock, mientras la batalla en pro de los desamparados se apoyan permanentemente en la subasta de abrigos de actrices”. (Verdú, El estilo del mundo: la vida en el capitalismo, 2012, pág. 49)

De tal forma que, el *e-factor*, factor de entretenimiento no dejará de estar presente en la exigencia y pelea por los derechos de los desvalidos.

Por otra parte, los medios de comunicación se adentran a la lógica del entretenimiento, ya que toda la información proporcionada por ellos, desde conflictos entre países hasta la información meteorológica, se aglutinan en el mismo formato:

“Al deglutido dolor de un descarrilamiento sigue pronto una película romántica y el drama de las mujeres golpeadas se disipa con un spot de compresas. La información sobre la desdicha crea desazón, pero se secciona para pasar anuncios, tal como si efectivamente [...] nunca pudiera pasar nada definitivo y su esencia fuera invariablemente a la contingencia”. (Verdú, *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo*, 2012, pág. 115)

Cabe señalar que las anotaciones realizadas por Verdú, fueron efectuadas a principios del siglo XXI refiriéndose específicamente a la televisión y a las incipientes versiones del internet que había en el momento. No obstante, aun con las dinámicas particulares del internet y los distintos medios por los que se difunde la información, se preserva un formato similar al mencionado. Específicamente el fenómeno de las *fake news* demuestra que la principal intención de la información presentada es la de generar conmoción o también entretener y no permitir el análisis y la reflexión de lo acontecido¹²⁹: “El medio procura vida social. Posee la clave para hacernos imagen y con ello concedernos el don de la circulación mediática. Somos así más vivientes al hacernos imágenes: imaginándonos” (Verdú, *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción.*, 2012, pág. 121).

El resultado es que tiene la impresión de que la vida es más *vívida, emocionante y satisfactoria* a través de una pantalla que resalta las experiencias consumidas. Son en tales planos virtuales en que la imagen logra modificarse y presentarse de forma personalizada, al gusto y albedrío de cada hiperindividuo. En este sentido, el *sueño de ser único* genera

¹²⁹ También conocidas como “post-verdad”, las fake news tal y como se conciben actualmente, “comenzaron a surgir en el siglo XIX en un momento de rápido crecimiento para los periódicos ayudado por las tecnologías emergentes en aquel entonces” (Parra Valero & Oliveira, 2018). Sin embargo, a partir de sus características particulares: “En la definición del Oxford English Dictionary se hace referencia a circunstancias en las que hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública que lo que lo hacen los llamamientos a emociones y creencias personales” (Parra Valero & Oliveira, 2018).

experiencias para que cada hiperindividuo reitere constantemente su valía e importancia. A diferencia de épocas anteriores:

“El consumidor demanda más ser reconocido que ser servido, solicita antes un plus de “yo” que un plus de cualquier otra cosa [...] El capitalismo de ficción procura aumentar la impresión de ser alguien. En este nuevo mundo la marca no se impone, sino que coopera en hacer el “yo”; las empresas no presionan para que gastemos en su provecho sino para invirtamos, sobre todo, en nosotros”. (Verdú, El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción. , 2012, pág. 199)

Esta *costumización* o personalización que se realiza de los estilos y formas de vida tienen el objetivo medular el culto al *yo*. La incesante búsqueda por ser *uno mismo* enmarca la gran cantidad de ofertas presentadas por las distintas marcas de productos y servicios consumibles.

El *capitalismo de ficción*, denominado así por Verdú, centrará su atención en exaltar el entretenimiento, la espectacularidad, la comodidad y la imaginación de los hiperindividuos buscando atemperar y desviar su atención a la pesadez, angustia y temor hacia el mundo actual. Por lo que la imagen que construimos de nosotros, la relación que mantenemos con las ciudades, el arte, la basura, el aburrimiento, el cuerpo y el tiempo, estarán circunscritas con la creación constante de ficciones que pretenden ocultar los aspectos ásperos y crudos de la realidad, maquillándolos para hacerlos atractivos, entretenidos y carentes de sus rasgos amenazantes. La ilusión de un mundo personalizado¹³⁰ sin malestares, junto con la búsqueda de la ligereza en la vida de cada uno de los hiperindividuos, serán los principales motores de la actualidad.

¹³⁰ “El capitalismo de ficción procura aumentar la impresión de ser alguien” (Verdú, El estilo del mundo: la vida en el capitalismo, 2012, pág. 199)

LO LIGERO Y EL HIPERINDIVIDUO

Hiperindividualismo, hedonismo posmoderno, culto a la juventud y ligereza van de la mano ahora. El concepto de lo ligero, siendo uno de los fundamentos principales del hiperindividuo, comienza a establecerse en la cotidianidad, según Lipovetsky, posterior a los años sesenta. A la par de la flexibilidad y el constante cambio, la ligereza, aparentemente, se vuelve una de las principales bases para alcanzar la utopía de la felicidad. Y, constatando la instauración de la rapidez, la personalización de las sociedades, lo efímero y volátil, la ligereza se convierte en la vía de acceso hacia la felicidad y la forma en que podemos lidiar con el ajetreo del mundo. “En la época hipermoderna, la vida de los individuos se caracteriza por la inestabilidad entregada como está al cambio perpetuo, a lo efímero, al nomadismo” (Lipovetsky, De la ligereza, 2016, pág. 11).

Esto nos dice que el hiperindividuo, ya alejado de los meta-relatos que anteriormente guiaban su existencia, ahora se conduce desatado, libre, con la posibilidad de experimentar todo lo que se le presente, fuera de la imposición o la prohibición. De esta forma, las anteriores imposiciones colectivas llegan a ceder al autoservicio, la volatilidad de las relaciones y los compromisos con personas e ideas, a lo que será denominado como *individuo de tipo errante y zapeador*¹³¹. “La vida sexual es libre, la familia y la religión de han desinstitucionalizado; las costumbres y los individuos se quieren *cool*. Liberados de los lazos religiosos, familiares, ideológicos, los individuos desatados, desligados, emancipados funcionan como átomos en estado social” (Lipovetsky, De la ligereza, 2016, pág. 12). Tal

¹³¹ Palabra que hace alusión al concepto de *zapeo*, que se refiere “al cambio reiterado de canal de televisión por medio del mando a distancia”, según la RAE. En este caso, un individuo que *zapeador*, pasa de una acción o idea a otra de forma constante y repetida, sin permanecer mucho tiempo en alguna de ellas.

libertad permitiría que los hiperindividuos emprendieran la búsqueda por *endulzar su presente*, según palabras de Lipovetsky.

Empatando los aspectos espirituales y físicos, se comenzaría a efectuar conductas del *bien estar*, encaminándose rumbo a una *civilización de lo ligero*¹³². Entre las manifestaciones que podemos encontrar en *la civilización de lo ligero* son: a) el culto a la delgadez, a la alimentación ligth y el cuerpo; b) la informática en la nube, nanotecnología y biotecnología; c) de los deportes de deslizamiento a las técnicas de relajación; d) el combate de lo pesado (el estrés, sacrificio, compromiso, etc). La intención de guiarnos a través de lo ligero sería evitar el peso o la carga que, desde la antigüedad, ha representado el cuerpo, la obligación y el deber. En la mitad del siglo XX, con la aparición de las economías de consumo, el enfoque comenzó a ser el aligeramiento y la lucha contra lo pesado.

“En las economías desarrolladas proliferan por doquier los bienes dedicados a facilitar la vida cotidiana (higiene, confort de la vivienda, electrodomésticos, automóvil), pero también la de informar y comunicar (televisión, teléfono, ordenador, internet), a embellecer (ropa de confección, cosméticos, objetos decorativos), a divertir (televisión, equipos estéreo, música, cine, juegos, turismo)”. (Lipovetsky, *De la ligereza*, 2016, pág. 26)

En este caso, el consumismo se relaciona con el movimiento de aligeramiento de la vida por que no deja de multiplicar las ofertas de confort. Constantemente se están creando nuevos objetos o medios de consumo que tienen la finalidad de satisfacer nuestros deseos y

¹³²Cabe señalar que lo dicho hace un momento por Lipovetsky, se referirá a la sociedad francesa, las europeas y a Estados Unidos de America, por lo que estaría fuera de constituir una generalidad global.

necesidades, de ahí es que la cantidad de ofertas en entretenimiento, confort, moda y salud se disparara en los años sesenta.

La generación del culto a la ligereza hedonista surgió a partir de las facilidades que otorgaron las tecnologías o bienes técnicos y comerciales, dando como resultado una mayor cantidad de tiempo libre. “Con la reducción progresiva del tiempo laboral y el aumento del nivel de vida, los individuos dedican cada vez más tiempo al dinero, al ocio, los deportes y las diversiones” (Lipovetsky, De la ligereza, 2016, pág. 49). Por ejemplo, lo que anteriormente, en una actividad como lavar la ropa, llevaría una gran cantidad de tiempo, con la disposición y el uso de la lavadora, se redujo considerablemente el tiempo invertido en dicha labor. De igual forma, la reducción de la jornada laboral a 8 horas permitió que se dispusiera de mayor tiempo libre, como se comentó anteriormente.

El hiperindividuo se ha vuelto un consumidor voraz de juegos, espectáculos, música viajes turísticos, etc. Por lo que *el espectáculo*, señalado por Guy Debord en su obra “*La sociedad del espectáculo*”, permeará en la mayor parte de las actividades cotidianas prometiéndole un constante entretenimiento y distracción que acerque a las personas a la *felicidad*. En este caso, “toda la vida en las sociedades en que reinan las condiciones modernas de producción se anuncia como una inmensa acumulación de espectáculos” (Debord, 1967, pág. 8). Así, la dinámica de consumo ampliará exponencialmente la gama de opciones en las que se ofrece entretenimiento para los individuos a los que les sobra tiempo. El fundamento esencial que presentarán todas estas opciones será lo *espectacular*, es decir, todo aquello que estimule y sature los sentidos (tacto, gusto, olfato, vista, oído) y la percepción. “El espectáculo se presenta como una inmensa positividad indiscutible e inaccesible. No dice nada más que lo que aparece es bueno, lo que es bueno aparece” (Debord, 1967, pág. 11). La espectacularidad del entretenimiento, nos dice Debord, buscará

enajenar a los individuos con la promesa de acercarlos a la utopía de la felicidad en sus diferentes variedades presentadas por el mercado.

Regresado a Lipovetsky, y continuando con la idea mencionada por Debord, la: “publicidad, proliferación de las formas de emplear el tiempo libre, animaciones, juegos, modas: todo nuestro mundo cotidiano vibra con cantos a la distracción, a los placeres del cuerpo y los sentidos, a la ligereza de vivir” (Lipovetsky, *De la ligereza*, 2016, pág. 26). Ese tiempo del que se comenzó a disponer, por parte del individuo, y posteriormente del hiperindividuo, se sostendría de la ambición de liberar el principio de placer de forma generalizada. Por lo tanto, simultáneamente, se buscaba apartar a la carencia, la coerción y el ascetismo para dar paso a la seducción, la frivolidad y la renovación, legitimando así cierta *despreocupación por la vida*.

“Por medio de los objetos, la publicidad, el ocio, los medios y la moda, el capitalismo de consumo exalta los placeres en todas sus parcelas, invita a vivir en el presente, a gustar de los goces del hoy” (Lipovetsky, *De la ligereza*, 2016, pág. 35). Por lo tanto, lo que se promueve en la dinámica capitalista de seducción es un mundo cotidiano sujeto por los signos de la diversión y la disposición del entorno (promesa ofrecida por la técnica y la tecnología), negando lo trágico, lo pesado y el deber (Lipovetsky, *De la ligereza*, 2016, págs. 36-37). El imperativo categórico de la felicidad a través de lo ligero genera que las personas se vivan dentro de las idiosincrasias de lo efímero, lo fugaz y lo impermanente. Vivir el aquí y el ahora con toda intensidad se vuelve un parámetro fundamental dentro de la cotidianidad. Por lo que el no llevar acabo tal imperativo, se considera el desperdicio de la vida misma.

De esta forma, la rapidez e inmediatez se van potencializando buscando reducir el tiempo en que se satisfacen los deseos. Como ejemplo de las nuevas nociones de espacio y tiempo, se pueden observar los avances tecnológicos como el internet y su expansión a

grandes sectores de la población¹³³, se ven facilitados disminuyendo la espera de concretar sus necesidades y gustos.

“Con el comercio online, el infoconsumidor puede hacer sus pedidos a cualquier hora del día y de la noche, sentado ante un ordenador en su casa. O en la calle con el teléfono inteligente en la mano. Liberado de las limitaciones espacio-temporales del universo comercial, el consumo adquiere una ligereza, una fluidez sin precedentes”.
(Lipovetsky, *De la ligereza*, 2016, pág. 47)

En este caso, la forma en que el hiperindividuo vive sus momentos de ocio, actualmente cobra una estelaridad. La *espera* se convierte cada vez en una actividad menos aceptada en lo cotidiano. Se observa en el consumo de servicios y productos, pero también en lo referente a la relación que entablamos con los espacios y traslado a los lugares de la vida cotidiana. El uso cada vez mayor de automóviles, transporte público, aviones, entre otros, ejemplifican la relación que se ha estado instaurando con los espacios, mismos que se viven como un obstáculo que impiden llegar al destino fijado.

En este sentido, Richard Sennet en su texto *El declive del hombre moderno*, refiere que:

“Actualmente disfrutamos de una facilidad de movimiento desconocida para cualquier otra civilización urbana precedente y, sin embargo, este movimiento se ha transformado en el mayor portador de ansiedad de las actividades cotidianas. La ansiedad proviene del hecho de considerar el movimiento incontrolado un derecho

¹³³Según las observaciones realizadas por el periodista y especialista en tecnologías de la comunicación, José Van Dijck: “En diciembre de 2011, 1200 millones de usuarios del mundo [...]ingresaron a un medio social mientras que en el 2007 lo hizo tan solo el 6%” (Van Dijck, 2016, pág. 18). Así, la implementación del internet 2.0, que permitió una conectividad más directa entre usuarios en tiempo real, fue generando y permitiendo nuevas clases de interacciones virtuales, entre las que actualmente destacan la compra-venta de productos y servicios, además de las redes sociales (Van Dijck, 2016, págs. 19-24).

absoluto del individuo. El automóvil particular es el instrumento lógico para ejercer ese derecho, y su efecto sobre el espacio público, especialmente sobre el espacio de las calles urbanas, es que el espacio se vuelve insignificante o incluso irritante a menos que pueda subordinarse al movimiento libre”. (Sennet, 2011, págs. 28-29)

Por lo tanto, las tecnologías de desplazamiento actuales buscan reducir o anular los espacios entre los hiperindividuos y sus destinos, dejando de tolerar todo lo que se encuentra entre ellos, aumentando la impaciencia, la ansiedad y la frustración de frente a la espera.

En el campo de la religiosidad, el hiperindividuo ya no consume un metarrelatos que garantice una *buena vida después de la vida*, sino uno que favorezca la paz interior, la plenitud total de las personas, así como la alegría de vivir. El objetivo de *aligerar la carga de vivir* se verá ejemplificado en el aumento de la práctica del yoga, meditación zen, el budismo zen, entre otros, dando pauta a una *religiosidad a la carta*. Se puede pasar de una creencia a otra en cualquier momento ya que “ lo importante no es la verdad como tal, sino que nos ayuda a vivir mejor , a resolver pragmáticamente los problemas existenciales” (Lipovetsky, De la ligereza, 2016, pág. 62).

Factores como la desinstitucionalización, la movilidad, la volatilidad y la vacilación serán los elementos que enmarquen la búsqueda de la espiritualidad del hiperindividuo. Centrarse en un solo metarrelatos representaría cerrar la oportunidad de encontrar la *autorrealización* en las múltiples opciones que se ofrecen dentro del mercado de la religiosidad actual. Aunque todas estas, “declaran la guerra a la idea trágica de destino, a las fuerzas opresoras del pasado, y ambicionan implantar aquí abajo el reinado de la libertad y la felicidad; dicho de otro modo, volver la vida menos dolorosa para la mayor cantidad posible de personas” (Lipovetsky, De la ligereza, 2016, pág. 32).

Aligerar la carga de la existencia en el aquí y ahora será la base cualquier creencia que se consuma actualmente, sin embargo, a diferencia de lo que se considera comúnmente, no se deja de lado la acción misma de creer en algo. Por lo que, a este respecto, Richard Sennet señalará que:

“La creencia permanece como una condición social fundamental, y tampoco desaparece la voluntad de creer, ni siquiera cuando la humanidad pierde su creencia en los dioses [...]No representamos una era peculiar a nuestras tendencias racionalistas y científicas; solo somos peculiares en lo que se refiere al uso de nuestra ciencia como energía de la idolatría”. (Sennet, 2011, pág. 190)

En este caso, se busca abandonar las posturas de idolatría hacia lo irracional, colocando en el centro la autorrealización personal que se volverá el foco de las creencias del hiperindividuo que lo llevarán, aparentemente, a un estado de plenitud: “La consagración de los puntos de referencia hedonista y psicológicos han favorecido la exigencia de autorrealización mediante actividades más ricas y creativas, singulares y personales” (Lipovetsky, De la ligereza, 2016, pág. 71). El hiperindividuo fija, como imperativo categórico, un culto a sí mismo y a su bienestar en el mundo. Todas sus acciones y creencias giran en torno a alcanzar la plenitud, el éxito y la dicha autorrealización. Aunque el resultado de todo esto será experimentar una gran fatiga, encerrarse en sí mismo, y no tener una base sólida en que sostenerse en situaciones críticas, derivando en un hiperindividuo agotado del mundo y de sí mismo.

EL HIPERINDIVIDUO AGOTADO DE SÍ MISMO

Desde el planteamiento que se trabaja en, *La sociedad del cansancio*, texto del pensador sur coreano Byung-Chul Han, se habla del *prometeo cansado*, de un hiperindividuo agotado por las exigencias instauradas por imperativos categóricos como la ligereza, la autorrealización y la felicidad. Ya hemos señalado algunas de las formas de conducirse del hiperindividuo que muestran el cómo se asume y se define, principalmente como un *sujeto del rendimiento contemporáneo*, que se equipara a una máquina que no deja de funcionar y producir en todo momento, si freno o medida. Por tal motivo, y para no encontrar un freno en tal encomienda, el hiperindividuo se retrotrae en sí mismo, guiándose a partir de sus deseos, ideas y anhelos buscando la autorrealización. Sin embargo, uno de los resultados más notorios que encontraremos es la constante serie de conductas violentas que ejerce consigo mismo, derivando en una relación de *auto-explotación*. A diferencia de tiempos anteriores, en donde existía un tercero que estaba encomendado a explotarnos para realizar nuestras labores, hoy en día nos hemos convertido en nuestros propios explotadores, capataces de nuestros comportamientos dirigidos a la producción sin freno.

Lo anterior da como resultado, según Han, a un cansancio constante que se sostiene a partir de la *dialéctica de la positividad* imperante en las sociedades actuales en donde se considera que *todo es posible con trabajo y esfuerzo*. “La violencia de la positividad, que resulta de la superproducción, el superrendimiento o la supe comunicación. El agotamiento, la fatiga y la asfixia ante la sobreabundancia” (Han, 2018, pág. 21), serían efectos que se generan en el hiperindividuo a partir de una *violencia neuronal*, siendo una clase de violencia saturadora y exhaustiva que no lo abandona, al individuo, en ningún momento. Si antes se

podía descansar de la violencia ejercida por el capataz, después de la jornada laboral, ahora con dicha violencia neuronal no se da pausa alguna.

De igual forma, tal violencia hacia uno mismo sería difícil de detectar ya que deriva de un *exceso de positividad*, una postura en que uno sentirá la capacidad y obligación de poder lograr concretar la satisfacción de los deseos y la ya mencionada autorrealización, construyendo un mundo homogéneo y que subsane nuestra necesidad de ligereza, ya señalada por Lipovetsky. La masificación de esta positividad generará en una *sociedad del rendimiento* que busca generar sujetos del rendimiento que son emprendedores de sí mismos (Han, 2018, pág. 25).

Una sociedad del rendimiento, en consecuencia, desencadenará en sujetos depresivos o agotados (burnout)¹³⁴ que priorizan los aspectos de la productividad que cualquier otro. “La positividad del poder es mucho más eficiente que la negatividad del deber” (Han, 2018, pág. 27). Por lo que el hiperindividuo busca la autorrealización a partir del trabajo y de las actividades productivas capitalistas, en una clase de *si no produzco y no soy eficiente, no valgo ni existo*. Así, la depresión es otra manifestación muy propia de la actualidad circunscrita a la productividad. “El deprimido no está a la altura, está cansado del esfuerzo de devenir él mismo. La depresión como expresión patológica del fracaso del hombre tardomoderno de devenir en sí mismo” (Han, 2018, pág. 28).

¹³⁴ “El síndrome de burnout es un tipo de estrés laboral, un estado de agotamiento físico, emocional o mental que tiene consecuencias en la autoestima, y está caracterizado por un proceso paulatino, por el cual las personas pierden interés en sus tareas, el sentido de responsabilidad y pueden llegar a profundas depresiones” (García Allen, s.f.). Es considerado un síndrome de cansancio emocional, despersonalización, y una menor realización personal que se da en aquellos individuos que trabajan en contacto con clientes y usuarios. Por lo que las cargas excesivas de trabajo basadas en el rendimiento, entre otros factores, serán los detonantes de dicho síndrome.

La postura del hiperindividuo, tardomoderno como lo refiere Han, es la de saciarse a sí mismo, sin el apoyo de nadie, por lo que se vuelve un sujeto encapsulado, retrotraído en sí mismo, lo cual aumenta la posibilidad de experimentarse deprimido y/o agotado (burnout). Su búsqueda lo aísla y lo separa de los demás considerando la diferencia que encarnan los otros como un obstáculo para una mayor eficiencia y rendimiento. “La carencia de vínculos, propia de la progresiva fragmentación y atomización social, conduce a la depresión” (Han, 2018, pág. 28). Saciarse a sí mismo se vuelve una encomienda agotadora, ya que sus expectativas son muy altas llevándolo constantemente a vivirse fracasado. Además, el estar absorto en sí mismo evita que pueda generar relaciones y vínculos significativos con los demás, llevándolo a un aislamiento cada vez más marcado con sus semejantes¹³⁵.

Todo esto, dirá Han, es resultado del *exceso de positividad* que actualmente permea en las sociedades, derivado de la presión en la que se viven los hiperindividuos de rendir al máximo en cada uno de los aspectos de su vida. El imperativo del rendimiento, siendo un mandato de la sociedad tardo-moderna, en consecuencia, genera personas agotadas y frustradas por la incapacidad de lograrlo todo siendo que *tendrían que poderlo todo*. “Al nuevo tipo de hombre, indefenso y desprotegido frente al exceso de positividad, le falta toda la soberanía” (Han, 2018, págs. 29-30). Al no sentirse dueño de sí mismo e incapaz de sentir enteramente pleno, siendo que la sociedad constantemente le señala que todos tenemos la oportunidad y la obligación de hacerlo, el hiperindividuo se vive en un constante agotamiento, experimentándose con una serie de síntomas depresivos. El resultado es vivirse incompetente e incapaz. El *todo es posible*, que deriva del exceso de positividad teniendo como base la autorrealización, genera una auto-explotación que resulta en el agotamiento

¹³⁵ Un caso que ejemplifica lo anterior se observa en Japón, que muestra los índices más altos de Burnout en el mundo, derivando en una tasa alta de suicidios.

antes mencionado. “El hombre depresivo es aquel *animal laborans* que se explota a sí mismo [...] Él es al mismo tiempo verdugo y víctima. La depresión [...] se desata en el momento en que el sujeto del rendimiento ya no puede poder más” (Han, 2018, pág. 30).

Fuera de las dinámicas que anteriormente se llevaban a cabo, con respecto al sacrificio, la obligación y el deber instaurados por alguna autoridad externa, el hiperindividuo no requiere ya de ser explotado por un tercero. Por el contrario, él se encargará de explotarse, castigarse, reprocharse, exigirse y agredirse a sí mismo. De esta forma se establece una *guerra con nosotros mismos*, interiorizada e impulsada por la demanda de *poderlo todo*, o el imperativo de la autoexigencia sin medida. El resultado es que el hiperindividuo o sujeto tandomoderno vive *sometido a sí mismo*. Y es en este punto que Han señala que actualmente se vive una *libertad paradójica*, en la que, al maximizar y dar prioridad al rendimiento, la libertad que se vive resulta en una que se dirige a explotarse uno mismo. Se es libre para explotarse a uno mismo en dinámicas de rendimiento encaminadas a la producción, el éxito y la autorrealización. Por lo tanto “las enfermedades psíquicas (Burnout y depresión) de la sociedad del rendimiento constituyen precisamente las manifestaciones patológicas de esta libertad paradójica” (Han, 2018, pág. 31). Paradójicamente uno es libre para seleccionar en que actividades se va a explotar así mismo.

Otra de las características que pueden encontrarse en este hiperindividuo agotado y explotado por sí mismo es la sobreexposición a estímulos e información que le presenta su entorno. Generándole una saturación de los sentidos, que deriva en la *fragmentación de su percepción*, el hiperindividuo oscila rápidamente entre un estímulo y otro al que se obliga a sí mismo atender de forma simultánea. Por lo tanto, su atención queda fraccionada y dispersa

a los diversos estímulos, a lo cual se considera una hazaña denominada *Multitasking*¹³⁶. Sin embargo, Han señalará que fuera de ser un logro apremiante para el hiperindividuo, dicha acción deriva en que no se halle capacitado para una *inmersión contemplativa* que le permita profundizar sobre los acontecimientos de su vida, desde los cotidianos a los más significativos, como lo sería el tema de la finitud. El que la cultura actual promueva la dispersión más que la atención profunda tiene como resultado el que se dé una *escasa tolerancia al hastío*, que tampoco admite espacio al aburrimiento o falta de entretenimiento que se genera en la atención profunda y que es de gran importancia para un proceso creativo e introspectivo.

“El don de la escucha se basa justo en la capacidad de una profunda y contemplativa atención, a la cual el ego hiperactivo ya no tiene acceso” (Han, 2018, pág. 35). De esta forma el hiperindividuo se conduce sin querer escuchar y prestar atención a un solo objetivo, considerando que es una pérdida de tiempo el no atender varios objetivos de manera simultánea. Dividirse en diversos objetivos evitando el hastío y detenerse provocará que se viva hiperactivo e hiperneurótico. El hiperindividuo “está dotado de tanto ego que esta por explotar, y es cualquier cosa, menos pasivo” (Han, 2018, pág. 42). El movimiento constante será una condición que lo lleva a estar agotado todo el tiempo.

Hasta el momento, hemos revisado al hiperindividuo en sus formas de relacionarse consigo mismo, con el mundo, con su manera de asumirse dentro de las distintas actividades que realiza, con el tiempo, el aburrimiento y el entretenimiento, entre otros elementos. Cada uno de dichos aspectos nos van permitiendo identificar la forma en que puede llegar a relacionarse con los temas fundamentales de su existencia, siendo uno de ellos la muerte. La

¹³⁶ “Habilidad de una persona para realizar más de una actividad al mismo tiempo” (Cambridge Dictionary, s.f.)

atomización del mundo en el que se conduce el hiperindividuo, centrado en la búsqueda de la ligereza de su vida, enfocado en la autorrealización, los placeres, el rendimiento y la rapidez, hacen que pierda de vista su finitud y el paso del tiempo en el mundo. Se da un ensimismamiento que lo enfoca exclusivamente en su propia persona, aislándolo de la interacción con los otros y el mundo, aumentando el *narcisismo*, del que se hablaba en el apartado de *La muerte desde la psicología*, generando el aumento de la incredulidad del paso del tiempo. La muerte y el miedo que surge de ella se presentan apabullantes ante una humanidad entretenida en sí misma, viéndose abrumada ante la presencia de eso *otro*, ajeno a su mundo atomizado. Es por eso que, en el siguiente capítulo se revisarán las formas en que el hiperindividuo interactúa, en los inicios del siglo XXI, hasta el 2020, con el tema de la muerte.

EL MIEDO A LA MUERTE Y EL HIPERINDIVIDUO

“La muerte se avenía con la época de nuestros antepasados sepultos, en el marco de una tradición, de mausoleos y responsos hacia el más allá, pero hoy es un mal absurdo, inactual, y si se soporta es solo como un elemento en la lista negra de los atrasos todavía por superar”

Vicente Verdú.

El miedo exagerado a mirar de cara lo que viene no tan solo impide morir bien, sino que dificulta vivir bien ya desde mucho antes.

Marc Antoni Broggi.

En los apartados anteriores se han presentado los conceptos medulares de la presente tesis: la muerte, el miedo y el hiperindividuo. Se analizaron sus diferentes características, aristas y aspectos socio-históricos, con la finalidad de integrarlos en un análisis y comparación de las formas en que el hiperindividuo, actualmente experimenta, tramita y sobrelleva el temor a la muerte. Cabe señalar que, en el presente capítulo, no se repetirán los aspectos antes mencionados en el capítulo de la muerte robada, hospitalizada o la neo-muerte, llegando a señalar nuevas prácticas que muestran nuevas clases de relaciones que se establecen con el *memento mori*. Desde la nueva interacción que se establece con la muerte a partir de la Tanatología; la relación que se establece con el dolor, el cuerpo y el sufrimiento; además de la forma en que se asume la muerte en México, son temáticas que muestran cómo es que el hiperindividuo asume el miedo a la muerte, lo encausa y lo transita.

El hiperindividuo tiene la característica de ser proactivo, es decir, de estar en constante movimiento buscando encausar su existencia hacia un propósito particular, es decir, su satisfacción: “Etimológicamente, nuestra cultura se declara incompatible con todo lo irremediable. Las grandes filosofías de Hegel o Marx, son trágicas, pero la posmodernidad

es anti-trágica y banal” (Verdú, *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción.* , 2012, pág. 245).

Resulta evidente que las situaciones adversas de la cotidianidad han sido enviadas al ámbito exclusivo de la vida privada, alejadas de los colectivos y la conversación cotidiana. “En Occidente de ha olvidado en gran medida la colectivización del infortunio. Ahora se muere uno a uno, en muertes tan personalizadas como queremos que lo sea la vida y sus consumos” (Verdú, *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción.* , 2012, pág. 246). Lo funesto, desagradable e incómodo se destierra del ámbito social llegando a ser objeto de incomodidad si acaso fuera del conocimiento colectivo. Los hogares, hospitales, prisiones e instituciones mentales, entre otros, se vuelven lugares en donde ocultar ese infortunio que Verdú señala. De esta forma, la relación con el sufrimiento y dolor derivado de tales experiencias, específicamente las relacionadas con la muerte, se manejan y conceptualizan de una forma muy específica, por parte de los hiperindividuos actuales.

CUERPO, DOLOR Y SUFRIMIENTO PARA EL HIPERINDIVIDUO

Como ya se ha mencionado en apartados anteriores, los avances tecno-científicos han generado la certeza de que, en cierto momento, se desplazará a la vejez y, por ende, a la muerte. De tal forma que: “los humanos sean capaces de llegar a doblar su esperanza de vida y hasta aproximarse, virtualmente, a la eternidad [...] ¿Cómo tomar, por tanto, la muerte de la misma manera que hace medio siglo” (Verdú, *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción.* , 2012, pág. 247). La resignación ante la muerte, manifestada anteriormente, se transforma en una postura desafiante por parte del hiperindividuo, que continúa esperando el momento en que los últimos avances médicos logren erradicar la finitud.

Evidentemente tal postura ya se ha expresado en el capítulo uno, acerca de la muerte robada y hospitalizada, sin embargo, es importante resaltar como la personalización del mundo, la aceleración, el consumo y la búsqueda de la felicidad, han generado el aumento de la intolerancia a lo perecedero acrecentando el temor a fallecer. Por lo que relegar los signos que muestran su presencia resultará una de las encomiendas fundamentales de la época actual. De igual forma, las experiencias que generen sensaciones volátiles, así como aquellas que buscan la armonía y la relajación del cuerpo son las más solicitadas actualmente. Experimentar todo lo que estimula los sentidos y la percepción del momento presente acapara la atención del hiperindividuo, buscando generar un estado de placer, pero también de bienestar y plenitud.

La búsqueda de un *cuerpo sin sufrimiento*, en donde no solo se prolongue la cantidad de años vividos sino también su bienestar y la posibilidad de disfrutar las diferentes ofertas de consumo para el bienestar, se ha vuelto una de las principales encomiendas de los tiempos actuales. De tal forma que *una estética de la delgadez y de la juventud* es apropiada en las edades adultas mayores, en la que “la cocina ligera, productos bajos en calorías, el fitness, la fobia al sobrepeso, dietas adelgazantes, sectores enteros de la cultura se adhieren hoy al ideal de la esbeltez” (Lipovetsky, De la ligereza, 2016, pág. 77). Así, la perspectiva de la longevidad esta demarcada por una figura delgada y jovial, por lo que la búsqueda por la preservación de tales elementos se vuelve medular en la cotidianidad.

El haber reducido la presencia del dolor como una constante de la cotidianidad ha generado más cercanía a la percepción de llegar a ese *cuerpo sin sufrimiento*, gracias a los avances médicos, la higiene, a los productos farmacéuticos y a las vacunas:

“En la segunda mitad del siglo XX hubo un retroceso espectacular de las enfermedades de antaño mortales, así como una inundación de productos analgésicos

y calmantes que reducían el dolor hasta el punto de hacerlo desaparecer en gran parte de la existencia cotidiana [...]Un pequeño dolor se tiene por intolerable y con frecuencia se elimina inmediatamente”. (Lipovetsky, *De la ligereza*, 2016, pág. 78)

Lipovetsky señala, de esta forma, que el hiperindividuo pierde familiaridad con el dolor y su constante presencia en la cotidianidad, lo cual dista de las épocas anteriores en que su presencia era absoluta, y su necesidad de sobrellevarlo y significarlo se encontraba en las distintas prácticas sociales. Como dirá Michel Serres, citado por Lipovetsky:

“Asistimos al advenimiento de otro cuerpo, estamos en la época de la felicidad del cuerpo liberado del dolor físico cotidiano, liberado de la milenaria servidumbre del sufrimiento y la muerte prematura. Hoy es posible llegar al final de la vida sin haber sufrido jamás”. (Lipovetsky, *De la ligereza*, 2016, pág. 79)

De igual forma, la esperanza de vida ha ido en aumento desde principios del siglo XX hasta la actualidad¹³⁷, como ya se ha mencionado con anterioridad, por lo que el *ser viejo* ya no presenta la misma conceptualización que antaño. “Cada vez somos más ancianos sin llevar una vida de ancianos, sin sentir el peso y las grandes desgracias de la edad” (Lipovetsky, *De la ligereza*, 2016, pág. 79).

Ante tal optimismo, adoptado al ver los alcances de la medicina actual y sus progresos, el hiperindividuo se vive cada vez más seguro de haber erradico el dolor de su vida y, a su vez, cerca de erradicar la muerte. Sin embargo, tales aspectos señalados por Lipovetsky mostraran la otra cara del cómo la sociedad hiperindividualizada se presenta, es

¹³⁷ El record mundial de mayor longevidad de un ser humano, documentado en el *Libro Guinness de los records*, lo presenta la difunta Jeanne Louise Calment, quien nació el 21 de febrero de 1875 en Arles, Francia, y falleció el 4 de agosto de 1997 a la edad de 127 años y 5 meses (Kirwood, 2000).

decir, el acrecentamiento del miedo y angustia acerca del dolor implicado en la degradación corporal.

Ante los aspectos referentes al dolor, Enrique Ocaña en su obra, *Sobre el Dolor*, aborda la omnipotencia que este ha presentado en la historia humana, definiendo su actuar y su forma de asumirse en el mundo:

“Desde los orígenes religiosos de la cultura hasta la configuración de la teodicea como género filosófico, lo reactivo a la regularidad o inteligibilidad, el dolor, la enfermedad o la muerte, y la irracionalidad ética del universo formaron una triada de males estrechamente relacionados [...] Esos tres tipos de males son el trasfondo de nuestra capacidad para establecer un orden regular y significativo”. (Ocaña, 1997, pág. 27)

Siendo el dolor un aspecto inseparable de la enfermedad o la muerte, históricamente se consideró un mal con el que era necesario aprender a vivir con resignación, significándolo desde posturas religiosas y filosóficas dándole un sentido. “Una de las principales funciones de las grandes religiones y filosofías habría sido proporcionar una doctrina sobre el sentido del dolor como base para una enseñanza o invitación a afrontarlo correctamente, para soportar el sufrimiento de forma adecuada o para superarlo” (Ocaña, 1997, pág. 29). Dándole un cauce y significándolo lo hace soportable, llevadero, llegando a ser asumido como una moneda de intercambio: “las generaciones construyen con el sacrificio, con el ahorro de los placeres y la inversión de sus dolores, una incierta morada donde pueda disfrutarse del bienestar que les fue negado o capitalizado durante su breve vida” (Ocaña, 1997, pág. 78). De tal forma que, en épocas anteriores se obraba sobre el entendido de que el dolor, las penurias vividas y el postergar el placer recibiría una recompensa futura en una clase de *principio de compensación*, a partir de ésta economía trascendental con los dioses. “El miedo

a la incertidumbre, o más bien, el ansia a toda costa de certidumbre, genera servilismo” (Ocaña, 1997, pág. 75).

Hoy en día dicho servilismo no ha desaparecido. Aunque ahora, el hiperindividuo se encuentra subordinado a los avances y promesas tecno-científicas y médicas. En este sentido, el hiperindividuo ha presenciado directamente la disminución de los dolores que antes lo aquejaban a partir de los medicamentos, tratamientos e implementos médicos. Así, el sufrimiento físico, omnipresente en la mayoría de las experiencias, sobre todo en las concernientes al adulto mayor, quedan atemperadas gracias a los fármacos. “La victoria histórica de lo ligero significa el advenimiento de un cuerpo libre de tristezas y sufrimientos, significa movilidad y disponibilidad de uno mismo hasta en las etapas más avanzadas de la vida” (Juvín, 2005). Esta aparente libertad del dolor, sin embargo, presenta algunos aspectos alternos que no necesariamente entran en el concepto de *lo ligero*:

“En las sociedades hipermodernas, la salud acaba siendo una preocupación omnipresente, una obsesión, un tema presente a nivel cotidiano, tanto en las conversaciones como en los medios. Mientras una cantidad creciente de dominios, antes ajenos a la acción de los profesionales de la salud, reciben el influjo de la experiencia médica, se medicalizan a pasos agigantados las formas de vivir y el consumo cotidiano”. (Lipovetsky, De la ligereza, 2016, pág. 81)

Por lo tanto, los hábitos de sueño, los espacios laborales, la alimentación, el ocio, entre otros sectores, son atravesados por la medicalización, determinando la forma en que el hiperindividuo se conducirá para mantener o restituir su salud. La hiperatención a los posibles factores nocivos se acrecienta y aumenta conforme pasa el tiempo, visualizando el contexto de forma amenazante y riesgosa:

“En este contexto de medicalización de la sociedad, los fenómenos considerados peligrosos ya son incontables: los transgénicos, las ondas del teléfono móvil, de los microondas, de los aerogeneradores, el tabaco, el sol, los azúcares, las grasas los ácaros, ¿habrá algo que no se considere hoy una amenaza?” (Lipovetsky, De la ligereza, 2016, pág. 81)

El hiperindividuo, de esta manera, se experimenta en una constante preocupación. El aumento de la ansiedad se ha vuelto muy común en los diferentes estratos, siendo que anteriormente destacaba en actividades que involucraban un riesgo o estrés latente. Sin embargo, ahora los medios informativos dan una amplia cobertura a eventos que muestran la cercanía con el peligro y la muerte: “Los medios de comunicación se abastecen de vendavales, naufragios, terremotos, y de sus víctimas agonizantes. El cultivo del pánico se dobla con el consumo del terrorismo y el énfasis del riesgo con la voluptuosidad de rozar la muerte” (Verdú, El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción. , 2012, pág. 255). El resultado es que, a partir de estar al tanto del entorno y su peligrosidad, buscamos anticiparnos, estar un paso adelante del riesgo¹³⁸.

La prevención de posibles amenazas calculando los potenciales riesgos se ha vuelto una práctica en aumento. Por lo que la medicina, además de curar, ahora enfoca sus esfuerzos en prevenir las enfermedades, además de alertar e informar acerca de los riesgos potenciales. Cabe mencionar que el aumento del temor al entorno se ve ligado con la actual relación que ahora se mantiene con el miedo propiamente dicho: “Hasta la Revolución Francesa, sentir miedo era una indignidad, una emoción que Montaigne asignaba a las gentes humildes e

¹³⁸ En este sentido, Verdú señala que: el vértigo generado por la velocidad de los acontecimientos presentados por los medios de comunicación genera la *desrealización del mundo, propiciando una constante ansiedad y vulnerabilidad en el hiperindividuo* (Verdú, El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción. , 2012, págs. 260-261).

ignorantes o una flaqueza que no correspondía a la clase de la que procedían los héroes y los caballeros” (Delumeau, *El miedo en occidente*, 2005). A diferencia de los tiempos anteriores en que las manifestaciones de miedo eran ocultadas, ahora, según Verdú, “no es vergonzoso sentir miedo, ni tampoco jugar con su ficción. Vivir con miedo, inciertamente, es de carácter posmoderno, y cuanto más amenaza se sienta mayor sensación de vida recibe” (Verdú, *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción.* , 2012, pág. 255).

El aumento de la percepción de las amenazas que ponen en riesgo la estabilidad y salud de los hiperindividuos, además de la libertad de manifestarse temeroso ante ellas, generan que se encuentre en un estado constante de alerta. Se sufre, de manera anticipada, por los potenciales peligros, por llegar a padecer alguna enfermedad y no ser lo suficiente capaz de lidiar con el dolor que se le presente:

“Lo incierto es la base de nuestro conocimiento y, a medida que se multiplican los departamentos de análisis, los estudios de prevenciones o los congresos de futurología, la inseguridad aumenta como una infección de la infección [...] Pocas veces el futuro ha parecido un territorio tan desacreditado; el presente es el único elemento que funciona, mientras pretérito y porvenir parecen conceptos prohijados por una cultura vencida”. (Verdú, *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción.* , 2012, pág. 262)

Se comienza a dar una intolerancia por lo nuevo, por el porvenir incierto que se interpreta amenazante. Por ende, se asume una postura de extrema vulnerabilidad que resulta en una hiperatención de la salud y su constante preservación. De esta forma, la medicalización de la vida exige al hiperindividuo a generar un compromiso consigo mismo al realizar una constante revisión de sus hábitos, modificando sus conductas de riesgo, ocupándose de tener una alimentación sana y de someterse a revisiones periódicas de su estado de salud. Considera

que no se encuentra fuera de peligro y que hay que anticiparse a él antes de que trastoque su cotidianidad. Por lo que es más común observar el aumento de las consultas en medios virtuales dedicados específicamente a dar respuesta sobre signos y síntomas corporales de diferentes padecimientos, además de que las visitas al médico cada vez se han vuelto más habituales y periódicas en comparación a otros tiempos.

Como resultado, el tiempo que se dedica a la revisión del estado de salud es mayor. “En la era de la medicalización, la relación despreocupada y ligera con la experiencia cotidiana debe ceder el paso a las actitudes de prevención, de supervisión, de corrección de los factores de riesgo” (Lipovetsky, *De la ligereza*, 2016, pág. 81). En este sentido, dirá Lipovetsky, que en cuanto más se beneficia el hiperindividuo de una salud duradera, más estará impuesto a las revisiones constantes y los análisis de su condición, resultando en una sensación de inseguridad y actitudes de hipervigilancia. “No se trata de gozar la vida tal como es cuánto de invertir para atajar los brotes de las enfermedades. Con la medicalización de la vida, más que expandirse el *carpe diem*, se reduce” (Lipovetsky, *De la ligereza*, 2016, págs. 81-82).

La constante autoobservación se alimenta de la sospecha de que se puede estar padeciendo de cualquier clase de enfermedad, resultando en el actual aumento considerable a las visitas con el médico. En este sentido, Pérez, Bobo y Arias, en su texto *La medicalización de la vida* señalan: “Estamos asistiendo a la generación de una dependencia de la medicina que incapacita a las personas para cuidarse a sí mismas y conlleva una disminución de la tolerancia al sufrimiento y al malestar” (Cerecedo Pérez, Tovar Bobo, & Rozadilla Arias, 2013). El hiperindividuo cree que el sufrimiento puede evitarse, aunque esto es lo que se señala constantemente. Parte de la industria médica y farmacéutica, integradas a

la dinámica del marketing y el espectáculo, han generado campañas publicitarias masivas en las que se habla de los aspectos milagrosos de cierto fármacos y tratamientos¹³⁹.

De tal forma que, en la población, se genera un imaginario en el que el dolor y el sufrimiento se consideran elementos de los que se puede prescindir en cualquier momento. Con la ingesta de un medicamento puede evitarse el dolor, o eso es lo que se cree comúnmente. Sin embargo, ¿qué es lo que ocurre cuando nos damos cuenta que existen experiencias dolorosas, sufrimientos y enfermedades que no pueden erradicarse con los avances médicos-farmacéuticos? “ Sin poder negar el valor de la salud, este no puede llevarse a un nivel en el que la sociedad haga negación del sufrimiento y de la enfermedad” (Cerecedo Pérez, Tovar Bobo, & Rozadilla Arias, 2013, pág. 436). A diferencia de los tiempos anteriores el dolor, la enfermedad y el sufrimiento ya no deben tener un lugar en la cotidianidad.

El entusiasmo generado a partir de los avances médicos ha resultado en la generación de la creencia de que la medicina lo puede todo, incluso, hasta vencer a la muerte. De esta manera el hiperindividuo deposita su fe ya no en los dioses de antaño, sino en la técnica, la medicina y los fármacos. “La tecnificación y los avances de la medicina han creado expectativas irreales, llegándose a la idea de que la ciencia encontrará la solución a todas las enfermedades y problemas, rechazándose la enfermedad y la muerte como partes inevitables de la vida” (Cerecedo Pérez, Tovar Bobo, & Rozadilla Arias, 2013, pág. 436).

Contraria a la resignación de épocas anteriores, el hiperindividuo asume una postura desafiante ante el dolor y el sufrimiento. Y, aunque ciertamente una cantidad de

¹³⁹ Cabe señalar que no se pretende caer en un maniqueísmo, señalando que todos los aspectos de la industria farmacéutica llegan a una clase de oportunismo. Ciertamente, los avances médicos han generado que la calidad de vida de muchas personas sea favorable y disfrutable. Por lo que nuestro objetivo es el de enfocarnos en la promesa de que se puede vivir sin sufrimiento alguno, misma que no es posible de realizar.

padecimientos han sido controlados y regulados por medio de medicamentos, no todos entrarían en dicho listado. El resultado es que exista un aumento de la demanda hacia los médicos para que se hagan cargo de todas aquellas experiencias que involucren dolor, por más mínimo que sea. Una demanda que, en el fondo, oculta la escases de tolerancia que se presenta ante los malestares de la vida en general:

“La tolerancia al sufrimiento ha disminuido de forma que se requiere de la atención sanitaria para situaciones que antes eran aceptadas y resueltas sin recurrir a los profesionales. Algunos autores lo denominan *tolerancia cero*. El paciente acude a consulta nada más aparecer los síntomas, exigiendo pruebas para un diagnóstico inmediato y solicitando tratamientos que resuelvan rápidamente el cuadro. Ante procesos en sus fases más precoces (con síntomas inespecíficos y variables), por la presión de la población, se prescriben tratamientos que van a resultar ineficaces y supondrán nuevas consultas y nuevos tratamientos, con el correspondiente aumento del coste”. (Cerecedo Pérez, Tovar Bobo, & Rozadilla Arias, 2013, pág. 436)

El constante temor por llegar a sufrir de algún padecimiento genera intranquilidad. Las gran cantidad de visitas al médico, por ende, resultan en una demanda por ser diagnosticado a la menor alteración del organismo o sensación de algún síntoma, no quedando satisfechos y tranquilos si no se les designa alguna patología presente o futura:

“Cada vez que una persona acude a la consulta se tiende a realizar una intervención y, por tanto, a convertir en enfermedad todo aquello que nos comenta; la no enfermedad y la no intervención escapan a nuestro campo de visión y de acción, ya que no nos han formado para ello”. (Cerecedo Pérez, Tovar Bobo, & Rozadilla Arias, 2013, pág. 436)

La cotidianidad se atraviesa por una visión patologizada del mundo. Es a partir de esta constante demanda por eliminar las situaciones displacenteras que se promueven los estados de hipervigilancia que han dado como resultado una serie de nuevas prácticas, entre ellas: la *cibercondría*. Definida como: “la búsqueda en línea sobre temas de salud impulsada por la ansiedad en relación a la propia salud” (Orellano, 2016) Este término fue acuñado por Ryen White y Eric Horvitz de Microsoft Research en el año 2009, los cuales mencionan que, a partir de la facilidad de acceso a la información, unido al poco tiempo disponible, ha generado que Internet se convierta en el *nuevo médico*. A través de diferentes portales, se puede obtener información sobre signos y síntomas sufridos y asociarlos directamente con diversas patologías existentes.

De esta manera, se ha dado el aumento del miedo irracional a padecer alguna de esas enfermedades, sin contrastarlo con ningún tipo de criterio médico fiable. Lo destacable de este fenómeno es que se sitúa en 8 de cada 10 personas en EEUU y en 32,4% en Italia. Según los últimos estudios, 1 de cada 5 personas han admitido buscar información sobre temas de salud en Internet (White & Horvitz, 2009).

La facilidad con la que se puede consultar información médica, en numerosos portales de internet, ha generado el aumento de la interpretación errónea de los signos corporales, provocando el autodiagnóstico, la automedicación o en la ya mencionada cibercondría:

“Existen muchas vías para transformar un problema en enfermedad y convencer a la población de que síntomas menores necesitan un tratamiento farmacológico para curarse. Se trata de dónde colocar los límites para considerar y tratar como enfermedad una condición normal de la vida, sin perjuicio de que haya personas que sufren enfermedades reales o formas graves de esos problemas que son los que sí se

podrían beneficiar de un tratamiento farmacológico”. (Cerecedo Pérez, Tovar Bobo, & Rozadilla Arias, 2013, pág. 437)

Son variados los autores que señalan que ciertas empresas farmacéuticas publicitan sus medicamentos a manera de “solución para todo malestar”. La promesa de que todo mal puede ser erradicado de su experiencia vital genera la compra constante y compulsiva de los distintos tipos de fármacos. Es decir, se observa a la población desde la óptica de consumidores, dentro de una dinámica de oferta-demanda, sin prestar atención al aspecto del bienestar.

El resultado de considerar a las áreas médicas capaces de brindar un bienestar total en el hiperindividuo, es el de una sobredemanda y sobre-exigencia imposible de solventar. Una idealización que colapsa cuando se confronta con la realidad: “No es posible ni ahora ni nunca que la medicina aporte un bienestar completo; los malestares forman parte de la vida de las personas en un momento u otro” (Cerecedo Pérez, Tovar Bobo, & Rozadilla Arias, 2013, pág. 438). De aquí que la población se vea entre dos nociones contrariadas: la primera, que la medicina es la vía para el bienestar absoluto (vendida a través de campañas publicitarias generadas por las empresas); la segunda, que esta misma tiene límites y solo puede encargarse de ciertas áreas de la salud.

Ciertamente, en las dinámicas de consumo en las que se desenvuelve el hiperindividuo, la primera es la que prevalece. Por lo tanto, todas las áreas de la vida entran a la dinámica de la medicalización, ya que, aparentemente, por medio de una inversión económica, se puede alcanzar el bienestar:

“Inmersos en esta progresiva medicalización, es frecuente etiquetar como enfermedad problemas como calvicie, timidez, niños inquietos, o considerar patológicos períodos evolutivos fisiológicos como embarazo o menopausia. Ello genera una angustia

desmedida ante síntomas banales, a la vez que una percepción cada vez mayor de vulnerabilidad ante la enfermedad”. (Cerecedo Pérez, Tovar Bobo, & Rozadilla Arias, 2013)

Hemos señalado distintos elementos que conforman la relación que el hiperindividuo establece con el dolor, el sufrimiento y la salud, elementos que se relacionan directamente con el tema de la muerte. La inconformidad y la imposibilidad de significarlos y sobrellevarlos, fuera de los ámbitos religiosos, políticos y sociales, son lo que marcan la particularidad de experimentarlos en los tiempos actuales. La promesa de las áreas médicas y farmacológicas de erradicar los estados displacenteros de la vida, tanto físicos como existenciales, son incapaces de sostenerse en la realidad. Mencionado por Pérez, Bobo y Arias, la promesa de él bienestar absoluto ha derivado en la patologización de la vida, provocando una constante ansiedad por cualquier clase de malestar experimentado.

Sin embargo, es importante señalar que también, de forma paralela, se están dando ciertas áreas de estudio, así como manifestaciones culturales, que buscan generar un entendimiento del sufrimiento y el dolor, manifestados en la vejez y la muerte. Encaminadas más a la aceptación y menos a la confrontación, los abordajes de la geriatría y la tanatología buscan ser un contrapeso a las posturas que pretenden vencer o negar la finitud y la decadencia, imperantes en la cotidianidad.

GERONTOLOGÍA, GERIATRÍA Y TANATOLOGÍA: NUEVOS ACERCAMIENTOS PARA SIGNIFICAR LA MUERTE

En el primer capítulo del presente texto, específicamente en el apartado de la muerte robada, hospitalizada o la neo-muerte, se abordaron diferentes aspectos acerca de su vivencia en los

tiempos recientes. Uno de los principales elementos señalados, de manera repetida, fue el marcado alejamiento con respecto de los rituales que anteriormente permitían la significación de la muerte, tanto propia como de un allegado. Tanto Fernández del Riesgo, Jiménez Aboitis, Jean Ziegler, Thomas Vincent Louis y Norbert Elías señalan y exponen el alejamiento que el hiperindividuo ha establecido con la finitud, la decadencia, la enfermedad y la muerte. A partir de la hospitalización de la persona moribunda, alejada de sus allegados; la privacidad y hermetismo con que se celebran los eventos fúnebres; la ausencia de temas referentes a la vejez, a la inactividad, el retiro y la muerte... Son algunos de los ejemplos que denotan el gran miedo presente en las sociedades actuales ante la finitud, mismas que resaltan a la juventud, la productividad, el vigor y la longevidad como valores fundamentales.

Pareciera que existe una negación y temor total al respecto de la muerte, sin embargo, existen vertientes relativamente recientes que han establecido dinámicas alternativas a las mencionadas por los autores anteriores, que buscan generar el trámite de las situaciones derivadas de la vejez y de la muerte, fuera del ámbito de la negación o de la batalla constante que otras áreas buscan establecer con ellas. Nos referimos específicamente a la gerontología, geriatría y tanatología.

La geriatría y los estudios sobre la vejez

El abordaje de la vejez ha presentado diferentes perspectivas y diferentes intenciones a lo largo de la historia: la búsqueda de prolongar la vida, vencer a la muerte y establecer la eterna juventud han sido los principales motores para su estudio. En este sentido, es posible distinguir cuatro periodos históricos en los que se puede ubicar el estudio de la vejez: manifestaciones pre-científicas; periodo inicial de la investigación científica de los procesos

de envejecimiento psíquico; comienzo de la investigación sistemática del envejecimiento; y la fase de expansión de las investigaciones sobre el envejecimiento (Carbajo Vélez, 2008, págs. 238-239). Justamente este último periodo, se ubica históricamente en la segunda mitad del siglo XX, posterior a la Segunda Guerra Mundial, el cual resultó en el comienzo de los análisis y estudios más detallados y minuciosos acerca de la ancianidad y sus diferentes componentes:

“La práctica de la atención masiva de las personas añosas se desarrolla en Europa casi inmediatamente después de finalizar la Segunda Guerra Mundial. Durante la misma habían muerto millones de jóvenes y sus puestos de trabajo en la retaguardia fueron llenados no solo por mujeres sino también por ancianos que permanecían pasivos: “jubilados”. Fue en esa época cuando, en Gran Bretaña, se hizo un importante estudio de psicología aplicada sobre las habilidades de los ancianos para trabajar y se “descubrió”, que los jubilados (en empleos referentes a la manufactura), faltan menos, son más precisos, más responsables frente a ciertas tareas”. (Krassoievitch, 2018, pág. 25)

A partir de lo anterior es que se da comienzo a los estudios científicos, sociológicos, económicos, antropológicos y psicológicos más profundos y detallados sobre la vejez, no centrándose específicamente en prolongar la juventud o evitar la muerte, sino en conocer y comprender su dimensión real a partir de sus particularidades. Siendo este abordaje relativamente reciente, en él se buscará cuestionar, en primea instancia, los estereotipos construidos alrededor de la ancianidad, un sector de la población que, desde la segunda mitad del siglo XX, el cual aumentó de manera considerable llegando a vivir más tiempo del que antes lo había hecho (Carbajo Vélez, 2008, pág. 252). De esta forma, es que se establecieron las bases de los estudios geriátricos.

Representando un área de la salud actualmente muy solicitada, la geriatría:

“Es una rama médica dedicada al cuidado de los adultos mayores que toca aspectos preventivos, terapéuticos, rehabilitatorios y paliativos integrando los aspectos sociales y familiares. Proporciona herramientas para la atención del adulto mayor enfermo en etapas agudas, subagudas y crónicas”. (Ávila Fematt, 2010)

Siendo la medicina uno de sus ejes principales, procura el cuidado y el acompañamiento para generar un estado de bienestar en las personas adultas mayores. Dentro de los objetivos principales de esta rama médica, se encuentra el de lograr el mantenimiento y la recuperación funcional del adulto mayor para así conseguir el máximo nivel de autonomía e independencia posible, de tal forma que pueda reinsertarse en la mayor cantidad de actividades cotidianas de forma autosuficiente (Ávila Fematt, 2010, pág. 51). En este sentido, se comienza a considerar que la vejez no necesariamente tendría que relacionarse directamente con el dolor y sufrimiento constante.

Cabe mencionar que se logran identificar que sus antecedentes históricos datan de tiempos y civilizaciones pasadas:

“El interés por el estudio y tratamiento de las condiciones patológicas que afectan al ser humano a medida que envejece se remonta a 2800 a.C., en el antiguo Egipto, donde se consideraba que el proceso debilitante del envejecimiento era debido a «la purulencia en el corazón”. (Ávila Fematt, 2010)

Ciertamente desde Hipócrates hasta los inicios del Siglo XX, con los estudios realizados por IL Nascher¹⁴⁰ y Marjorie Warren¹⁴¹, paulatinamente se convirtió en una etapa de la vida cada vez más estudiada y tratada, sobre todo después de los eventos de la segunda mitad del siglo XX, como se mencionó anteriormente. Es importante señalar que, con el fin de no perdernos en la gran cantidad de información presente, nos centraremos específicamente en la *fase de expansión de las investigaciones sobre el envejecimiento*, propuesta por Carbajo Vélez, y en la que se comenzó un abordaje encaminado al entendimiento de la vejez y no solo de erradicarla.

Las condiciones que se establecieron posteriores a los años sesenta favorecieron el aumento del espectro de vida. Desde la promulgación de los derechos humano, la institucionalización de los cuidados médicos, en conjunto con los avances médicos, generaron las condiciones para que se prolongara el espectro de vida (Carbajo Vélez, 2008, pág. 251). De forma paralela, se desarrollaron diversos estudios sobre los aspectos fisiológicos, biológicos y médicos de la vejez. Simultáneamente, los estudios psicológicos (psicogeriatría) y sociológicos se hicieron presentes para entender las particularidades de vivir durante más tiempo. De tal forma que, la geriatría, en términos médicos, ha permitido que se entienda mejor el proceso de envejecimiento, ya no solo como la última de las etapas de la vida en la que solo se espera la muerte, sino como un momento de lucidez, tranquilidad

¹⁴⁰ Reconocido pionero de los estudios en adultos mayores, “el Dr. Nascher nació en Viena en 1863 y se estableció en Nueva York a partir de 1882; en 1909 publicó en *The New York Medical Journal* el primer documento relativo a la geriatría: «Longevidad y rejuvenescencia». Poco después, en 1914, apareció su libro *Geriatría: Las enfermedades del envejecimiento y su tratamiento*” (Ávila Fematt, 2010, pág. 50).

¹⁴¹ Tomó a su cargo, en Gran Bretaña, “el área de pacientes ancianos e inválidos en el Hospital de West Middlesex, en 1930, innovó los modelos de cuidado e introdujo programas rehabilitatorios activos, modificaciones ambientales y estimulación tanto cognitiva como afectiva, lo que permitió la reintegración social y familiar de sus pacientes, otrora abandonados” (Ávila Fematt, 2010, pág. 50)

y paz. Por ende, de dio comienzo al abordaje interdisciplinario de la vejez que derivó en dos vertientes: la gerontología y la psicogeriatría:

“La nueva concepción de vejez conlleva entenderla como un proceso de cambio, en el que el ámbito biológico-fisiológico es uno de los aspectos junto con el conocimiento psicogerontológico y la faceta social o sociogerontología. Desde este momento, el estudio del envejecimiento es interdisciplinar y en él están implicados médicos, psicólogos, sociólogos y asistentes sociales, juristas, ecologistas y arquitectos, con el objetivo de esclarecer las interacciones entre los factores que forman el proceso de envejecimiento, es decir, los factores bio-psico-sociales”.

(Carbajo Vélez, 2008, pág. 251)

GERONTOLOGÍA Y PSICOGERIATRÍA

Miguel Krassoievitch, psiquiatra mexicano, señala que el concepto de vejez imperante en las sociedades occidentales presenta, aun en la actualidad, una gran cantidad de estereotipos que obstaculizan en conocimiento y la visión real de esta etapa tan particular en la vida. Cada vejez es única, por lo que no es posible generalizar. Es un proceso y no un estado, es decir, se transita por la vejez, mas no se “es viejo”. Por lo que las consideraciones que se tienen sobre la ancianidad se encuentran más del lado del constructo social que de la realidad, según señala Comfort: “ el 75% de los cambios relacionados con la edad pueden ser atribuidos al envejecimiento social y son producto de nuestras creencias, prejuicios y conceptos erróneos sobre la vejez” (Krassoievitch, 2018, pág. 23). Es a partir de los nuevos estudios realizados, que consideran múltiples aristas, que se comienza a desmitificar, entender e identificar a la vejez tal y como es, y no como debería ser. Desde la desvinculación con el mundo y su

entorno, hasta la inactividad y la falta de interés por nuevo conocimiento, son objeto de un análisis minucioso.

La postura que Krassoievich desarrolla en su texto, *Psicoterapia Geriátrica*, es la de un constante cuestionamiento acerca de los prejuicios establecidos al respecto de la ancianidad. El primero de tales estereotipos es el de la *inactividad*, en la que, aparentemente, toda persona en edad avanzada se encamina a dejar de realizar las labores cotidianas. En este sentido, Krassoievich apuntará: “El hecho de que la mayoría de los varones japoneses de más de 60 años sigan trabajando, mientras que en los países occidentales lo hacen la mitad de ellos, solo tiene una explicación cultural” (Krassoievitch, 2018, pág. 23)¹⁴². Por tal motivo, se observa que cada sociedad y época asume la ancianidad de forma única, no existiendo generalidades absolutas. De tal forma que, no exista *la vejez* como experiencia uniforme para las personas, sino que es un proceso particular y único, circunscrito a la geografía, la idiosincrasia, la cultural y sociedad en donde se envejece. Sin embargo, no dejan de estar presentes, a palabras de Krassoievich, estereotipos que determinan nuestra forma de conceptualizarla.

Regresando al tema, la inactividad que aparentemente experimentan las personas de la tercera edad llega a confundirse con la dificultad de asimilar el constante cambio y novedad por parte la cultura y la tecnología, específicamente en el medio urbano:

“En el mundo contemporáneo los ancianos han visto innumerables cambios en un tiempo relativamente corto: la urbanización y la arquitectura urbana, la electrificación

¹⁴² Cabe mencionar que, en la cultura nipona, la ancianidad tiene un valor fundamental, en el que la experiencia y la sabiduría son elementos que se obtienen solo a través del tiempo. Por el contrario, en occidente, se considera a la vejez como una etapa de escasa productividad y el rendimiento disminuyen, derivando en la inutilidad.

masiva, el cine, la televisión y los viajes espaciales, entre otros¹⁴³. Ante tantos cambios, producidos en cierto sentido con mayor celeridad que su propio envejecimiento, tienen una respuesta habitualmente ambivalente, mezcla de admiración y resentimiento”. (Krassoievitch, 2018, pág. 24)

La aceleración y vértigo de la actualidad genera, una mayor facilidad para realizar ciertas tareas y actividades, pero también una sensación de desarraigo y extrañeza que se da por una fuerte demanda de adaptación constante a la novedad. El cúmulo de cambios, sin tiempo a procesarlos, termina generando apatía y falta de interés para interactuar con su entorno, derivando en la inactividad:

“En los centros urbanos, por el contrario, debido al desarrollo tecnológico, los cambios rápidos y el estilo de vida, en lugar de sabios, los viejos aparecen como ignorantes y tontos. La pérdida de la comunicación intergeneracional puede ser muy dolorosa para los viejos que recuerdan las buenas relaciones con sus propios abuelos y se percatan de la imposibilidad de tenerlas con sus nietos”. (Krassoievitch, 2018, pág. 27)

Por lo tanto, no es que la persona adulta mayor desee estar alejada de las actividades y del contexto, como suele considerarse, sino que el constante cambio de su entorno, paulatinamente, lo orilla a hacerlo. En consecuencia, la repetición generalizada de comportamientos similares da a entender que este es un comportamiento propio y natural de la tercera edad sin considerar las condiciones propias del entorno actual. La constante demanda de juventud, progreso, aceleración y mejora continua, ya señaladas por Verdú,

¹⁴³ Tómese en cuenta que el texto citado fue escrito en 1988, por lo que, en los cambios antes mencionados, es relevante agregar el auge del internet, las tecnologías de la comunicación e información (TIC'S), entre otros.

Lipovetsky y Han, obstaculizan que la población senecta asuma y se adapte, bajo sus posibilidades, a una realidad que busca relegar la pausa, la improductividad y la meditación.

Otro ejemplo de los estereotipos referentes a la ancianidad se encuentra en la teoría de la desvinculación. Propuesta por Cumming y Henry, en 1961¹⁴⁴, dicha teoría señala que se da un distanciamiento, por parte de los adultos mayores, en el que paulatinamente se evitan las interacciones sociales y la generación de vínculos, tanto nuevos como antiguos. Además, según los autores, se da un decremento de los papeles y roles que anteriormente se habían adoptado a lo largo de la vida, aunado a una mayor preocupación por sí mismos (Fernández, Monardes, & Díaz, 2017). Tal postulado sostiene que la desvinculación constituye una tendencia presente en todas las personas de la tercera edad: “siendo que cumple con una función adaptativa, ya que se correlaciona con una sensación de bienestar o de satisfacción de la vida. De esta forma se establecería un nuevo equilibrio caracterizado por una mayor distancia entre el individuo y la sociedad” (Krassoievitch, 2018, pág. 29).

Aun que fue una teoría aceptada en su momento, en la década de los sesenta, también fue sumamente criticada por presentar una visión determinista y generalizada de la ancianidad, dando pie a considerar si el abordaje de la ancianidad presentaba estereotipos que, aun en las investigaciones académicas, se encontraban presentes. De tal forma que se comenzó a considerar una práctica en la que la visión estereotipada de esta etapa de la vida estaba, y está muy presente en las sociedades, a la cual se denominó: *ageism* o *viejismo*. “En

¹⁴⁴ “E. Cummings y W.E. Henry en el año 1961 publican el resultado de una investigación llevada a cabo por un equipo de investigadores pertenecientes al Comité de Desarrollo Humano de la Universidad de Chicago. El estudio se realiza en el medio ambiente natural donde viven las personas, en su comunidad en la que han establecido sus vínculos afectivos y sus desarrollos laborales y no en las instituciones que frecuentan las personas mayores. En este encuadre, se observó cómo los individuos estudiados en edad madura con el paso de los años iban reduciendo el número de actividades y limitando los contactos sociales” (Fernández, Monardes, & Díaz, 2017)

1968, Robert Butler acuñó el término «viejismo» para referirse al proceso de elaboración de estereotipos y discriminación sistemática contra las personas, debido a que son mayores”. (Ortiz & Olivares , 2008). Equiparable al sexismo, racismo y discriminación racial, el viejismo, señala la segregación, la predisposición e idealización que se genera sobre la ancianidad, en función de su edad. Así, junto con la sobreestima en la que se tiene a la juventud, los estereotipos que presentan los adultos mayores han impedido revisar sus características y dinámicas reales.

Es por esto que diversos trabajos, realizados desde la gerontología y la psicogeriatría, se han dado a la tarea de desmentir los postulados basados desde el viejismo. En el caso de la actividad y la ancianidad se ha señalado que:

“Se han propiciado una serie de investigaciones que han demostrado la falacia contemporánea que considera a la población añosa como deseosa de descansar, meditar y satisfecha de por fin disponer de todo su tiempo para lo que mejor le parezca, como recompensa de su vida laboral [...] Los viejos deben permanecer tanto tiempo como les sea posible y que, cuando ciertas actividades ya no son posibles, deben buscarse los sustitutos correspondientes”. (Krassoievitch, 2018, pág. 31)

En este punto se corrobora que los individuos sanos, aun en su tránsito por la vejez, tienen deseos de desarrollar actividades, de buscar experimentar nuevas experiencias y circunstancias. El resultado de ocuparse de tales aspectos es la satisfacción de su existencia y la sensación de plenitud. “En términos de motivación, ha sido demostrado que las conductas dirigidas a una meta siguen operando hasta edades avanzadas, a condición de que el estado de salud no se deteriore” (Krassoievitch, 2018, pág. 32). Por lo tanto, a partir de las posibilidades de cada persona adulta mayor, es importante que se asuma como un individuo

que requiere de sentirse activo, motivado e interactuando con su entorno, de lo contrario se dará la *anomia*, la cual lleva a la desadaptación, la falta de interés, ansiedad y soledad.

Ciertamente se habla de una vejez activa, integrada al medio social y cultura, fuera de los estereotipos que el viejismo ha generado. En el capítulo 3 se hizo mención del como en los tiempos recientes existe un aumento de la presencia de la ancianidad en diversas actividades turísticas, laborales, académicas y sociales. Es marcada la creciente tendencia de aceptar y entender, dentro de sus particularidades, este momento de la vida, sin prejuicios y segregación. Empero, existen regiones del mundo en donde la ancianidad se vive aun dentro de estereotipos y condiciones perjudiciales que imposibilitan un trato digno, justo y adecuado. Por tal motivo, la geriatría, la gerontología y la psicogeriatría muestran la importancia de observar, conocer y aceptar, fuera de las tendencias del medio social, a la ancianidad, en sus diferentes aristas.

No obstante, no se debe dejar de lado el factor *salud* antes mencionado. Resultado de los avances médicos que prolongan la vida y la calidad de la misma, vemos que cada vez más se retrasan los aspectos incapacitantes que se han visto con el aumento de la edad. Aún resta hablar del momento en que las personas senectas atraviesan por una enfermedad incapacitante, en la que se requiere de los cuidados constantes de un tercero. Los paradigmas actuales a partir de los cuales se abordan los padecimientos o los últimos momentos de la vida de una persona adulta mayor, van más por la premisa de la *calidad de vida* que el de la *cantidad de vida*. Así comienza a cuestionarse, paulatinamente, si la función de las disciplinas de la salud debe ser la de alargar la vida, o la de generar un acompañamiento hasta el cese de las funciones orgánicas.

Aunque el ensañamiento por parte de los médicos y de la familia, con respecto al alargar el periodo de vida de una persona adulta mayor, continúa siendo un factor en el que

los geriatras buscan concientizar con respecto a la calidad de vida y no la cantidad de vida. Específicamente en la vivencia de la muerte próxima, el cirujano Marc Antoni Broggi señala:

“A menudo se hace demasiado para posponer la muerte y demasiado poco, y tarde, para aliviar el sufrimiento que la acompaña: esta es la constatación que conviene tener presente cuando hablamos de ayudar mejor a quien va a morir, tanto por parte de los profesionales como de los familiares. Los primeros tienen una inercia y tan poderosos medios para continuar la lucha contra la enfermedad que fácilmente van demasiado lejos. Y los familiares, dada la angustia que sienten, esperan y piden actuaciones que a veces ya no son ni útiles ni seguras para el enfermo”. (Antoni Broggi, 2013)

Lo anterior se circunscribe aun en que la muerte es un fracaso que hay que evitar su llegada a toda costa. Es por eso que, tanto la geriatría como la tanatología, establecen que la muerte es parte de la vida, por lo que los esfuerzos, tanto de los profesionales y de las familias, debiera enfocarse en aminorar el sufrimiento del aquejado, tanto en términos físicos como mentales y emocionales. Por ende, cada vez son más los abordajes que muestran la importancia de abandonar el enfrentamiento establecido con la ancianidad, la enfermedad y las condiciones limitantes generadas por la falta de salud. De esta forma, cada vez se conoce más, realmente, las necesidades, anhelos, y características de la población senecta, cuestionando la visión que ha permanecido durante las últimas décadas, desde una óptica del utilitarismo, el rendimiento y la medicalización de la vida. Ahora, es turno de hablar de *memento mori*, mismo que actualmente se simboliza y se tramita a partir de una postura relativamente reciente: la tanatología.

La tanatología y el hiperindividuo

La humanidad ha elaborado sus pérdidas y duelos durante miles de años de distintas formas. Principalmente, las religiones fueron las encargadas de brindar una explicación, sostén y consuelo sobre la muerte. La vigencia de sus señalamientos abarcó varias épocas históricas brindando una serie de explicaciones que pudieran dar certidumbre acerca de tal evento. Sin embargo, con la secularización de la vida y el paso de una postura teocentrista a una antropocentrista, tales señalamientos dejaron de ser suficientes para sobrellevarla, por lo que se comenzó a percibir a la muerte de forma abrumadora e intempestiva. De esta forma, la ciencia, la técnica y la razón fueron herramientas que comenzaron a utilizarse para generar una batalla en contra de la finitud buscando erradicar el *memento mori*.

Sin embargo, como ya ha sido revisado en el apartado de la *Muerte Domada* y la *Muerte Robada*, la constante lucha para vencer la muerte nos ha llevado a temerle cada vez más, negándola y alejándonos más de poderla significar en la cotidianidad. Si bien ya hemos realizado un recorrido pormenorizado tanto de la muerte domada y la muerte robada en el capítulo uno, para abordar los elementos anteriores, en el presente apartado abordaremos lo referente a las nuevas formas en que se busca entender, significar y dar trámite al miedo a la muerte, así como a la muerte misma en sus diferentes aristas. Principalmente se abordará lo referente a la tanatología.

Siendo una disciplina relativamente reciente, en cuanto a sus abordaje actual, la tanatología¹⁴⁵:

“Estudia el fenómeno de la muerte en los seres humanos y está enfocada a establecer un lazo de confianza y de esperanza al enfermo en tránsito de muerte, su familia y el

¹⁴⁵ “En la mitología griega, Thanatos (Thánatos, “muerte”) era la personificación de la muerte no violenta. Hijo de Nyx, la noche. Su toque era suave, como el de su hermano gemelo Hipnos, el sueño”. (Escuela D.E., 2016)

personal médico que lo atiende, así como buenos cuidados que ayuden al enfermo a morir con dignidad, a tener una muerte apropiada”. (Escuela D.E., 2016)

El origen de este término es posible localizarlo a principios del siglo XX, específicamente en 1901. Fue acuñado por el médico ruso Elías Metchnikoff¹⁴⁶ (1845-1916) quién, en el año de 1908 recibiera, el Premio Nobel de Medicina por sus trabajos que culminaron en la teoría de la fagocitosis¹⁴⁷ (Bravo Mariño, 2006). Cabe señalar que la tanatología en ese entonces se encontraba orientada a la medicina forense, encargada del estudio de los cuerpos y cadáveres, desde óptica médico-legal.

En los años cincuenta, posterior a los eventos de la Segunda Guerra Mundial, se daba la hospitalización de la mayoría de los pacientes que presentaran una condición patológica y que también los acercara a la muerte¹⁴⁸. En ese entonces, las familias ya no se encargaban, del todo, de los últimos momentos de vida de sus familiares, como antaño ocurría. Paulatinamente los hospitales se convirtieron en los lugares en que la enfermedad y la muerte se circunscribía, alejándolas de la cotidianidad. Como resultado, diferentes estudios acerca del estado de los pacientes hospitalizados evidenciaron la sensación de abandono, desplazamiento y abatimiento que sentían al estar alejados de sus familiares, siendo tratados solo a partir de la preservación de sus signos vitales: “Curar era el objetivo más importante

¹⁴⁶ Sus aportes resultaron indispensables, también, en el campo de la gerontología y los procesos del envejecimiento. De tal forma que llegó a mencionar *“El estudio del envejecimiento tiene una gran importancia y un enorme valor práctico”* (Ribera Casado, 2017).

¹⁴⁷ Cabe señalar que es posible localizar antecedentes históricos previos a los ya mencionados. Desde la Edad Media, siendo las órdenes religiosas que trataban a los enfermos de gravedad; en el siglo XVI, con la creación de los primeros hospicios; y en el siglo XIX se formaron los primeros albergues en Francia, para enfermos de cáncer. (Bravo Mariño, 2006)

¹⁴⁸ El paso de la muerte familiar y colectiva a la muerte hospitalizada, se observó, como lo indica Bravo Mariño, en la década de los treinta: *“En 1930, como resultado de grandes avances en la medicina, empezó un período que confinaba la muerte en los hospitales, y en la década de 1950 esto se generalizó cada vez más. Así el cuidado de los enfermos en fase terminal, fue trasladado de la casa a las instituciones hospitalarias, de modo que la sociedad de la época “escondió” la muerte en un afán de hacerla menos visible, para no recordar los horrores de la Segunda Guerra Mundial”* (Bravo Mariño, 2006).

de la medicina, por tanto, la muerte, era considerada como un fracaso” (Bravo Mariño, 2006). Por lo que, en los años sesenta, a partir de los movimientos humanísticos propios de la época, da comienzo la tanatología. En contraste con el ensañamiento médico por preservar los signos vitales, comienzan a desarrollarse los fundamentos de una postura encaminada a la calidad de vida, más que a la preservación de signos vitales. Es en este momento en que comienza la etapa de la tanatología en la que se apoyará de la psicología, la psicoterapia, la antropología y la sociología.

Elizabeth Kübler-Ross, psiquiatra y escritora, es considerada una de las principales pioneras de la tanatología, tal y como se conoce en la actualidad. Su amplio trabajo con diversos pacientes terminales, de diferentes edades y condiciones sociales, propiciaron el desarrollo de un amplio trabajo en el campo de los cuidados paliativos, el trabajo del duelo y la pérdida, tanto en los pacientes moribundos como con sus familiares (Kübler- Ross, 1983). Los aportes que realizó en dichos temas evidenciaron que las formas en que se estaba asumiendo a la muerte generaban una experiencia de abandono en los moribundos, aspecto que Norbert Elías profundizaría en su texto, *La soledad de los moribundos*, abordado en el primer capítulo de la presente tesis.

“La Dra. Elizabeth Kübler-Ross comenzó su trabajo en Tanatología haciendo una investigación respecto de la muerte con un equipo de trabajo inicialmente comprendido por cuatro seminaristas. Quiso acercarse a los pacientes terminales, sin leer nada sobre la materia; más bien quería observar y aprender de ellos directamente. Ella platicaba con el paciente y los seminaristas se ubicaban alrededor de su cama observándola y tomando notas”. (Bravo Mariño, 2006)

Desde una postura abierta al aprendizaje y discurso de los pacientes terminales, evitando las ideas preconcebidas fue que se comenzó a dar palabra, sostén y realismo al

memento mori. Paulatinamente el personal médico, enfermeras, estudiantes y voluntarios, al estar acompañando a la Kübler-Ross en sus dinámicas, comenzaron a darse cuenta que el trato cotidiano otorgado a los pacientes dejaba de lado el miedo a la muerte que se experimentaba por su proximidad.

El resultado fue el comienzo de la integración de una visión más humana y menos técnico-médica, la cual, desde la perspectiva de Fernández del Riesgo, resultó necesaria para generar un contrapeso a la postura de la “muerte esquivada”, en la que “el moribundo no sabe asumir su situación, y el médico no sabe acompañarle ni ayudarle” (Fernandes del Riesgo, pág. 204). Por lo que se observó la necesidad de establecer un acompañamiento al moribundo en el que se diera espacio a su deseo de compartir su experiencia próxima a la muerte. Así, se comenzó a plantear la idea de una *medicina tanatológica*, que, desde el cuestionamiento del ensañamiento médico por la vida: “intente contemplar la muerte no solo como el fracaso o la derrota del galeno, sino como una última y sorprendente oportunidad de humanización y encuentro personal” (Fernandes del Riesgo, pág. 205). Una humanización de los últimos momentos de vida del moribundo al que se le acompañara a través de los cuidados paliativos, buscando aminorar su dolor físico, además de su miedo, angustia o ansiedad por la cercanía de la muerte. En palabras de Kübler-Ross: “ningún moribundo os pedirá una inyección si los cuidáis con amor y si les ayudáis a arreglar sus problemas pendientes” (Kübler- Ross, 1983).

Hablar de todos los aportes realizados por Elisabeth Kübler-Ross, en el campo de la tanatología, abarcaría otro escrito entero dedicado exclusivamente al respecto. Por lo que, para nuestros fines, es importante señalar que los postulados teóricos y prácticos derivados de sus aportes resultaron en una nueva forma de comenzar a dar trámite al acontecimiento de la muerte, surgiendo como una alternativa a las religiones y sus metarrelatos, desde una perspectiva de la aceptación, el acompañamiento y la escucha. En contraposición al

ensañamiento médico imperante en los hospitales, el cual veía a la muerte y la enfermedad como enemiga, se comenzó a proponer un espacio de aceptación a la finitud.

De esta forma, los abordajes acerca del duelo, la pérdida y el miedo a la muerte comenzaron a ir de la mano de académicos y profesionales que fueron acompañando a los aquejados en el tránsito de dichas situaciones. Desde personas adultas mayores, enfermos terminales y sus familiares comenzaron a demandar los servicios de los tanatólogos. William Worden, señala que, a partir de los años ochenta, la solicitud de especialistas en duelo ha ido en aumento, aunque no de una forma tan notoria y sobre todo centrado en el ámbito urbano. Lo que antaño resultaba un espacio exclusivo de las religiones, actualmente ha comenzado a ser ocupado por vertientes secularizadas y académicas que abordan el tema:

“En otra época la gente se habría dirigido a líderes o instituciones religiosas para que le ayudaran a resolver su duelo, pero debido a que muchas personas ya no pertenecen a organizaciones religiosas formales, se dirigen a profesionales de la salud mental. Además, la excesiva movilidad de nuestra sociedad lleva en sí misma a este cambio de enfoque”. (William Worden, 2004, pág. 19)

Es importante señalar que a los lugares que los que se refiere Worden, en los que se solicita la asistencia de un tanatólogo o experto en las temáticas del duelo, se centran en países como Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia, principalmente, por lo que, en países como México, España, Brasil, entre otros, recientemente comienzan a considerar dicha asistencia. Por lo que, aun sus formas de tramitar el miedo a la muerte, la muerte, la pérdida y el duelo sigue atravesada por el ámbito religioso, principalmente.

Como se mencionó en capítulos anteriores, antaño, las familias y allegado estaban más próximas entre sí, generando vínculos profundos que permitían que los acontecimientos determinantes, entre ellos la muerte y las pérdidas, se tramitaran a partir del acompañamiento,

la empatía y la solidaridad. Pero, en la actualidad, ya no existe dicho sentido de comunidad para proporcionar apoyo, además de que la familia ya no se encuentra disponible, como ya se mencionó en el capítulo uno. Es por eso que, ante una pérdida, se acude al sistema de atención sanitaria y al de salud mental para recibir el apoyo y el cuidado que antes provenía de otras fuentes (William Worden, 2004). Por lo que los abordajes tanatológicos comienzan a ser una alternativa importante que va mostrando la necesidad, aun presente, de dar un espacio para simbolizar, apalabrar y acompañar los momentos previos al *memento mori*. Aunque de forma atenuada, pero constante, la humanización de la asunción de la muerte se va integrando cada vez más dentro de las sociedades, en contraste con la negación o la evitación que, de forma paralela, también se desarrolla.

La intención del presente apartado es la de mostrar que, fuera de lo que se pensaría acerca de una negación rotunda a la finitud y a la muerte, se observan autores y líneas de pensamiento que tiene la finalidad de resaltar la importancia de darle un espacio al tema de la muerte en la cotidianidad, buscando significarla a partir de familiarizarnos con ella, no buscando su negación evitándola. Entre los estudios gerontológicos y la tanatología se busca dar espacio y significación al miedo, dolor, incertidumbre y sufrimiento derivados de la muerte, ya no desde las religiones o los metarrelatos, fuera de las promesas de una vida después de la vida, la reencarnación, sino a partir de la asunción trabajada de la finitud. Aunque el proyecto moderno prometía que tarde o temprano se vencería, o se vencerá, a la muerte, se ha observado que asumirla como un enemigo a vencer resulta más dañino al momento de su llegada, aumentando el miedo a niveles insoportables con solo la idea de que pueda llegar en cualquier momento. En este caso, la tanatología resulta uno de los primeros intentos de volverle a otorgar a la muerte ese lugar que anteriormente poseía, como parte de la vida y la cotidianidad.

CONCLUSIONES

En el presente estudio se han revisado una serie de temas que comparten un núcleo a partir del temor a la muerte como punto de encuentro. El objetivo principal de la presente conclusión, más que profundizar o redundar sobre los capítulos anteriores, es presentar una panorámica que permita valorar y evidenciar las relaciones entre hiperindividualidad, con su tendencia sobre-individualista, el miedo a la muerte, como parte esencial de cada civilización, y las nuevas formas de abordar la muerte a través de los casos de la Geriatria y la Tanatología. Tras exponer algunas de las principales características de una actualidad rebosante de individuos *libres de guiar su rumbo a voluntad*, fuera del ámbito comunitario y de cualquier discurso religioso, político, histórico o filosófico, podemos darnos cuenta de las consecuencias resultantes de vivir en un mundo *sin anclas*.

El antropocentrismo imperante en los siglos XIX y XX, llevado de la mano por el ideal de progreso, que buscaba potencializar la capacidad humana de transformar el entorno por medio de la fuerza, se encuentra hoy en una crisis que puede apreciarse en la forma en cómo se conducen los miembros de sus sociedades, carentes de ideas que guíen su libertad recién adquirida. El anhelo por alcanzar la autonomía, propició el nacimiento de sociedades habitadas por *átomos irreductibles*, conformando universos incomunicados, incapaces de interactuar entre sí, llegando a un retraimiento social que obstaculiza la formación de lazos estrechos y duraderos. Este mundo se encuentra sobrepoblado por *masas inmensas de soledades*. Es en esta *hipermodernidad*, de la que habla Lipovetsky, envuelta en pretensiones superfluas, de espectáculos idiotizantes y conductas consumistas, donde lo inmediato y lo

superficial rigen todas las actividades del quehacer diario, cotidianeidad en la que se propicia que el hombre se sumerja en distractores enajenantes, embotado en la superficie de su existencia (Fernandes del Riesgo). Esto impide que se permita reflexionar sobre sí mismo y su entorno, concientizándose y actuando para sobrellevar, de mejor manera, el vértigo en el que se extravía el mundo. La contemplación ha sido destituida por la rapidez de lo efímero, lo momentáneo y lo superficial, forjando individuos endebles que no logran detenerse para cuestionar su existencia.

Las visiones encaminadas al *tener* y a la *competitividad desmedida* provocan que los hombres se conciban más como objetos que como sujetos. Soledad, depresión, vulnerabilidad son manifestaciones frecuentes ante un mundo percibido como inmenso y amenazador. Hoy, más que nunca, las personas se sienten perdidas, fuera de lugar, desorbitadas, y carecen de un sentido último que las guíe. Fuera de ser dueños de su existencia, se presentan aislados y frágiles, buscando una libertad que, más que un derecho, se vive como una obligación impuesta, abandonando el cobijo que se obtenía de la vida en comunidad y de las instituciones ideológicas, quedando susceptibles ante sucesos que constantemente amenazan con desestabilizar sus frágiles protecciones, como es el caso de la muerte.

Este acontecimiento que, desde que el hombre ha tenido conciencia de sí mismo ha condicionado su existencia, se ve como un enemigo amenazante que es necesario erradicar a toda costa, tarea que las sociedades modernas han tomado como imperativo categórico. A partir de la implementación de técnicas científicas desarrolladas, principalmente, por las ciencias de la salud, en especial las relacionadas con la medicina, se ha buscado lograr este fin. Básicamente, éstas persiguen frenar el advenimiento del ajamiento corporal propio del paso natural del tiempo, pretendiendo evitar que lleguen los vestigios del *memento morí*. A grandes rasgos, se procura obtener una clase de *juventud eterna* por medios científicos. Para

ilustrar esto, basta con observar el creciente interés por cuidar el cuerpo lo máximo posible, practicando deporte de forma desmedida (vigorexia), o el sometimiento indiscriminado a procedimientos quirúrgicos invasivos y dolorosos, con la finalidad de aminorar su deterioro. Por otro lado, se advierte la hospitalización masiva de enfermos y moribundos, desproveyéndoles de los cuidados y atenciones de familiares y allegados, que se ha convertido en una práctica habitual principalmente en el medio urbano, así como la insistencia de los médicos por mantener las funciones vitales de los pacientes cuando está cercana su muerte.

Todos estos elementos encierran dos factores en común: la pretensión de *evitar y ocultar* las señales que dan fe del paso del tiempo y de la cercanía de la muerte. Nunca en la historia del hombre se la ha tolerado ver de frente, pero, especialmente en la actualidad, se la percibe como insoportable y esto es debido a que es incompatible con aspectos como lo nuevo, la perfección y el movimiento ininterrumpido, que gobiernan esta sociedad de lo efímero. En “el discurso de la modernidad, con su exaltación optimista del hombre, y la fe del binomio razón-progreso [...] el hombre mientras vive lo puede todo, muerto ya no es nada” (Fernandes del Riesgo, pág. 149). Como consecuencia, la pérdida del tratamiento simbólico de la realidad, a partir del mito y la religión, que anteriormente permitían sobrellevar y aceptar la muerte, genera que se la niegue, señalándola como un acontecimiento vergonzoso y clandestino. Este hombre *cool*: “que lleva por bandera una tetralogía: hedonismo-consumismo- permisividad-relativismo [...] es un hombre que no cree en casi nada y ha desertado de los valores trascendentes, encarnando la muerte de los ideales” (Fernandes del Riesgo, pág. 187). Desprovisto de toda protección, lo que busca es evitar el sufrimiento que conlleva asumir la existencia sin guía alguna. Lejos de tratar de establecer una relación de respeto, admisión y cercanía con la muerte, como aquella *muerte domada*

que caracterizaba al Medioevo, comunitaria y parte fundamental del quehacer social y cultural, ahora se la oculta, se la niega, viéndola como un enemigo incómodo al que *tarde o temprano* se llegará a vencer. Mientras que el hombre medieval la aceptaba como parte de su destino en el mundo el hombre de hoy busca eludirla a toda costa.

Mediante los estudios desarrollados por la biología, la medicina y áreas a afines, se comenzó a entenderse a la muerte como un fenómeno lógico y entendible, necesaria para que nuevas generaciones de seres vivos logran adaptarse de forma óptima a las condiciones de su entorno. Si bien se entendieron las razones del por qué es importante que una especie perezca para dar paso a otras formas de vida, esto no generó que el ser humano pudiera lidiar y aceptar su finitud. Derivando de tales estudios, comenzó a darse una visión del mundo carente del sustento religioso que anteriormente existía, priorizando a la razón, a la ciencia y, sobre todo, una postura individual del mundo.

A partir del antropocentrismo imperante en los siglos XIX y XX, llevado de la mano por el ideal de progreso, que buscaba potencializar la capacidad humana de transformar el entorno por medio de la técnica y la razón, se encuentra hoy en una crisis que puede apreciarse en la forma en cómo se conducen los miembros de sus sociedades, carentes de ideas y relatos que den forma a su existencia y a su porvenir. El anhelo por alcanzar la autonomía, propició el nacimiento de sociedades habitadas por *átomos irreductibles*, conformando universos comunicados, incapaces de interactuar entre sí, llegando a un retraimiento social que obstaculiza la formación de lazos estrechos y duraderos. Este mundo se encuentra sobrepoblado por *masas inmensas de soledades*.

Es a partir de la vulnerabilidad en la que se vive actualmente, además de su creciente aislamiento, que la humanidad intenta evitar todo aquello que le cause sufrimiento, dolor e incertidumbre, y la muerte, indiscutiblemente, es la máxima expresión de estos temores. Un

miedo desbordado a lo desconocido es su característica. Lo que está fuera de su alcance es imperativo develarlo, conquistarlo y poseerlo o, por el contrario, repudiarlo, alejarlo y negar su existencia a través del entretenimiento continuo, la autorrealización y el enfocarse en uno mismo. Por lo tanto, nos encontramos en una sociedad que percibe la muerte con terror, y en la que se la ha despojado de su espacio natural y solo se la ha ubicado en los ámbitos médicos y hospitalarios.

Como ejemplo, a partir del 2009, ciertas funerarias comenzaron a incluir en sus servicios la transmisión de velorios por internet, una tendencia adoptada, además, por países como Inglaterra, Argentina, Brasil, Colombia, Israel, Estados Unidos de América y, recientemente, México¹⁴⁹. El servicio consiste en la colocación de cámaras de video, discretamente distribuidas en distintos lugares de la sala de velación, incluyendo el ataúd:

“Por medio de un software el doliente que sigue la velación en directo se conecta a través de una clave que la empresa funeraria le da al contratante para que éste a su vez la comunique a los familiares y amigos del difunto”. (Ajenjo , 2010)

La razón de su implementación se justifica en la imposibilidad que algunos deudos tienen para poder estar presentes en el acompañamiento funerario, ya sea por enfermedad, complicación horaria o por vivir en lugares distantes de donde se realiza el acto fúnebre. Este ejemplo muestra cómo hoy se siguen nuevas formas de interactuar con la muerte, donde claramente se *virtualiza* el acercamiento a ella, imponiendo una distancia *segura* que permita alejarnos de sus efectos. Estos tiempos en que el simulacro, la representación y el espectáculo invaden cada aspecto de la cultura plantean una muerte maquillada, ocultando la putrefacción y la degradación que ésta contiene, evitando así que se la asimile como un evento que trastoca

¹⁴⁹ Una de las principales razones por las que se comienzan a implementar estos servicios en México es por la creciente ola de violencia que actualmente padece el país.

la esencia y la cotidianidad del hombre. De esta forma, siendo señalado por Fernández del Riesgo, Thomas Vincent Louis, Antoni Broggi, Jankelevitch, entre otros, se relega a la muerte fuera del ámbito cotidiano, restringido solo al dominio médico y hospitalario. Todo esto es derivado de una cultura hiperindividualizada imperante en la contemporaneidad, en la que cada vez se da una atomización de la vida en la que lo correspondiente al dolor, el sufrimiento, la vejez y la muerte buscan ocultarse a la vista de lo colectivo. La evitación que destaca, sobre todo en los espacios urbanos, denotan lo insostenible y aberrante que es considerado el fin de la vida.

Al negar la relevancia de la muerte, tanto en la reflexión como en la acción de aceptarla, se evita el poder interactuar con una parte esencial del hombre: su finitud. Sin embargo, como ejemplo, con los eventos ocurridos a finales del 2019, tal negación comenzó a dejar de estar presente alrededor del mundo. La pandemia¹⁵⁰ del Covid-19¹⁵¹, propició que, durante el transcurso del 2020 la cotidianidad, centrada en la rapidez, el rendimiento y la productividad, se detuviera por completo. Siendo que la propagación de este virus se genera a través de la proximidad corporal entre los individuos¹⁵², las dinámicas de interacción social tuvieron que modificarse generando un distanciamiento en busca de reducir los contagios. La condición mundial de dicha pandemia, además de su duración, generó una tasa de

¹⁵⁰ “En 2019 fueron reportados una serie de casos de pacientes hospitalizados con una enfermedad caracterizada por neumonía e insuficiencia respiratoria a causa de un nuevo coronavirus (SARS-CoV-2), en la provincia de Hubei, China [...] El 11 de marzo (del 2020), la COVID-19 fue declarada como pandemia en una rueda de prensa mundial por Tedros Adhanom Ghebreyesus, director general de la Organización Mundial de la Salud” (Ferrer, 2020)

¹⁵¹ “Los coronavirus son un grupo de virus que pueden causar enfermedad tanto en animales como en humanos. Un ejemplo de coronavirus es la cepa del virus del síndrome respiratorio agudo severo (SARS, en inglés) conocida como SARS-CoV [...] La nueva cepa de coronavirus causa la enfermedad por coronavirus 19”. (COVID 19) (Medical News Today, 2020)

¹⁵² La transmisión de lo coronavirus humanos se genera de una persona infectada a otra a través del aire, al toser y estornudar; al tocar la mano de una persona enferma o al tocar un objeto o superficie contaminada y llevar las manos sucias a la boca, nariz o los ojos (IMSS, s.f.)

mortalidad considerable, sobre todo en la población adulta mayor, personas con afecciones respiratorias o crónicas, es decir, enfermedades cardíacas, diabetes y obesidad (Mayo Clinic, 2020). Por lo tanto, derivado de tales acontecimientos, el tema de la muerte se hizo presente abruptamente en la cotidianidad. A palabras del psicoanalista Camilo E. Ramírez:

“En estos tiempos en los que el mundo entero ha sido golpeado por un virus nuevo, la enfermedad y la muerte se han hecho presentes de manera contundente y, por las condiciones específicas de la pandemia, de formas nunca experimentadas: algunas personas no se han podido despedir de sus seres queridos como hubiesen querido, rápidamente pasaron de los primeros síntomas, al agravamiento súbito, internamiento hospitalario y fatal desenlace. Todo ha sucedido en un abrir y cerrar de ojos [...] esta pandemia ha sido de cambios radicales en todos los contextos y ordenes sociales”. (E. Ramírez, 2020)

Tanto la imposibilidad de efectuar los rituales funerarios tradicionales con los fallecidos, así como estar en riesgo posible del contagio y el aislamiento social, resultan condiciones que hacen presentes la noción de finitud. Con las situaciones antes mencionadas se vuelve prioritario ubicar el tema de la muerte dentro de la conciencia de la cotidianidad, otorgándole un espacio de reflexión y problematización.

Después de mencionar los ejemplos anteriores, Fernández del Riesgo, junto con Darian Leader y Françoise Dastur, sustentarán que el grado de *humanidad* de una cultura podrá medirse a partir de la sinceridad y eficacia con la que se acepte la muerte, dándole la bienvenida al hecho social, integrándola y dignificándola. Como lo hemos señalado en el último apartado, actualmente se encuentran en desarrollo áreas de estudio que se encaminan a la aceptación, dignificación y socialización de la muerte. Paralelamente a los movimientos de evitación y negación de la muerte, los nuevos abordajes sobre el dolor, el sufrimiento, la

tanatología y la gerontología buscan reconocer la finitud, la muerte y el miedo a partir de su aceptación y humanización. Dicha reapropiación, en contraste con tiempos anteriores, no se encuentra logada a idiosincrasias o metarrelatos religiosos. Si bien, promueve aspectos de espiritualidad, principalmente busca retomar el carácter social y de acompañamiento que antaño se encontraba presente ante tal acontecimiento. Tarea que comenzó a desarrollarse, principalmente en la segunda mitad del siglo XX, con los estudios realizados por la Dra. Elizabeth Kübler-Ross, quien fuera una de las principales autoridades en señalar la importancia del acompañamiento de las personas próximas a morir.

Concluyendo, la forma en que el hiperindividuo, caracterizado por centrarse en sí mismo, experimenta y conduce su miedo a la muerte, se presenta en dos formas. La primera se refiere a la postura de evitación y negación, ya definida en la "muerte robada", y que resulta en un temor abrumador que busca evitarse y ocultarse, experimentándose más por el lado de la soledad. La segunda, es la ya mencionada reapropiación de la idea de la muerte como parte inexorable de la vida, en donde la tanatología representa una nueva propuesta para tramitar y significarla impulsando el acompañamiento. Una vertiente que cuestiona el afán del hiperindividuo por considerarse imperecedero, que posterga el pensar sobre su finitud y que se enajena con la inmediatez.

La propuesta, que ciertamente ha tenido un avance y aceptación lento pero constante, ha generado que los trabajos sobre la muerte, la vejez y sus derivados hayan estado aumentando en los últimos años. La conversación y problematización de estos temas muestran la creciente necesidad de ir integrando una noción de finitud. Es decir, el hiperindividuo comienza a cuestionar la importancia de no atravesar por el acontecimiento de la muerte de forma aislada, y que el miedo que experimenta ante ella es necesario asumirlo, aceptarlo y sobrellevarlo en compañía de sus semejantes. Podría considerarse que lo anterior

puede asemejarse a la *muerte domada*, sin embargo, esta nueva forma de asumir a la muerte no está enmarcada por nociones religiosas, sino por el acompañamiento social. Por último, los intentos de reflexionar sobre la muerte son, en realidad, un pensamiento de la vida que nos conduce a vincularnos con los demás, para hacer llevadero un lance tan avasallador y determinante. Permitir y fomentar pensarnos y repensarnos como seres mortales es lo que nos habilitaría para conciliarnos con el mundo y con nosotros mismos, dejando de lado la fragmentación en la que vivimos y así dar paso a una nueva reapropiación de nuestra finitud, una *neo-muerte domada* que sea el principio de una nueva era de aceptación serena de nuestra mortalidad.

Si bien, aun nos encontramos en un entorno que fomenta y promueve la hiperindividualidad que nos encamina a la enajenación de nosotros mismos, los planteamientos que buscan dar espacio al tema de la finitud y la mortalidad están buscando generar un espacio de re-apropiación de nuestra vida y, por ende, de nuestra muerte. Dicha *neo-muerte domada* se encuentra aún distante de formar parte de la cotidianidad de las sociedades actuales, sin embargo, a partir de las circunstancias ocurridas en el mundo, la importancia de apalabrar y significar nuestra condición finita se vuelve apremiante fuera del entretenimiento, la ligereza y el espectáculo que se promueve en el entorno. Sin duda, el hacernos cargo de nuestro miedo a la muerte cada vez se vuelve un aspecto esencial para podernos conducir a conciencia en el mundo, mismo que hace referencia a esta incipiente *neo-muerte domada*.

BIBLIOGRAFÍA.

(s.f.).

Fernández, E., Monardes, H., & Díaz, C. (2017). El «vejismo» como problemática social en geriatría: a propósito de la medición del vejismo en estudiantes de odontología. *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, 109.

A. Corzo, P. (2009). Trastorno por estrés posttraumático. *Med.*

A. Neimeyer, R. (1997). *Metodos de evaluacion de la ansiedd ante la muerte*. Espala: Paidos.

Academia Mexicana de la Lengua. (s.f.). Recuperado el 27 de Febrero de 2021, de <http://www.academia.org.mx/espin/respuestas/item/subjetividad>

Ajenjo , M. (11 de 11 de 2010). *El economista*. Recuperado el 01 de 03 de 2021, de <http://eleconomista.com.mx/columnas/columna-especial-politica/2010/11/11/funerales-via-internet>

Antoni Broggi, M. (2013). *Por una muerte apropiada*. España : Anagrama .

Aries, P. (2011). *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus.

Arribas, L. (27 de Febrero de 2018). *Conciencia global*. Recuperado el 10 de Octubre de 2018, de http://www.revistaconcienciaglobal.com/Entre-la-vida-y-la-muerte_a238.html

Ávila Fematt, F. (2010). Definición y objetivos de la geriatría. *El Residente*, 49-54.

Baudrillard, J. (1996). *El crimen perfecto*. Barcelona: Anagrama.

Becker, E. (1977). *El eclipse de la muerte*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.

Biblioteca Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. (s.f.). Recuperado el 7 de Octubre de 2019, de <http://juridicas.unam.mx>

Borges, J. (19 de Octubre de 2018). *Frases de famosos*. Recuperado el 24 de Octubre de 2018, de <https://citas.in/autores/jorge.luis-borges/frases-de-muerte/>

Bravo Mariño, M. (2006). ¿Qué es la tanatología? *Revista Digital Universitaria UNAM*, 2-10.

Cambridge Dictionary. (s.f.). Recuperado el 14 de Junio de 2020, de <https://dictionary.cambridge.org/es/diccionario/ingles/multitasking>

Carbajo Vélez, M. (2008). Historia de la vejez. *Ensayos*, 237-254.

Castillero Mimenza, O. (s.f.). *Psicología y mente*. Recuperado el 22 de Abril de 2019, de <http://psicologiymente.com/neurociencias/amigdala-cerebral>

- Cerecedo Pérez, M. J., Tovar Bobo, M., & Rozadilla Arias, A. (2013). Medicalización de la vida. "Etiquetas de enfermedad". *Elsevier Doyma*, 435-438.
- Cerejido, M., & Blanck-Cerejido, F. (2011). *La muerte y sus ventajas*. Mexico.: Fondo de cultura económica.
- Christophe, A. (2004). *Psicología del miedo: temores, angustias y fobias*. Barcelona: Kairós.
- Corbin, J. A. (Octubre de 2018). *Psicología y mente*. Recuperado el 31 de Enero de 2019, de <http://psicologiaymente.com/clinica/angustia>
- Corbin, J. A. (s.f.). *Psicología y mente*. Recuperado el 7 de Mayo de 2019, de <http://psicologiaymente.com/clinica/angustia>
- Correa Uribe, J. (2008). Actualidad de la neurosis de angustia. *International Journal of Psychological Research* , 73-80.
- Dastur, F. (2008). *La muerte: ensayo sobre la finitud*. Bracelona: Herder.
- Debord, G. (1967). *La sociedad del espectáculo*. París: Buchet-Chastel.
- Delumeau, J. (2005). *El miedo en occidente*. Mexico: Taurus.
- Delumeau, J. (2005). *El miedo en occidente*. México: Taurus.
- Derrida, J. (2006). *Dar la muerte*. España: Paidós.
- Duby , G. (1995). *año 1000, año 2000: la huella de nuestros miedos*. Barcelona: Andres Bello.
- Duby, G. (1994). *Guillermo el mariscal*. Madrid: Alianza.
- Duby, G. (1995). *Año 1000, Año 2000: La huella de nuestros miedos*. Barcelona: Andres Bello.
- E. Ramírez, C. (17 de Noviembre de 2020). *El Porvenir*. Recuperado el 01 de Marzo de 2021, de https://elporvenir.mx/opinion/la-muerte-y-el-duelo-en-tiempos-del-covid-19/166562?fbclid=IwAR334MVI8bz4DzdLbJEEEno-kHkzNmyID1Z7PPZwtEX_dvJunV1NChFs_MX0
- Elias, N. (1989). *La soledad de los moribundos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Escuela D.E., C. (2016). Introducción a la tanatología. *Fundamentos* , 02.
- Fernandes del Riesgo, M. (s.f.). *Antropología de la muerte*. España: Síntesis.
- Fernandez del Riesgo, M. (2011). *La postmodernidad y la crisis de los valores religiosos*. Barcelona: Anthropos.
- Ferrer, R. (Agosto de 2020). *Medintensiva*. Recuperado el 01 de Marzo de 2021, de Pandemia por COVID-19:el mayor reto de la historia del intensivismo: <http://www.medintensiva.org/es-pandemia-por-covid-19-el-mayor-articulo-S0210569120301017#:~:text=El%2011%20de%20marzo%2C%20la,31%20de%20enero%20de%202020>

- Freud, S. (1969). *Mas alla del principio de placer*. España: Alianza Editorial.
- Freud, S. (1969). *Mas alla del principio de placer*. España: Alianza editorial.
- Fromm, E. (2011). *El miedo a la libertad*. México: Paidós.
- García Allen, J. (s.f.). *Psicología y mente* . Recuperado el 19 de Mayo de 2020, de <https://psicologiaymente.com/organizaciones/burnout-sindrome-del-quemado>
- García Huete , E. (2016). *Psicología del miedo*. México: Alfaomega.
- García Huete, E. (2017). *Psicología del miedo*. Mexico: Alfaomega.
- García Villameriel, L. (2017). *Psicología del miedo*. Mexico: Alfaomega.
- García-Allen, J. (Octubre de 2018). *Psicología y Mente*. Recuperado el 11 de Febrero de 2019, de <http://psicologiaymente.com/biografias/sigmund-freud-vida-obra-psycoanalista>
- Gomez-Espinosa, C., Colin García, M., & Negron Mendoza , A. (2015). The origin of life from a paleontological perspective, a review. *Boletín de la sociedad geológica mexicana*.
- Gottfried, J. (1889). *Selbts*. B. Suphan.
- Grandío, A. (2020). *Psicología y mente*. Recuperado el 25 de Febrero de 2020, de <http://psicologiaymente.com/psicologia/historia-de-la-psicologia>
- Gray, J. (2014). *Comisión para la inmortalización* . España: Sexto piso.
- Guy, T. (2009). *La muerte: una reflexión filosófica*. Barcelona: Montesinos.
- Han, B.-C. (2018). *La sociedad del cansancio*. España: Herder.
- Heath, I. (2008). *Ayudar a morir*. España: Katz.
- Heidegger, M. (2003). *Se y tiempo*. Madrid: Trotta.
- IMSS. (s.f.). Recuperado el 01 de Marzo de 2021, de <http://www.imss.gob.mx/covid-19>
- Jankélévitch, V. (2009). *La muerte*. España: Pre-textos.
- Jimenez Aboitís, R. (s.f.). *¿De la muerte (de)negada a la muerte reivindicada? Análisis de la muerte en la sociedad española actual: muerte sufrida, muerte vivida y discursos sobre la muerte*. España.
- Juvén , H. (2005). *El advenimiento de los cuerpos*. París: Gallimard .
- Kant, I. (1786). *Cómo orientarse en el pensamiento*. Buenos Aires: Leviatan.
- Keith Mant, A., & C. Path, F. (1971). *El hombre en frente de la muerte*. Buenos Aires: EMECE.
- Kirwood, T. (2000). *El fin del envejecimiento* . España: Tusquets .
- Klarsfeld, A., & Revah, F. (2002). *Biología de la muerte*. España: Complutense.
- Krassoievitch, M. (2018). *Psicoterapia geriátrica*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Kübler- Ross, E. (1983). *La muerte: un amanecer*. España: Oceano.
- Längle, A. (2005). La búsqueda de sosten. Análisis existencial de la angustia. *Terapia Psicológica*, 57-64.
- Levinas , E. (1999). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- Lipovetsky, G. (2003). *Metamorfosis de la cultura liberal*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2008). *Los tiempos hipermodernos*. España: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2015). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2016). *De la ligereza*. Barcelona: Anagrama.
- Mandeville, B. (2005). *La fabula de las abejas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Mannoni, P. (1984). *El miedo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Martos Silván, C. (25 de Octubre de 2016). *LIFEDER*. Recuperado el 22 de Abril de 2019, de <http://www.lifeder.com/amigdala-cerebral/amp/>
- Mayo Clinic*. (22 de Diciembre de 2020). Recuperado el 02 de Marzo de 2021, de <https://www.mayoclinic.org/es-es/coronavirus-who-is-at-risk/art-20483301#>
- Medical News Today*. (14 de Abril de 2020). Recuperado el 2 de Marzo de 2021, de <http://www.medicalnewstoday.com/articles/es/causas-del-coronavirus-su-origen-y-como-se-propaga>
- Medline Plus*. (1 de Octubre de 2018). Recuperado el 30 de Octubre de 2018, de <https://medlineplus.gov/spanish/ency/patientinstructions/000536.htm>
- Mejía Buitrago, D. (2012). La concepcion de la muerte en epicuro. *Escritos*, 457-464.
- Morales, H. (2008). *Sujeto y estructura*. Mexico: Ediciones de la noche.
- Moreno, V., E. Ramirez, M., De la Oliva, C., & Moreno, E. (2019). *Busca Biografías*. Recuperado el 30 de Septiembre de 2019, de <http://www.buscabiografias.com/biografia/verDetalle/4829/Paracelso>
- Morin , E. (2003). *El hombre y la muerte*. Barcelona: Kairos.
- Ocaña, E. (1997). *Sobre el dolor*. Valencia : Pre-textos.
- Orellano, C. (2016). Conductas probablemente patológicas asociadas al uso de teléfonos celulares e Internet. *Revista de Neuro-Psiquiatría*.
- Organizacion Mundial de la Salud*. (Octubre de 2018). Recuperado el 2 de Octubre de 2018, de <http://www.who.int/about/who-we-are/es/>
- Ortiz, F., & Olivares , S. (2008). Viejismo en el ambiente cotidiano. *Viejismo: prejuicios y estereotipos de la vejez*, 77-100.
- Parra Valero , P., & Oliveira, L. (2018). Fake News: una revisión sistemática de la literatura. España.

- Platon. (2003). *Acadeia socrates*. Recuperado el 24 de Octubre de 2018, de <http://www.academiasocrates.com/socrates/fedon.php>
- Puig, R. (s.f.). *Psicología y mente*. Recuperado el 24 de Abril de 2019, de <http://psicologiymente.com/pscologia/bases-fisiologicas-psicologicas-miedo>
- Rahner, K. (1964). *Para una teología de la muerte*. Barcelona-Mexico: Grijalbo.
- Reyes-Tica, J. A. (s.f.). *Transtornos de Ansiedad: Guia practica para el diagnostico y tratamiento*.
- Ribera Casado , J. M. (2017). Centenario de Elie Metchnikoff (1845-1916). *Educación Médica*, 136-143.
- Ruiza, M. (2004). *Biografías y vidas*. Recuperado el 2 de Octubre de 2018, de <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/e/epicuro/htm>
- Sennet, R. (2011). *El declive del hombre público*. España: Anagrama.
- Sierra, J., Ortega, V., & Zubeidat, I. (2003). Ansiedad, angustia y estres: tres concetos a diferenciar. *Mal-estar e subjetividade*, 10-59.
- Silva Castillo, J. (2006). *Gilgamesh o la angustia por la muerte*. Barcelona: Kairos.
- Tolstoi, L. (s.f.). *La muerte de Ivan Ilich*. Mexico: Boekmexico.
- Tomas Sábado, J. (2015). *Miedo y ansiedad*. España: Herder.
- Triglia, A. (Octubre de 2018). *Psicología y Mente*. Recuperado el 11 de Febrero de 2019, de <http://psicologiymente.com/biografías/wilhelm-wundt>
- Urdanibia, I. (2011). *En torno a la postmodernidad*. Barcelona: Antrophos.
- Van Dijck, J. (2016). *La cultura de la conectividad*. Argentina: Siglo XXI.
- Van Dülmen, R. (1997). *El descubrimiento del individuo 1500-1800*. España: Soglo XXI.
- Verdú, V. (2012). *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Verdú, V. (2012). *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción*. . Barcelona: Anagrama.
- Vincent Thomas, L. (1991). *La muerte*. Barcelona: Paidos.
- Vives Rocabert, J. (2013). *La muerte y su pulsión*. México: Paidos.
- White , R., & Horvitz, E. (2009). Cyberchondria: Studies of the escalation of medical concerns in Web search. *ACM Transactions on Information Systems*, 1-37.
- William Worden, J. (2004). *El tratamiento del duelo: asesoramiento psicológico y terapia*. Barcelona: Paidos.
- Ziegler, J. (1976). *Los vivos y la muerte*. Mexico: Siglo XXI.

